EL VERANO DE NUNCA ACABAR



Margarita Melgar

HarperCollins

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Índice
Dedicatoria
El verano de nunca acabar
Agradecimientos

EL VERANO DE NUNCA ACABAR

Margarita Melgar



Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid
El verano de nunca acabar

Diseño de cubierta: Lookatcia
Imagen de cubierta: Getty Images
www.harpercollinsiberica.com
ISBN: 978-84-9139-064-0
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Dedicatoria
El verano de nunca acabar
Agradecimientos

A mis hermanos

18 de junio de 2016, 23:30h. Residencia Parquenuevo. Azotea. 27 °C, 57 % de humedad, cielos despejados, brisa moderada.

La luz de la luna bañaba el edificio y se mezclaba con el fulgor azulado del rótulo de neón. *Parquenuevo*, decía, pero por un desafortunado diseño de las letras se leía «Pardehuevo». La azotea, desierta salvo por ellos dos, parecía una isla suspendida entre el mar y el cielo, con pararrayos en vez de palmeras y con el rumor lejano de la M40 como un oleaje suave. Hasta el aliento mecánico del compresor del aire acondicionado se convertía en brisa si desconectaban sus audífonos. Claro que si los desconectaban tampoco oirían la voz de Fred Astaire que sonaba desde el iPad.

Heaven, I'm in heaven, and my heart beats so that I can hardly speak…

Carlos cogió la botella de champán. Pilar pensó que estaba guapísimo, con su camisa de lino granate de cuello Mao y esa barba de curtido lobo de mar. Ella llevaba un chal con flecos que recordaba al ondeante vestido de plumas de Ginger Rogers en *Sombrero de copa*, ese que a Fred Astaire le hacía pensar en un pollo perseguido por un coyote.

And I seem to find the happiness I seek when we're out together dancing cheek to cheek…

Pilar sujetó las dos copas intentando controlar el temblor que, por primera vez en mucho tiempo, no era solo por el párkinson. Era, sobre todo, ilusión: una ilusión desbordante que hacía brillar sus ojos verde gris. «Oceánicos», los había llamado él desde el primer día.

Oh I love to climb a mountain and to reach the highest peak but I don't enjoy it half as much as dancing cheek to cheek…

El descorche del champán resonó como una bomba en el marcapasos de él y en los implantes bucales de ella, pero no derramaron ni una gota.

—Por el futuro —brindaron.

Porque Carlos y Pilar eran igual de viejos que de optimistas. Faltaba poco para el ochenta aniversario de su flechazo, y su amor era tan grande y apasionado como aquel lejano primer día. Que durante setenta y nueve años y medio no se hubieran visto el pelo no restaba ningún mérito a la tenacidad de su romance.

Carlos abrió los brazos, invitándola a bailar.

Dance with me I want my arms about you…

Pilar dudó si descalzarse —sus sandalias de medio tacón no eran las

más adecuadas para la pista de baile, y no quería romperse otra vez la cadera—, pero finalmente pensó que la fortuna ayuda a los valientes y se acercó a él con confianza. Juntaron sus mejillas, con los ojos cerrados. Al principio solo se balanceaban un poquito, sin levantar los pies del suelo, luego se animaron a dar un paso lateral a la izquierda, otros dos a la derecha. Bailaron suavemente entre los pararrayos y alrededor de la antena parabólica. Se fueron viniendo arriba.

The charm about you will carry me thorugh to heaven…

Él hizo un par de pasos de claqué, ella giró como una peonza escuálida, haciendo revolotear su vaporoso chal, y volvieron a abrazarse al borde del terrado. Un giro, y otro giro, y ella se inclinó hacia atrás y casi describió un medio círculo con su espalda, con la mano derecha de él en su talle, sobre el fino vestido de verano. Se quedaron así unos instantes, la mirada oceánica de ella en la sonrisa de él, inclinándose a besarla. Justo cuando sus labios se rozaban a ella le patinó un tacón, él trastabilló, ella se le escurrió del abrazo, él intentó sujetarla pero solo pudo agarrar un puñado de flecos de su chal, y los dos se precipitaron al vacío. Un vuelo de cuatro pisos que los mató en el acto.

I'm in heaven… La voz de Fred Astaire, desde el iPad, seguía sonando después del porrazo.

19 de junio de 2016, 02:50h. Residencia Parquenuevo. Apartamento 14.

Santoral del día: Mártires san Gaudencio y san Culmacio, obispo y diácono, amigos y compañeros en la vida y en la muerte.

La enfermera les abrió la puerta del apartamento asistido de Pilar con aire solemne. Porque la ocasión lo requería, y también porque le había impresionado el uniforme de gala de la Armada que llevaba José Antonio, con guantes y todo: era que le habían avisado en mitad de la cena oficial por la jubilación del almirante García-Cascajosa.

José Antonio, su mujer Victoria y su hija menor, Jimena, se acercaron a la cama con un sigilo innecesario: por mucho ruido que hicieran, Pilar Santamaría y Quiñón de Barros, condesa de Vega de Patos, ya no iba a despertarse.

Al llegar junto a la cama, José Antonio no pudo contener un bufido de sorpresa: embadurnada de maquillaje, su madre era un híbrido entre indio arapahoe y transformista de cabaré.

—Pero qué cojones… —empezó a decir.

La esteticista de Parquenuevo, en la que no habían reparado hasta el momento, dio un tímido paso al frente, casi tragándose el chicle. La habían despertado justo después del doble batacazo, y había hecho lo que había podido por dejar a la difunta presentable. En la residencia no pensaban decir a la familia que la buena mujer se les había caído de la azotea: el médico de Parquenuevo era muy creativo con los certificados de defunción, y además el cuerpo no estaba tan chafado como el de Carlos. La versión oficial sería que había muerto durante el sueño y que se habían dado cuenta enseguida porque no dejaban de velar por sus residentes ni un segundo.

—Mi suegra no usaba un pintalabios tan chillón —murmuró Victoria, que detestaba el conflicto y lo veía venir.

La maquilladora, sin arredrarse, se acercó a la cama.

—Uy, eso se arregla con un poco de papel de váter —dijo, y puso manos a la obra.

José Antonio pegó otro respingo al oír la palabra «váter», que era espantosa en todas partes pero más a la cabecera de su madre muerta. Antes de que pudiera reaccionar, la chica se detuvo dándose cuenta de su error: solo había conseguido extenderle ese rojo furioso hasta la barbilla, y ahora parecía una vampira que hubiera muerto del

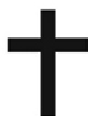
empacho en plena cena.

—Mejor déjela como la encontró —le dijo Jimena. Y la esteticista pensó que para eso tendría que tirar a la vieja por la ventana.

Enseguida empezó la ronda de llamadas. Como Pilar había tenido siete hijos y casi treinta nietos, hubo que hacer tantas que el móvil de Jimena se quedó sin batería, y tuvo que seguir con el de su abuela. No le dio por fisgar, y por eso no vio que las últimas llamadas entrantes y salientes eran todas de un tal Carlos, con quien también tenía un chat de WhatsApp y una partida empezada de Apalabrados.

—Yo ya firmaba. Irte al Cielo mientras duermes… —dijeron varios de sus primos, para consolarse y consolarla.

—Solo nos queda despedirla con la misma serenidad con la que vivió y murió.



ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA
DE LA ILUSTRÍSIMA SRA.

DOÑA MARÍA DEL PILAR SANTAMARÍA Y QUIÑÓN DE BARROS

Condesa Viuda de Vega de Patos
Viuda de Don Rodrigo Fernández-Frago y Marial

ENTREGÓ SU ALMA A DIOS

EL DÍA 18 DE JUNIO DE 2016

D.E.P.

Sus hijos, Su Em.ª P. Ernesto, José Antonio (conde de Vega de Patos), Mª del Pilar, Rodrigo, Pelayo, Francisco de Borja y Elvira Fernández-Frago y Santamaría; hijos políticos Victoria Griñán de Villavicencio, José Manuel Arritibastechea, Regla McMahoney, Mª Teresa Álvarez de Cala-Simón y Santiago Sarasota; su hermana, Mª Asunción; su Director Espiritual, nietos, bisnietos y demás familia; y sus fieles Teodora y Yumaira.

Ruegan una oración por su alma.

La misa funeral por su eterno descanso tendrá lugar (D.M.) el Lunes 27 de junio a las 20 horas en la Parroquia de Cristo Rey Triunfal.

19 de junio de 2016, 11:00h. M40.

63 aniversario de la ejecución en la silla eléctrica de Ethel y Julius Rosenberg, primeros civiles condenados a muerte por espionaje durante la implacable caza de brujas del macartismo.

Jean Pierre tenía una mano en el volante y la otra sobre la morena rodilla de su marido, Ravi, que llevaba bermudas. La verdad, no sabía qué hubiera hecho sin él. Ravi se había ocupado de todos los detalles prácticos: organizar el viaje desde Formentera, hablar con otros padres de la escuela para que se quedaran al pequeño Ganges, hacer las maletas… Afortunadamente, en la residencia Parquenuevo les habían facilitado todos los trámites; el cadáver de su padre ya iba hacia el crematorio y ellos se habían podido llevar las pertenencias del difunto, incluyendo su Skoda 110 de color rojo, el deportivo de la Checoslovaquia comunista que en la familia llamaban cariñosamente Sputnik. Jean Pierre suspiró un poquitín porque se sentía igual que ese coche: aparentemente aerodinámico pero en realidad viejo, un cacharro con demasiados kilómetros. Se preguntaba si, llegado el momento, sería capaz de despedirse de la vida con el mismo valor con que lo acababa de hacer su padre.

Porque, por supuesto, ni él ni Allegra se habían creído ni por un momento lo de que la fatal caída hubiese sido un accidente.

—Típico de Carlos, ¿no? Libre y al mando hasta el final —había dicho su hermana cuando le comunicó la noticia. A ella la había pillado en Georgetown, dando unas clases.

—Sí. Ahora empieza a tener sentido todo ese rollo de irse a una residencia de ancianos.

Jean Pierre se imaginaba perfectamente a Carlos caminando con decisión hasta el borde de la azotea, detenerse apenas un segundo para aspirar por última vez un buen trago de esa vida que había apurado como nadie, y lanzarse al vacío con una sonrisa. Hasta se había vestido con sus mejores galas para la ocasión, ¡qué tío!

—Este coche es altamente contaminante, ¿no? Fíjate qué humazo más negro vamos soltando —dijo Ravi.

Jean Pierre miró por el retrovisor y luego a su marido, de reojo. Conociéndolo como lo conocía, ya se veía aparcando en un área de servicio y llamando a un taxi. Llevaban juntos quince años, desde que coincidieron en el ashram de Swami Chaudhuridutta, en Rishikesh. Jean Pierre había llegado hasta ese templo de la sanación físico

espiritual tras un derrumbe nervioso. Ravi, que era londinense de padres hindúes, acababa de licenciarse en Matemáticas en Cambridge, y había viajado a la India deseando que el encuentro con sus orígenes consiguiese lo que los números primos no habían hecho: llenar ese hueco interior. Y así fue. Jean Pierre llenó todos sus huecos y los dos regresaron a Occidente henchidos de amor y medicina holística. Siete años después, la llegada de su hijo Ganges los convirtió en una familia y en los líderes de la campaña antivacunas del archipiélago balear.

Ravi acercó la mano a la nuca de Jean Pierre, que dudó por un momento si iba a hacerle un champisaje, el masaje ayurvédico de cabeza, o si le iba a agarrar de los pelos y exigir que frenase inmediatamente. Pero solo le acarició, sonriendo con dulzura.

—Bueno, es muy de Carlos, lo de tener muchos humos… —dijo.

Jean Pierre se lo agradeció besándole la mano. Que Ravi pasara por alto un delito ecológico decía mucho de su amor por su suegro. Aceleró un poco. Allegra ya había llegado a Madrid y estaba esperándole para empezar con los preparativos de la despedida que Carlos Ochoa, su padre, se merecía: por todo lo alto, tal como él vivió y murió.

CARLOS OCHOA HERNÁNDEZ

Psiquiatra, ateo, librepensador.
Voluntario del Ejército Popular, Medalla de la Libertad,
Caballero de la Legión de Honor.
Doctor Honoris causa por la Universidad de Harvard,
La Sorbona y la Autónoma de Madrid.

Te fuiste el 18 de Junio de 2016 con 96 anillos en el árbol de tu vida.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Tus hijos e hija, Jean Pierre, Allegra y Marcos; tus otros hijos, Ravi e Isidro; tu nieta y nietos, Frida, Chaplin y Ganges; tu compañera Mimí Larousse; tus amigas y amigos del Círculo Republicano y todos aquellos y aquellas a los que inspiraste y diste luz, te diremos «Hasta Siempre» en la ladera norte de la Maladeta, Benasque, a las 6 de la tarde del 21 de junio.

21 de junio de 2016, 10:30h. Residencia Parquenuevo.

Audio GPS, voz de señorita amable pero firme: «Por favor, dé la vuelta ahora».

Por el camino, Alfredo le había ido cantando los temas a Carmen con la misma entonación monocorde y levemente acelerada con la que tiempo atrás le había recitado, por ejemplo, la cuarta trebeliánica y la enajenación de los bienes fideicomitidos, que eran cosas que tenían que saberse los notarios. Ella insistía en que esta vez no hacía falta que memorizara los temas por orden y completos, que bastaba con practicar los tests. Pero doce años de oposiciones le habían dado a Alfredo —aparte de presbicia y que le clarease el pelo— rigor y disciplina: él solo sabía estudiar en serio. Ya iba por el tema tres, que empezaba: «El conductor no está solo en la vía y debe compartirla con todos aquellos usuarios que también tienen derecho a usarla. El conductor deberá adoptar las precauciones necesarias cuando se aproxime al resto de usuarios especialmente cuando estos sean niños, ancianos o impedidos».

Al llegar a la residencia, Carmen le ofreció aparcar el coche para ir practicando, pero él no quiso arriesgarse. Desconfiaba de ese viejo Clio al que le sobraban pegatinas de la ITV y le faltaban tapacubos. Temía que, con lo gafe que era, en cuanto él se pusiera al volante se acabara de descuajeringar.

Ella le ajustó el nudo de la corbata. Se había puesto el traje nuevo porque hasta para entregar las copias simples de un par de testamentos, con sus correspondientes minutas, había que dar buena impresión.

—Qué pesado eres con lo de gafe, cari.

Pero él insistió:

—¿Y lo de Alhorín del Cerro cómo lo explicas?

Ahí Carmen pareció dudar, pero se repuso enseguida y lo empujó hacia la recepción repitiendo su estribillo favorito: «Ya-verás-que-todo-irá-bien-cari-ya-verás».

—Están muertos los dos —les dijo la recepcionista.

Ya había gastado todos los eufemismos para explicarles que no podía avisar a don Carlos Ochoa ni a doña Pilar Santamaría. Pero Carmen y Alfredo seguían en pie ante el mostrador, petrificados, ella con las carpetas bajo el brazo y él apuntando a la recepcionista con una de sus flamantes tarjetas de visita.

Carlos Ochoa y Pilar Santamaría habían sido los primeros y hasta el momento únicos clientes de su pionera notaría en los confines de una dehesa. Los dos ancianos habían firmado allí unas cuantas transacciones y sus últimas voluntades. Y al parecer seguidamente habían caído fulminados. El plan de repartir tarjetas entre los demás abueletes no parecía el mejor en aquellos momentos: Alfredo sintió que ya lo miraban como el notario de la muerte. Pero Carmen logró reiniciarse en su modo animoso y preguntó por el contacto de los familiares de Carlos y Pilar. La minuta por unos testamentos no era nada del otro mundo, pero menuda era ella con los impagos. La recepcionista lo lamentaba, pero no estaba autorizada a dar ese dato.

—Es muy importante, señorita, no sabe lo importante que es —interrumpió Alfredo, absolutamente conmocionado.

A Carmen le extrañó que compartiera sus ansias por cobrar, pero lo entendió cuando Alfredo la agarró de los hombros y dijo:

—El testamento vital, cari, el testamento vital.

Y es que Carlos y Pilar también habían firmado sus disposiciones para los últimos momentos de su vida, que incluían instrucciones para sus sepelios.

—Lo siento pero no está en mi mano… —empezó a decir la recepcionista.

—¿Pero no sabe ni dónde los entierran?

—Esperen, esperen un momentito…

La recepcionista sacó de debajo del mostrador *El País* del día anterior, y pasó unas cuantas páginas hasta encontrar la esquela de Carlos y señalársela con el dedo.

—¿21 de junio? ¡Eso es hoy! ¿Dónde está Benasque? —A Alfredo le temblaba la voz de la ansiedad.

—A 140 kilómetros de Huesca —le contestó Carmen. Por algo había trabajado seis años en el *call center* de Grúas Pancol mientras él estudiaba.

—Pues hay que ir a Huesca. Ahora. Pero ¿y con Pilar qué hacemos? ¿No está ahí la esquela de Pilar?

—¡Pero cómo va a estar ahí, qué cosas tienes! —le contestó ella, y preguntó a la recepcionista si tenía más periódicos.

—No recibimos ninguno, este está aquí porque se lo dejó ayer una visita que…

—¡Joder! ¡Alfredo, dame tu teléfono!

Alfredo obedeció la orden aunque no le encontrase sentido: su chica siempre sabía lo que se hacía. Carmen siempre tenía razón. Esta vez

también; después de cuatro tecleos le puso la pantalla ante los ojos: era la página de las esquelas del ABC y ahí estaba la de Pilar.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó él, derretido de admiración.

—Pues porque era condesa. Si no tenía esquela en el *ABC* es que no estaba muerta. ¡Me voy a Benasque! Tú te encargas del entierro de ella, espero que sea cerquita, vas en autostop o en BlaBlaCar o como quieras. Si coges un taxi, pide el recibo, que es desgravable.

—Pero… —empezó a decir Alfredo.

—Corre. ¿Llevas el teléfono cargado, no? Pues si te pierdes me llamas.

Un minuto después, el Clio cruzaba casi derrapando la verja de la residencia, mientras Alfredo releía la esquela de la condesa de Vega de Patos. No decía nada del entierro, pero solo tuvo que buscar el teléfono de la parroquia de Cristo Rey Triunfal, preguntar por el párroco, explicarle la situación, volver a llamar en un rato para darle tiempo a que se enterara de dónde la enterrarían, buscar la dirección en Google Maps, coger un autobús interurbano y caminar dos kilómetros. Mientras andaba, pensando que tenía que aprobar el carné de conducir y que tenían que comprar otro coche, cayó en la cuenta de que Carmen se había llevado en el bolso los testamentos vitales con las instrucciones para el entierro. Pero confiaba en que a los familiares de Pilar les bastara su palabra.

21 de junio de 2016, 18:00h. Entre la cumbre y la cripta.

De Sun Tzu, *El arte de la guerra*: «Que la velocidad sea la del viento subterráneo y el ser compacto como lo es un bosque». (Traducido tal cual del chino).

Con su sombrero de paja y un *foulard* rojo de seda al cuello, Allegra parecía una campesina que no hubiese cogido una hoz en su vida y que seguro olía a perfume. Estaba apoyada en el Sputnik, el único coche autorizado para llegar hasta el borde mismo del precipicio a pesar de las quejas de Ravi, que lo consideró un atentado innecesario contra la Madre Naturaleza. Allegra encendió un pitillo. Adoraba al marido de su hermano porque ella era muy de adorar a todo el mundo, pero a veces le daban ganas de arrancarle de las manos el hang —le costó aprender cómo se llamaba ese tambor metálico que parecía un ovni enano—, y golpearle repetidamente en la cabeza con él. Dio una calada profunda y miró la urna cubierta con la bandera republicana que habían dejado sobre el capó. Seguro que a Carlos le habría gustado estar ahí de verdad, y no solo de cenizas presente. Hacía un día radiante y todo era tan hermoso…

Estaban en una explanada, un mirador extraordinario en la ladera norte de la Maladeta. Habían repartido sillas, montado un par de toldos de lona y dejado aquí y allá unos cuantos barreños con hielo y bebidas. Todo de chamarilero y muy *vintage*. Las conversaciones y las risas de los corros de gente se mezclaban con algún que otro sollozo esporádico. Pero, en general, parecían un grupo bien avenido en un pícnic veraniego.

Los chicos, que se habían encargado de montarlo todo, llevaban un rato tendidos en la hierba, medio dormidos. Chaplin notó que una de las rastas de su flequillo se balanceaba haciéndole cosquillas en la frente; abrió los ojos acojonado: si se levantaba viento la cosa podía acabar fatal. Pero no. Las copas de los árboles seguían quietas, aun así sus rastas volvieron a temblar. Un trino alborozado le advirtió de que un pajarito estaba considerando anidar en su moño. Sacudió la cabeza para disuadirlo y se quedó mirando a Luna con ojos de cordero degollado: tenía su violonchelo sobre la hierba y la cabeza apoyada en el hombro tatuado de Frida, que no dejaba de acariciarle la frente, las orejas, los lóbulos, el cuello… Desde luego, el ya difunto Carlos tenía toda la razón: su novia y su hermana eran muy putas. Claro que su abuelo lo decía como un elogio, y no en el sentido de la putada que

significaba para él.

—Queridas, vamos a empezar —les dijo Allegra, interrumpiendo la estampa pastoril.

Las dos muchachas se pusieron en pie, sacudiéndose las briznas de hierba la una a la otra. Frida se acercó a su madre para robarle una calada y Luna para darle un abrazo:

—¡Querida Allegra, eres tan valiente! —le dijo al oído.

Y cada una se fue a lo suyo: Frida a retransmitir el acto en *streaming* y Luna, con el violonchelo, hacia donde Ravi ya sacaba brillo a su hang.

—Y yo ¿qué quieres que haga? —preguntó Chaplin aún en el suelo.

Allegra se esforzó para no poner los ojos en blanco. Adoraba a Chaplin porque ella era muy de querer a sus dos hijos por igual, aunque estaba casi segura de que al niño se lo cambiaron al nacer. Eso o que quizá lo de dar de mamar a sus mellizos hasta los tres años no fue una buena idea. Aunque a Frida no la había amuermado en absoluto; su hija era toda resolución: a los cinco años ya se cuestionaba su identidad de género y, desde siempre, en lugar de rabietas sería más exacto decir que le daban *performances*. Y así seguía: con un *pied-à-terre* en Chueca y convertida en la *videojockey* más solicitada en los circuitos alternativos de toda Europa. En cambio, el pobre Chaplin, como diría Gardel, andaba solo, fané y descangayado por Granada desde que a Luna le había caído ese contrato para tocar con la Sinfónica de Berlín. Tan descangayado estaba que sus compañeros de la cooperativa «Otro Albaicín es posible» le habían sugerido que aprovechara el funeral para tomarse un descanso: los exyonquis a su cargo habían empezado a reengancharse en masa.

—¿Los repartes? —le propuso Allegra con la mejor de sus sonrisas, señalando un canasto lleno de pequeños cucuruchos de color tostado.

La ermita estaba abarrotada, aunque no había nadie que no fuera de la familia, o casi. Cuando estaba a punto de empezar la misa, José Antonio fue a buscar a Teodora al discreto lugar que ocupaba, en la mitad de la iglesia, e ignorando sus falsísimas protestas la sentó en el banco de delante a la derecha, con las demás señoras, las parientes más próximas. Los señores —hijos y nietos de Pilar, todos con traje gris oscuro y corbata negra—, ocupaban el de la izquierda.

—Por favor, Teodora, por favor, eres de la familia, tú más que nadie.

En otro tipo de ambiente, se hubiera podido pensar que Teodora,

deshecha en llanto, con su sombra de vello supralabial y su pelo canoso cortado al uno, era un amor longevo y sáfico de la difunta. Pero en realidad era la criada: entró al servicio de Pilar con catorce años, y había limpiado los mocos y coaccionado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, para que se acabaran la verdura. Cuando Pilar decidió irse a la residencia —*apartamentos asistidos Parquenuevo*, decía la publicidad— ya nadie tenía cuarto de servicio y le consiguieron una plaza en otro geriátrico, algo menos exclusivo que Parquenuevo pero bastante apañadito.

Teodora se sentó junto a Jimena ahogando —o declamando, según la mala baba de quien lo oyera— un sollozo, y ella le apretó la mano en un gesto de ánimo. Quería mucho a Teodora, y de vez en cuando convencía a alguno de sus primos para ir a verla un domingo y llevarle una caja de chocolates After Eight, que ella desenvolvía como si fuesen las joyas de los Romanov. Vio que clavaba la vista en el altar y contemplaba satisfecha la enorme corona de flores que había enviado, con su lazo escrito en letras caligráficas doradas: *Con cariño de su fiel Teodora Chinarro*. El nombre quedaba bien visible, para orgullo de Teodora (se había gastado casi trescientos euros) y alivio de los Santamaría: así quedaba claro que semejante ordinariez era cosa del servicio. Lo demás eran ramos de colores discretos, muchos de ellos de hortensias blancas, que habían sido las flores favoritas de Pilar.

Iba a dar la misa Ernesto Santamaría, el mayor, que acababa de llegar de Roma. El hábito negro y rojo de cardenal se le había arrugado durante el vuelo, pero el sacristán lo había planchado en un momentito. «Si no es molestia, de verdad que no es molestia, Eminencia Reverendísima». En cuanto le dijeron quién iba a oficiar, había buscado en Google el protocolo y pensó que mejor pasarse que quedarse corto. «Eminencia nada más, si acaso», le corrigió Ernesto, azorado.

Las primeras notas de *La internacional* empezaron a congregar a los asistentes dispersos. Allegra se apoyó de nuevo en el Sputnik, intentando no acordarse del verano que cumplió quince años y su padre le enseñó a conducir, ¡cómo se habían reído, pese al accidente! Pero enseguida apartó cualquier pensamiento triste. Siempre había procurado hacer honor al nombre que su padre escogió para ella, su niña, y hoy debía esforzarse más que nunca, porque estaba claro que Jean Pierre había perdido totalmente la batalla de la contención. Había empezado a llorar en cuanto les entregaron la urna con las

cenizas, y parecía incapaz de serenarse a pesar de llevar agujas de acupuntura clavadas por todo el cuerpo.

El himno de los trabajadores, de los parias de la tierra, interpretado a violonchelo y hang, llegaba a su fin, y los que se habían animado a ello, algunos puño en alto, cantaban conmovidos: «Agrupémonos todos en la lucha final, el género humano es la Internacional. ¡No más deberes sin derechos, ningún derecho sin deber!».

Durante la homilía, Ernesto alabó a Pilar como esposa, como madre, como cristiana, sin nunca llamarla «mamá» porque hubiera quedado sensiblero. Recordó su alegría, el mimo que ponía en las cosas más pequeñas, su ternura con los niños y su generosidad con los más necesitados. Dijo que ahora, reunida al fin con su marido Rodrigo, y su padre Telmo, caído por España, y todos los fieles difuntos, y en compañía de los ángeles y los santos, cuidaría desde el Cielo de la familia que se había reunido a despedirla. Y pronunció uno a uno el nombre de sus hermanos: José Antonio, Pilar, Rodrigo, Pelayo, Borja, Elvira; y el de sus cuñados: Victoria, Regla, José Manuel, Terita; y siguió con el de sus sobrinos: Rodrigo, Gonzaga, Jimena, Pilar, Casilda, Beltrán, Covadonga, Francisco de Asís, Hernán, Alonso, Blanca, Gonzalo, Juan, María Pilar, Jacobo, Eugenia, María, Pelayo, Blanca, Ernesto, Mari Asun, Telmo, Guiomar, Yago, y parecía dispuesto a arrancarse con el de sus sobrinos nietos —que desde el mayor, Gonzalito, hasta el más pequeño y más querido, Pepe, con síndrome de Down, eran los únicos que se permitían llorar a moco tendido— cuando un carraspeo de la tía Asun, y su mirada de «Mira que eres pelma, Ernestito», le hizo resumir con un «bueno, y todos los niños, amén», y siguió la ceremonia.

Sonaron, al órgano, los acordes del himno nacional en la consagración, y como absolutamente todo el mundo fue a comulgar (el sacristán se lo comentó más tarde a Su Eminencia, impresionado) tuvieron que partir en pedacitos las últimas Hostias consagradas para que llegaran para todos.

Dominus vobiscum, dijo al terminar la misa, en vez del «Podéis ir en paz» que esperaban algunos. Pero en los primeros bancos nadie dudó un segundo en contestar *Et cum spiritu tuo*, y seguir con soltura el responso en latín.

* * *

—¡Bienvenidos y bienvenidas! —dijo Allegra alzando la voz.

Los que estaban sentados giraron la silla hacia ella, y los que estaban en pie se acercaron un poco más.

—En primer lugar, muchas gracias a todas y todos por estar aquí. Sabemos que no os lo hemos puesto fácil, pero ¡qué le vamos a hacer! Al fin y al cabo, Carlos no era, para nada, una persona fácil.

Risas y aplausos a partes iguales resonaron por el monte, dispensados con más soltura por los que aún no habían cogido uno de los cucuruchos que Chaplin seguía repartiendo. Recorría el mirador de forma tan errática que un antiguo camarada de su abuelo en la Nueve, un tipo con la medalla de la Legión de Honor colgando en la solapa, le dijo que si ellos hubiesen dado tantas vueltas, París aún estaría esperando que la liberaran de los nazis.

Allegra seguía con su discurso:

—Pero tenía que ser aquí, donde cruzó la frontera durante la Retirada, en el 39, siendo tan solo un joven de dieciocho años pero ya un luchador por la libertad, a la que se entregó…

—¡Y disfrutó! —gritó un viejo de larga melena gris.

Allegra le sonrió con complicidad, aunque no tenía la más remota idea de quién era. Quizá un paciente; sí, tenía toda la pinta de ser un paciente psiquiátrico.

—Desde luego que sí. Sin ir más lejos, si este coche hablase… —siguió ella, lanzado una mirada al Sputnik.

Una anciana con gafas de sol y turbante no pudo evitar suspirar:

—¡Uy, ese asiento trasero!

Su marido la miró atónito, pero enseguida asintió, entendiendo y disculpando, y por hacer algo le dio un mordisquito a su cucurucho. También Mimí la había oído, y reprimió una sonrisa.

Mimí Larousse, la primera mujer de Carlos y madre de Jean Pierre, estaba sentada en un banco del mirador con las piernas cruzadas, unas piernas kilométricas que acababan en unos elegantes zapatos de color visón. Mimí parecía haber llegado hasta el banco flotando sobre la pradera como una reina de los elfos; por eso sus finísimos tacones no mostraban huellas de barro. Mimí Larousse era perfecta a sus noventa años, y ni siquiera le quedaban mal los trazos de moco que su hijo Jean Pierre le había dejado en la camisa de seda naranja, cuando enterró su rostro sollozante en el escote materno. Ella le palmeó discretamente la espalda, porque le tocaba hablar.

—Nadie fue más libre que Carlos Ochoa Hernández, el hijo del maestro, nuestro padre. Jean Pierre, por favor —había dicho Allegra, extendiendo la mano hacia él. Y Mimí empujó a su hijo con suavidad élfica.

—*Je suis triste, si triste* —le dijo Jean Pierre mientras se levantaba.

—*Je sais* —le animó ella, tan divina.

Llegado el momento, media docena de nietos varones de Pilar se acercaron al féretro y lo alzaron a hombros para llevarlo hasta el panteón familiar, a apenas doscientos metros de la ermita, en mitad del cementerio. Por el camino fueron cantando el himno *La muerte no es el final*: «En Tu palabra confiamos con la certeza de que Tú ya le has devuelto la vida, ya le has llevado a la luz», y esas voces viriles de timbre tan fervoroso y tan marcial (exceptuando a Yaguito, que, en fin…) le puso a todo el mundo la piel de gallina y hubo quien se unió a Teodora y a los niños en su escandaloso llanto.

Elvira, la hija menor de la difunta, se agarró del brazo de su hermano Ernesto mientras seguían a la comitiva:

—Yo creo que estaba soñando con papá cuando murió. Estaba sola pero con papá, ¿no crees?, por eso tenía esa expresión tan plácida.

Ernesto asintió. Obviamente, a ella no le había parecido tan mal el desaguisado del maquillaje.

—Yo creo que el pobre Santiago estaba soñando conmigo, también, cuando lo suyo.

Su marido, Santiago Sarasota, se había quedado dormido al volante volviendo de una montería, veinte años atrás. Fue tan complicado sacarlo que se decía que en el ataúd iba también medio salpicadero. Ella estaba embarazada de Yaguito. Quizá eso explicase lo de que el pobre chico moviera mucho las manos al hablar y dijera mucho «Uy, Jesús».

Ernesto volvió a asentir. Cuando Elvira se ponía a hablar de su marido, no paraba. Pero, gracias a Dios, ya habían llegado al panteón y pudo soltarse de su brazo.

Jean Pierre deslizó su mirada vidriosa sobre la variopinta concurrencia. Le emocionó que estuviera allí Víctor, cuando hacía tanto tiempo que lo habían dejado; y también Bertrand, que se había traído a su nueva pareja, un treintañero de color con escarificaciones en la frente y que solo hablaba zulú. Se quedó unos segundos en silencio pero nadie pareció impacientarse; ni siquiera Allegra porque ella era muy de respetar el ritmo de cada cual, aunque tuviese ganas de tirarlo por el precipicio. Por fin, arrancó:

—Creo que a mi padre le habría gustado esto. No es que sus amigos fueseis su familia, sino que a su familia nos hizo el honor de considerarnos amigos. Aquí somos todos iguales, como a él le gustaba. Carlos fue de todos y por eso lo vamos a despedir entre todos. Y ahora… ahora todos… —Jean Pierre tartamudeó; pronunciar las dos

sílabas del nombre de su padre le había hecho un nudo en la garganta que no podía desatar.

Allegra tomó el relevo. Anunció que todos recogerían su parte de las cenizas de Carlos y las lanzarían a la vez al viento pirenaico para que flotaran libres. Alguno hubo que miró, dubitativo, la urna bajo la bandera tricolor: repartirse el muerto a puñados no era algo particularmente apetecible.

Pero Allegra parecía tenerlo claro:

—Porque los verdaderos héroes, como mi padre, y como el padre de mi padre, no tienen tumba.

El panteón de los Fernández-Frago, la familia política de Pilar, era de los más antiguos del cementerio, que estaba cerca del arroyo Patos, en la llanura manchega. Tiempo atrás fueron dueños de toda aquella zona, y allí estaban enterrados los restos de más de cincuenta antepasados, incluyendo seis condes de Vega de Patos —el último, Rodrigo, el marido de Pilar—. La tía Asun había hecho un tímido intento de que enterrasen a su hermana con los Santamaría; pero era evidente que Pilar tenía que descansar junto a su marido. Y aunque la tía Asun dijo que lo entendía, estaba bastante fastidiada. Creyendo susurrar, pero en realidad a voz en grito porque estaba muy sorda, le dijo a Jimena, que empujaba su silla de ruedas, que en el panteón de los Santamaría había en la entrada una hermosísima cruz de Borgoña, la cruz carlista, y que dentro estaban los huesos de su padre, el caído por España, y de su hermana monja, la asesinada por los rojos en Paracuellos que estaban intentando canonizar. Y aparte, a ella le pillaba mucho más a mano para ir a ponerle flores y a rezar y eso, que vaya viajecito había tenido que hacer, a su edad.

—Porque, ¿cuántos crees que tengo, eh, cuántos?

Y Jimena hizo el cálculo, y luego le restó quince años, y así con gran satisfacción la tía Asun pudo decir que no, que no, que muchos más, que había cumplido ochenta y ocho.

—Uy, pues no lo parece —contestó Jimena, pensando que realmente su tía abuela Asun estaba hecha unos zorros comparada con su abuela. Pilar Santamaría irradiaba vitalidad, y más en los últimos tiempos, en la residencia. Sus padres y sus tíos habían estado discutiendo si tenían que convencerla de pasar una temporada en casa de cada uno, o de que aceptara la oferta de Asun de vivir con ella —aunque *a priori* la idea resultara espeluznante—, pero para sorpresa de todos, Parquenuevo le había sentado divinamente. Lo único, qué pena que se hubiera muerto sola… Quién iba a imaginarse que estaba tan enferma,

si parecía a punto de ponerse a brincar y bailar en cualquier momento.

En cambio, la tía Asun había decidido hacía ya mucho que no iba a levantarse de su silla de ruedas ni salir de casa nunca más, aunque esto último se lo saltaba para ir a campeonatos de *bridge*, bodas y entierros. Asun se temía que este sería de los últimos, y que en el próximo posiblemente iría en la caja. No le preocupaba mucho lo de morirse, al fin y al cabo no tenía a nadie que la necesitara y sabía que en el Cielo iba a estar mucho mejor y que iba a conocer a todo el mundo, pero pensó que tenía que sacar un rato para elegir la música de su funeral —como hubiera una guitarra era capaz de resucitar para estampársela al director del coro en la cabeza— y, ya que estaba, redactar un nuevo testamento. No le había parecido que su ahijado Gonzaga, al ir a recogerla en coche esa mañana, lo hiciera con el debido entusiasmo. Y poner la radio durante el viaje en vez de darle palique no había estado bien. No, Gonzaga no se merecía, en absoluto, las soperas de plata. En cambio, Yaguito, un amor, que se había lanzado a sus brazos nada más verla y había elogiado el broche que llevaba. Yaguito tenía buen gusto para las joyas. Si Pilar, como suponía, le había legado alguna de las joyas familiares, tenía que dejarle las mejores a Yaguito. Para su mujer cuando se casase, porque seguro que se iba a casar.

Se había formado una larga cola ante la urna abierta. Resulta que, como explicó Allegra, los cucuruchos —que eran de pasta de yuca y por tanto biodegradables— servían para recoger las cenizas de Carlos como el cucharón de un ponche, y soltarlas en el mirador para el último vuelo del amigo.

—Ya nada se hace con las manos —dijo muy decepcionado Isidro, padre de los mellizos de Allegra, extrabajador de la SEAT y voz del pueblo. Un obrero de los de verdad.

En general, fue un alivio para los más aprensivos y motivo de bochorno para todos aquellos que, como el marido de la del turbante, se los habían comido pensando que eran algún tipo de canapé. Pero Chaplin repartió otros cuantos más y pronto todos los asistentes alzaban su cucurucho en un brindis final, esperando que terminara la elegía de Miguel Hernández a Federico García Lorca recitada por Allegra, con el acompañamiento al violonchelo de Luna.

—«Tú, el más firme edificio, destruido, tú, el gavilán más alto, desplomado, tú, el más grande rugido, callado, y más callado, y más callado».

El arco arrancó las últimas notas, Luna cerró los ojos esperando a que la brisa se las llevara lejos, y todos dieron un paso adelante, cucurucho en ristre.

Los seis nietos de Pilar se detuvieron a la puerta del panteón para un último responso. Luego, sin perder el paso y ya sin cantar, bajaron las escaleras hacia la cripta. Iban muy concentrados: había verdín en los escalones de piedra, y con esos zapatos de vestir era fácil que se pegaran un buen guarrazo. Colocaron solemnemente el féretro en el hueco que tocaba, justo debajo del de su abuelo Rodrigo Fernández-Frago y Marial, y se quedaron unos instantes en silencio antes de subir otra vez las escaleras para salir de la cripta.

Allegra agachó la cabeza, sentía el llanto quemándole las pestañas pero consiguió esbozar una sonrisa y decir:

—Hasta siempre, compañero.

Pero antes de que soltara las cenizas montaña abajo, el ruido de un motor revolucionado hizo que todos se giraran. Un Renault Clio derrapó junto al Sputnik, pegando bocinazos. Una mujer abrió la puerta del conductor y salió dando voces:

—¡Quieto todo el mundo!

En el umbral del panteón, una silueta con los brazos extendidos se recortaba contra el sol de la tarde, bloqueando el paso. Era como el Cristo de Corcovado, pero sudoroso y de traje.

—¡Alto! —clamó.

21 de junio de 2016, 20:00h. La Maladeta.

Aviso de concentraciones excesivas en la atmósfera de alérgeno de tipo polínico 12.

Yo, CARLOS OCHOA HERNÁNDEZ, mayor de edad, en plenitud de mis facultades mentales, expongo:

Que en el supuesto de encontrarme en unas condiciones en las que no pueda decidir sobre mi atención médica, a raíz de mi deterioro físico y/o mental, mi voluntad incuestionable es la siguiente:

A) Que no se dilate mi vida por medios artificiales, tales como técnicas de soporte vital ni fluidos intravenosos.

B) Que se me suministren los fármacos necesarios para paliar al máximo mi sufrimiento físico y psíquico causado por la enfermedad, aun en el caso de que puedan acortar mi vida.

C) Que, si me hallo en un estado particularmente deteriorado, se me administren los fármacos necesarios para acabar definitivamente, y de forma rápida e indolora, con los padecimientos expresados en el punto (B) de este documento.

D) Que se entierren mis restos mortales en la tumba de mi propiedad en el cementerio de ALHORÍN DEL CERRO.

E) Designo como mi representante para que vigile el cumplimiento de estas instrucciones, y tome las decisiones necesarias para tal fin, a PILAR SANTAMARÍA.

F) Manifiesto, asimismo, que libero a los médicos que me atiendan de toda responsabilidad civil y penal que pueda derivarse por llevar a cabo los términos de esta declaración.

Allegra, con las gafas caídas hasta la punta de la nariz, leyó otra vez el papel que Carmen le había entregado, y se lo pasó a Jean Pierre. Los asistentes aguardaban desperdigados por la ladera, sin saber qué hacer. De momento, habían devuelto las cenizas de Carlos a la urna, que ahora ya no cerraba por algún que otro cucurucho de yuca que se había colado dentro.

—¿Quién será Pilar Santamaría? —preguntó él, mirando a Carmen.

Pero Carmen sabía que en boca cerrada no entran moscas, e hizo un gesto ambiguo que valía igual para «No sé», «No viene al caso», «Ya te lo dirán», o «No soy de aquí».

—Será una enfermera de la residencia —le contestó Allegra, que tenía mucha más curiosidad por saber por qué querría su padre enterrarse en un lugar llamado Alhorín del Cerro.

Frida lo tecleó en el portátil que había usado para retransmitir la ceremonia *interruptus*. La primera entrada informaba de que era un hueco para guardar cereales: «Truenos en abril prepara el alorín», como ejemplo de uso; y la segunda la llevó a una canción popular cordobesa: «Alorín, alorín, porque no tienes dinero. Alorín, alorán, porque no tienes caudal». Pero Google, tan atento, le preguntó si por un casual no se habría comido una hache intercalada y en realidad estaba interesada en «Alhorín del Cerro». Entonces se abrió la Wikipedia y todos —Allegra, Jean Pierre, Ravi, Frida, Chaplin, Luna e Isidro— se agolparon a su alrededor. Y ahí empezó el debate.

Por supuesto todos estaban de acuerdo en que había que cumplir el deseo de Carlos: siempre se había salido con la suya y por estar voluntariamente muerto no iban a cambiar las cosas. Pero sobre cómo hacerlo había disparidad de criterios: que si deberían ir directamente, que si mejor esperar unos días, que si tenían que lanzar algún cucurucho allí, que si mejor llevárselo entero para allá, que si podían aprovechar para montar otra ceremonia laica de despedida con los amigos del extranjero que no habían tenido tiempo de llegar, que ni hablar de repetir que no era espontáneo… Allegra se esforzaba por contener un alarido, porque ella era muy de respetar el turno de palabra aunque se dijeran gilipolleces, pero un bocinazo agudo la hizo saltar. Todos enmudecieron y giraron la cabeza: Mimí se había montado en el asiento del copiloto del Sputnik y les hacía gestos con una mano mientras agotaba el claxon con la otra.

—*Allez* —les dijo cuando se acercaron.

Y todos prefirieron hacerle caso, porque ya estaban a un tris de montar comisiones y foros. Así que Allegra agradeció de nuevo su presencia a los y las asistentes, pero añadió que ellos tenían que ir tirando porque por lo visto había que despedir a Carlos en un pueblo a 800 kilómetros.

Algunos dieron al amigo por despedido; pero muchos otros los siguieron con la misma determinación con la que tiempo atrás hubieran seguido una consigna del Comité Central. Y como una serpiente multicolor, resignada y festiva, bajaron la ladera norte de la Maladeta hasta el lugar donde habían aparcado sus coches. Y luego, en una caravana igualmente festiva pero a motor y encabezada por el humeante Sputnik, se pusieron en marcha hacia Alhorín del Cerro.

21 de junio de 2016, 20:00h. Cementerio en La Mancha.

«Creo que no queda hielo», oído a un camarero del RMS Titanic instantes antes del impacto contra un iceberg.

A mis hijos:

Considero que la vida terrena es un don y una bendición de Dios, pero no es el valor supremo absoluto. Sé que la muerte es inevitable, y desde la Fe creo que me abre el camino a la vida que no se acaba.

Por ello, yo, PILAR SANTAMARÍA Y QUIÑÓN DE BARROS pido que si por mi enfermedad llegara a estar en situación crítica irrecuperable, no se me mantenga en vida por medio de tratamientos desproporcionados o extraordinarios; que no se me aplique la eutanasia activa, que considero pecado, ni se me prolongue abusiva e irracionalmente mi proceso de muerte.

Es mi voluntad ser enterrada en la tumba de mi propiedad en el cementerio de ALHORÍN DEL CERRO y pido a CARLOS OCHOA HERNÁNDEZ que vele por el cumplimiento de esta voluntad.

Soy consciente de que os pido una grave y difícil responsabilidad, y el sacrificio de no hacerme reposar junto a mi marido, vuestro padre. Precisamente para atenuaros cualquier posible sentimiento de culpa, he redactado y firmo esta declaración.

Alfredo había tenido que llamar a Carmen y pedirle que le mandara al móvil una foto del testamento vital de la difunta, porque nadie se había creído ni media palabra de esas disposiciones dejadas por Pilar. Y aunque ya José Antonio las había leído y releído en esa pantallita, firmadas de puño y letra de su madre, seguía sin poder creérselo.

—¿Y quién será Carlos Ochoa? —preguntó Ernesto, con ganas de rascarse la calva bajo el solideo rojo.

—No tengo ni idea —le contestó su hermano—, ¿el capellán de la residencia?

Mientras José Antonio y Ernesto conferenciaban, los familiares que no tenían ni voz ni voto en la cuestión —es decir, el resto—, se habían dividido en dos grupos. Unos rezaban rosarios frente al panteón abierto; otros se habían metido en el bar de al lado del cementerio, que al menos tenía aire acondicionado, y aguardaban instrucciones. También aguardaba el chofer de la funeraria, que se había quitado la chaqueta negra —era el único hombre con chaqueta negra, porque el gris oscuro de los trajes de los señores no era negro para nada— y se había metido en el furgón a echar una cabezadita.

Rodrigo Fernández-Frago Griñán de Villavicencio, el hermano mayor de Jimena, había apiñado a sus cuatro hijos en un rincón discreto, y se esforzaba porque no diesen una voz más alta que otra. Su mujer, Camino, también se había ido a descansar al coche: estaba en el séptimo mes de embarazo y el tute la había agotado.

—¿Tú sabes qué es Alhorín del Cerro? —le preguntó Rodrigo a Jimena, cuando se acercó para ayudarle con los niños.

—¿Por?

—He oído que la abuela quería enterrarse en Alhorín del Cerro.

—Uy, Jesús —se sorprendió su primo Yaguito, que andaba por ahí cerca.

Jimena lo buscó en Internet en el móvil de Pilar. Hizo una lectura en diagonal.

—Un pueblo… famoso por su capudio.

—¿Su capullo?

—Ca-pu-dio.

En ese momento José Antonio se acercó al bar y Victoria, que estaba hablando del tiempo como siempre hacía en las situaciones incómodas, salió a su encuentro.

—Yo no sé en qué pensaba mamá, se ve que estaba mal de la cabeza y no nos dimos cuenta, pobre. —El «pobre» sonó más irritado que caritativo. Y siguió—: Voy a arreglarlo con el de la funeraria. La volvemos a enterrar mañana, en el pueblo ese.

21 de junio de 2016, 20:30h. Llamada del 67589… al 1000.

«Darme de baja». «Disculpe, no le he entendido. Para contratar más servicios marque uno, sobre su factura marque dos, si quiere saber si su vivienda está en zona cableada marque tres, o diga claramente el motivo de su llamada». «Quiero darme de baja». «Disculpe, no le he entendido».

—Cari, ¿cómo va? —La voz de Alfredo sonaba cansada y hablaba bajito, y Carmen tuvo que apretarse el teléfono con fuerza contra la oreja.

—Bien, ya estoy volviendo, ¿por ahí qué tal?

—¿Cómo que estás volviendo? ¡No puedes hablar por teléfono mientras conduces!

—Ya, ya, si será un momento, dime cómo va todo.

—Bueno. Es una gente… muy particular.

—¿Particular? Tenías que haber visto a los míos. Mira, yo creo que hemos cumplido. A partir de aquí ya es cosa suya. Deberías ir tirando para casa también.

—Ya…

—Alfredo, tú no te preocupes.

—Pero es que no sabes cómo se han puesto, y eso que no saben nada del resto… A ver cómo se lo explico yo ahora… —dijo con desmayo.

—¿Pero explicarles qué? ¿Estás loco? Ni se te ocurra, tú ni mu, que ya se enterarán. Tú has actuado como notario y basta. Y consigue que alguien te dé su tarjeta, que hay que tenerlos localizados para mandarles la minuta.

—Ya…

—Alfredo, escucha, tú no digas ni pío. Hala, te dejo que me quedan ocho horas de viaje. No me esperes despierto.

—Ten cuidado con la carretera. Ve parando cada trescientos kilómetros para descansar, y si te entra sueño…

—Tranquilo, cari. Venga, un besito —le interrumpió ella.

—Buen viaje nos vemos en Alhorín te quiero —dijo él muy rápido antes de colgar, porque después de tantos años seguía dándole apuro.

Extracto de *es.wikipedia.org*

Alhorín del Cerro

Alhorín del Cerro es una localidad española de 790 habitantes, situada en el extremo sur de la provincia de Salamanca, comunidad

autónoma de Castilla y León.

Relieve, paisaje y vegetación

En las inmediaciones de Alhorín del Cerro se encuentran:

—La dehesa con sus encinas y alcornoques, donde con anterioridad al brote de peste porcina de 2005 se criaban en libertad cerdos ibéricos de la raza colorado retinto.

—Las plantaciones de calabazas de la variedad autóctona *Flora belalcazarensis*.

—El curso del río Pleno, afluente terciario de la cuenca del Tajo, que permanece seco la mayor parte del año.

Festividades

17 enero: Fiesta de San Antón.

17 de julio: Romería de Santa Generosa.

16 de agosto: Fiesta de San Roque.

Las procesiones y romerías están suspendidas desde 2007 por los graves enfrentamientos entre los vecinos, en los que resultaron dañados un estandarte de seda y la talla de santa Generosa.

6 de octubre: Jornadas de Exaltación del Capudio, embutido local a base de grasa de cerdo y calabaza. Suspendidas desde noviembre de 2005, fecha de elaboración del último capudio.

Economía

Los sectores principales son la agricultura y la ganadería.

—Cooperativa de Productores Porcinos San Antón: fundada en 2006, ocupa el polígono industrial del mismo nombre, a 3,5 km del centro urbano, con cuatro naves para la estabulación de cerdos. Se dedica principalmente a la exportación a Asia de innovadoras variedades de chóped. Reconocida como «Empresa Solidaria», por el Gobierno de Castilla y León, por sus medidas de paridad de salarios e integración de personas con capacidades especiales.

—Asociación de Calabaceros San Roque: productores de mermeladas y turrones ecológicos, destaca sobre todo por el tofudio, alternativa vegana al capudio. Premio a la Excelencia y Sostenibilidad en la Feria de Alimentación de Medina del Campo en 2010.

Cultura y monumentos

—Ruinas del Molino Lento. Se cree que es de origen romano. En funcionamiento hasta su incendio en 1874.

—Iglesia de San Antón y San Roque (s. XVI). De estilo tardorrenacentista, está dedicada a los dos santos patronos de la localidad.

—Monumento al capudio en la plaza del Ayuntamiento.

Reproducción a escala gigante del afamado embutido típico de Alhorín, realizado a partir de los diseños de alumnos del Centro de Educación Infantil y Primaria Concepción Arenal.

—Museo del Capudio. Exhibe, criogenizado, el único capudio que existe en la actualidad en todo el mundo. Dispone de audioguías en español e inglés.

22 de junio de 2016. Cementerio de Alhorín del Cerro.

Tema 3 Punto 2. La zona de incertidumbre: es el espacio que rodea a peatones, vehículos y animales al que se pueden desplazar de un modo imprevisto. Esta zona puede resultar peligrosa al no conocerse cuál va a ser la reacción de los demás usuarios de la vía.

Los amigos y familiares de Carlos, con sus parejas y exparejas y sus medio hermanos y las exparejas de medio hermanos y los medio hermanos de sus parejas y exparejas fueron bajando de los coches con las piernas entumecidas y gesto de estupefacción: aquello era un cementerio católico de toda la vida, con sus cruces y sus vírgenes y sus angelitos de mármol blanco.

—Tiene que haber un error. Esto va a ser un acto por lo civil, ¿aquí no hay otro cementerio, uno civil? —le preguntaba Allegra al risueño ecuatoriano que salió a recibirlos dándoles un pésame muy sentido, y que por sus ropas de trabajo debía de ser el encargado del mantenimiento.

—No, pues este es el único cementerio acá… Y ya dijeron que no hacía falta cura, pero entendí cuando sus mercedes llamaron que traían a un religioso para que oficiara.

—¿Un relig…? No, no, de eso nada. Nosotros no hemos llamado. —Y Allegra en ese momento pensó que quizá hubieran tenido que llamar antes de plantarse allí, aunque eso no hizo que suavizara el tono—: Pero efectivamente no hace falta ningún cura. Díganos, por favor, dónde está la tumba de Carlos Ochoa.

—¿Pero sus mercedes no son los familiares de Pilar?

—No, no. Somos amigos y amigas de Carlos Ochoa.

—Ah, discúlpenme. Un momentito no más y les indico cuál es su parcela.

El pequeño cementerio estaba en realidad entre Alhorín del Cerro y Meneos de Muñón, que era el siguiente pueblo yendo por la comarcal. Cuando llegó el coche fúnebre de Pilar, seguido por su séquito, el aparcamiento ya estaba lleno, y una furgoneta Volkswagen con una pegatina contra la guerra bloqueaba la verja.

—Qué mala suerte —dijo José Antonio, y mandó a su hermano Pelayo, el solterón, a gestionar que la retiraran. Pelayo viajaba con ellos porque su coche no había arrancado esa mañana. O eso al menos es lo que había dicho. La verdad era que se había agarrado una

cogorza de campeonato —cada uno lidia con el duelo a su manera— y no estaba seguro de no ir a reventar el alcoholímetro si le paraban. Y esta vez se iría directo al trullo, por reincidente. Había pasado la noche con sus amigos de Puerta de Hierro, primero en el bar del selecto club social, luego en la coctelería de un conocido, luego en una discoteca muy moderna cuyo nombre no recordaba, y finalmente en casa de Cuca Ruiz-Calademonte, que se acababa de divorciar y no se perdía un festejo. Sus buenos amigos le habían pagado discretamente todas las copas porque sabían que estaba a dos velas, y le habían hablado de caza y golf porque, aparte de ser sus aficiones favoritas, era de lo único que solían hablar.

Sobreponiéndose a su resaca, Pelayo entró al cementerio a buscar al dueño de la furgoneta pacifista. No iba a ser muy difícil: había un único grupo de gente entre las tumbas. Vio de lejos a un saltimbanqui con rastas algo apartado del resto mirando un iPad: iba a ser ese, fijo. Un indignado con todo menos con Apple. Gentuza.

—Oye, ¿la furgoneta mal aparcada es tuya?

—No —contestó Chaplin.

—¿Y no puedes preguntar de quién es?

Chaplin señaló al ecuatoriano:

—Ese señor trabaja aquí, mejor pregúntale a él —Chaplin volvió a mirar el iPad de su abuelo. Entre las fotos había una de una anciana frente a las ruinas de un molino.

Pelayo intentó abrirse paso hasta el tipo que estaba en mitad del corro, señalando una tumba doble que se encontraba abierta y vacía. Reinaba en ese momento un absoluto silencio estupefacto. A Pelayo no le importó interrumpirlo.

—Buenos días.

Los Ochoa se giraron, aún callados, digiriendo las novedades que acababan de escuchar, y el ecuatoriano le mostró su blanquísima sonrisa.

—Buenos días.

—Mire, estamos en la puerta con el féretro de mi madre, y no podemos pasar porque hay una furgoneta…

—¿Pilar?

—Pilar Santamaría, sí.

El ecuatoriano le estrechó la mano, efusivo.

—Mi más sentido pésame. Justo les contaba a los señores: esta es la tumba de su mamá y del otro finado.

—¿Qué? —Pelayo no podía apartar los ojos del bulto envuelto en la

bandera republicana que llevaba un hindú.

En ese momento se oyeron, tan viriles y marciales, las voces de ocho de los sobrinos de Pelayo acercándose por el pasillo central: habían decidido transportar a hombros el féretro en vez de intentar meter el furgón, y cantaban *La muerte no es el final* como un bis postergado del día anterior. A Ravi casi se le caen las cenizas del susto.

Como piezas de ajedrez antes de empezar la partida, Ochoas y Santamarías se observaban espeluznados, a uno y otro lado de la tumba. El violonchelo de Luna. El rosario de la tía Asun. Las escarificaciones en la frente del zulú. El pisacorbatas con la bandera de España de Gonzaga. Los tatuajes en los brazos de Frida. Los cuatro hijos varones de Rodrigo vestidos iguales, con sus pantalones cortos grises y sus calcetines altos con borlas. Allegra y José Antonio hablaban con el operario, que había confirmado que sí, que su papá y su mamá habían comprado la tumba a medias, y por eso le extrañaba que sus familias no se conocieran de nada. Intentó convencerlos del lado positivo: ahora podían conocerse y apoyarse en esos momentos de dolor, gracias a que el Señor los había llamado a su lado a la vez.

Mientras Mimí protestaba diciendo que a Carlos no le había llamado nadie, que se había tirado de una azotea cuando le había salido de los cojones, José Antonio intentaba quitarse de la cabeza la idea absurda que le habían sugerido las palabras de ese indio menudo.

—Pero usted quién es —le preguntó.

—Yo, Lucas. Para servirle.

—¿Pero usted es… Usted trabaja aquí?

—Bueno, soy el párroco, así que… sí.

Allegra lo miró con sorpresa. José Antonio, con desmayo.

—¿Que Atahualpa es el cura? —le susurró la tía Asun a Yaguito, o creyó que lo susurraba, porque en realidad lo dijo bien alto. Victoria agachó la cabeza, esperando que el conflicto inminente la sobrevolara sin verla y pasara de largo.

Chaplin seguía fisgando el iPad de su abuelo. Descubrió que jugaba a Apalabrados, y se quedó mirando la partida. Se dio cuenta enseguida de que con sus siete letras, y apoyándose en una «o», podía formar la palabra «entierro», lo que le pareció muy curioso. Pensó si Carlos lo habría visto también, y si esa última humorada le habría inspirado acabar con su vida. Su madre seguía discutiendo con aquel facha. Vale que quisieran compartir tumba, iba diciendo Allegra, pero de compartir ceremonia el testamento vital no decía nada. Vamos, que ni de coña. Los Ochoa harían su despedida laica, otra vez; y si los

Santamaría querían flagelarse de rodillas o lo que hicieran los católicos, pues muy bien, pero cada uno por su lado. A José Antonio le pareció divinamente: ellos enterrarían a Pilar según manda la Iglesia, y cuando acabaran ya podían hacer sus danzas y tocar el violín. Allegra dijo que llevaban toda la noche conduciendo, que encima les había pillado un atasco por un accidente de un camión de cerdos, y que por supuesto ellos iban antes. José Antonio contestó que de ninguna manera iban a meter a su madre en una tumba donde ya hubiera una bandera republicana, que si la querían meter después, por ellos no había problema.

Jimena notó una vibración en su bolso. Era el teléfono de Pilar, y su nieta sonrió con tristeza al ver que alguien le había jugado a Apalabrados, alguien que no sabría que ya no iba a terminar la partida. Miró la cuadrícula y se sobresaltó al ver que la palabra era «Entierro». Era impresionante: señales como esta dejaban clara la existencia de Algo Más. También porque, con sus letras, ella vio que podía formar «Desastre». Y lo hizo, y dio al botón de enviar. Oyó un pitido electrónico entre la tribu de ahí enfrente, y lo siguió con la mirada: el chico de rastas consultaba, sorprendido, el iPad que llevaba bajo el brazo. Chaplin sintió que le miraban y levantó la vista: la rubia de pendientes de perlas apartaba la suya.

22 de junio de 2016. Cerro de Alhorín del Cerro.

«No envié mis naves a luchar contra los elementos», Felipe II.

Desde una loma, dos figuras tomadas del brazo contemplaron aterradas el guirigay de *La internacional* compitiendo contra el responso en latín; el hang contra la voz de Ernesto; las citas de Miguel Hernández contra las de Juan Pablo II. Como no se ponían de acuerdo, habían decidido seguir adelante cada cual con lo suyo, fingiendo que los otros no estaban. Al final soltaron el féretro en la tumba, colocaron la urna al lado, y se marcharon rápidamente, deseando recordar cómo habían sido su madre o su padre antes de perder la cabeza, y sobre todo aliviados por no tener que volver a ver a esa gente nunca más.

—Tú ni mu, cari —le había insistido Carmen a Alfredo—. Tú ni mu, que ni te vean. Ya-verás-que-todo-irá-bien-cari-ya-verás.

Por primera vez en todos los años que llevaban juntos, Alfredo la miró con escepticismo.

23 de junio de 2016, 11:15h. Ayuntamiento de Alhorín del Cerro, Plaza de Encima, s/n.

En todos los vagones de tren y metro: «Se prohíbe rigurosamente hacer uso de los aparatos de alarma sin causa justificada».

El Ayuntamiento de Alhorín coronaba el pueblo y era un edificio magnífico de nueva planta, a medio camino entre un palacio de congresos y un hotel de lujo. Lo habían construido aprovechando que el Gobierno daba dinero para obras —el famoso Plan E—, y porque los de Meneos de Muñón estaban remozando el suyo con la misma ayuda y no era cuestión de quedarse atrás.

A la hora de su cita con el alcalde, excelentísimo señor José Díaz, Carmen y Alfredo cruzaron el portón de madera noble, desestimaron el ascensor y subieron la escalinata de mármol (que también tenía una silla automática para impedidos en la barandilla). Al llegar a la primera planta, avanzaron por el ancho pasillo sin hacer caso de ninguna de las grandes puertas con sus rótulos: *Sala de Proyecciones*, *Auditorio*, *Archivo Municipal*, *Sala de Exposiciones*, *Salón de Plenos*… También pasaron de largo el despacho del alcalde. La primera vez que fueron a ver a José Díaz, nada más instalarse en Alhorín, se habían pasado media hora esperando en aquella antesala hasta que un bedel que salía de unos lavabos les aclaró que allí no había nadie.

—Todo esto es solo para enseñar. El alcalde se pone abajo, en el sótano.

Alfredo y Carmen fueron hacia la escalinata de mármol, pero el bedel les advirtió que llegar al sótano desde la planta baja era un lío y que se perderían seguro, que lo mejor era ir por fuera, por la escalera contra incendios. Y eso era exactamente lo que estaban haciendo esa mañana: subir al primer piso, bajar por la escalera contra incendios de la fachada trasera y cantarle las cuarenta a José Díaz en el sótano.

A Carmen no le había hecho ninguna gracia recibir una carta del Ayuntamiento informando del cambio de nombre de la calle de la notaría: significaba que tendría que imprimir de nuevo papeles y tarjetas. Pero había algo aún peor, y era que de estar en «calle de la Huerta, 4» pasaban a la «calle del Guarro, 4».

—El guarro. El-gua-rro —pronunció estupefacto Alfredo—; si es que soy gafe, cari, te lo digo siempre.

Y a Carmen le inspiró tanta ternura que decidió impedir a toda

costa esta nueva humillación del destino. Así que después de cubrir el itinerario absurdo que llevaba a los sótanos consistoriales, entró sin pedir permiso y reclamando.

—Alcalde, no se puede ir cambiando los nombres de las calles así como así.

José Díaz, en pie ante una pizarra blanca en la que no cabía nada más, los recibió con la pregunta que llevaba rato haciéndose a sí mismo:

—¿Hay alguien que le caiga bien a todo el mundo en este pueblo?

Carmen dio una respuesta rápida para zanjar el tema. No iba a permitir que la distrajeran de lo suyo.

—George Clooney, seguro.

No le extrañó que el bendito de Alfredo asintiera muy serio:

—Claro, claro, George Clooney, ¿quién va a tener nada en contra de George Clooney?

Pero le sorprendió un poco más que José se apuntara.

—Clooney…, claro… ¡Es perfecto! ¿Con dos «oes» y acabado en «y», verdad? C-l-o-o-n-e-y, —apuntó en una esquina de la pizarra con un rotulador.

José Díaz sintió una moderada esperanza con George Clooney, pero tampoco quería echar las campanas al vuelo: ya no era aquel tipo optimista y confiado que llegó a la alcaldía de Alhorín del Cerro en 2005. Allí, las elecciones municipales —las únicas que les interesaban— eran cosa de dos partidos: Alhorín Unido y Unidos por Alhorín. Siempre ganaba uno u otro por un escaso margen de votos, determinado por las defunciones y mayorías de edad de los últimos cuatro años.

Todos los votantes de Alhorín Unido pertenecían a la Cooperativa de Productores Porcinos San Antón, y todos los de Unidos por Alhorín, a la Asociación de Calabaceros San Roque; así que, cuando las últimas elecciones arrojaron un empate insólito (doscientos veintiocho votos para cada uno), José Díaz (independiente y con solo tres votos) supo que por fin había llegado su momento. Ningún porcícola ni calabacero iba a ceder, así que consensuaron a José como alcalde y se repartieron las concejalías a partes iguales.

Desde entonces, el flamante alcalde llevaba una vida complicada y hasta cierto punto riesgosa. Su plan de infundir sensatez y lograr acuerdos no estaba funcionando, y su posible voto de calidad lo ponía directamente en peligro.

—Es que estoy preparando el orden del día del próximo pleno

municipal —explicó José después de anotar el nombre y apellido del astro hollywoodiense.

Alfredo y Carmen le miraron sin comprender.

—Ah, claro, que vosotros lleváis poco tiempo por aquí. —Y por fin soltó el rotulador y les señaló amablemente unas sillas para que se sentaran—. ¿Venís por lo de los nombres de las calles, no?

Y entonces Carmen y Alfredo se enteraron de que en Alhorín, casi al tiempo que se retiraban los carteles de propaganda de los candidatos a la alcaldía, si había habido cambio se retiraban también los rótulos de las calles para sustituirlos por los acordes con el nuevo consistorio. Así, por ejemplo, los Soportales de Callos y Morro pasaban a llamarse de la Pita y la Chumbera; y la guardería municipal Los Tres Cerditos se convertía en la guardería municipal La Carroza de Cenicienta. Todo lo que sonaba a porcino se rebautizaba con alguna referencia calabacera, o viceversa.

—No hagáis caso de la carta —los tranquilizó el alcalde—, habrá sido cosa del concejal de Urbanismo que es de Alhorín Unido. Pero como el concejal de Hacienda es de Unidos por Alhorín, no va a financiar el cambio de placas. No tenéis de qué preocuparos; desde lo del empate aquí hay un bloqueo institucional que para qué. Pero se me ha ocurrido algo que podría acabar con el problema de nomenclatura de una vez por todas: en el próximo pleno voy a proponer que numeremos las calles partiendo de este Ayuntamiento.

—Pues está muy bien —dijo Alfredo—, ¿no, cari?

—Está perfecto —dijo Carmen, que ya se veía alternando la papelería con la calle de la Huerta o la del Guarro, según fuera la legislatura.

—Si quieres, recogemos firmas en apoyo de la iniciativa, o lo que sea. —Se animó Alfredo.

—Por favor. Toda ayuda es poca. Oye, ¿y con lo de la finca de los abuelos, qué creéis que va a pasar?

Carmen miró a Alfredo de reojo y vio que le temblaba el labio inferior como siempre que se ponía nervioso. Le agarró del brazo y lo llevó hacia la puerta.

—Que va a ir todo bien, seguro —le dijo al alcalde mientras se iban —. Todos son una gente muy normal.

Carta leída por Guiomar Fernández-Frago McMahoney en el funeral de Pilar Santamaría.

Querida abuela:

Te vamos a echar mucho de menos hasta que nos encontremos otra vez. Echaremos de menos tu tarta de manzana especial, el potingue que nos hacías cuando estábamos resfriados, y la generosidad con que nos prestabas tu ropa cuando teníamos una fiesta de disfraces de época. Yo quemé tu vestido verde de Balenciaga y Eugenia perdió aquel tocado de plumas, pero no torciste el gesto cuando te lo contamos. En los detalles mínimos, y en los más grandes, sabías poner al mal tiempo buena cara. Intentamos estar a la altura de tu entereza en estos momentos tristes y seguir tu ejemplo: el que vimos siempre en ti, y el que nos transmitías con tus cuentos que siempre empezaban «Había una vez una gallina que se llamaba Pilarpita»... Nos acordamos de todos: de cómo de pequeña Pilarpita tuvo que salir de su corral porque había una guerra, y aunque todo era extraño y pasaba frío al final hizo muchas amigas y aprendió francés. De cuando papá Gallo luchaba contra el zorro rojo que se había comido a la hermana de Pilarpita, y aunque al final lo mataban, se iba contento porque echaban al zorro. De cuando también murió el marido de Pilarpita, pero ella no se sentía sola porque le había dado muchos pollitos que eran la alegría de su vida; y luego esos pollitos crecieron y tuvieron más pollitos y ella les hacía tarta de manzana especial y potingues para el resfriado, y era muy feliz. Hoy nos toca contar el cuento de la familia de Pilarpita deseándole un buen viaje al Cielo, y esperando verla allí y volver a meterse bajo sus alas. Porque como siempre decías, aunque las alas de las gallinas no sirvan para volar, abrigan a los suyos y eso es lo mejor. Muchas gracias, abuela. Todos te queremos mucho.

27 de junio de 2016, 20:00h. Parroquia de Cristo Rey Triunfal.

Lemas de algunos partidos en las Elecciones Generales al Gobierno de España celebradas el día anterior, 26 de junio: «Un sí para la mayoría», «Ahora más que nunca», «La sonrisa de un país», «Tiempo de acuerdo, tiempo de cambio».

José Antonio y sus seis hermanos habían intentado que no se supiera lo de Pilar. Sí que se había muerto, claro, porque eso lo hace todo el mundo, pero la gente normal no deja tirado a su marido para enterrarse con el primer comunista desconocido que se encuentra en

un geriátrico. Pese a la discreción con la que lo llevaron, naturalmente que la voz se corrió entre lo que ellos llamaban «gente normal», que era sinónimo de «gente bien» y antónimo de «Carlos Ochoa y su asco de familia». Quizá por eso la iglesia estaba hasta los topes para el funeral: para ver si se confirmaban mucho o poco los rumores —el desmentido no era una opción—, y poder cotillear. De hecho, la iglesia estaba tan llena que hubo muchos que se quedaron fuera, fumándose un pitillo y charlando animadamente en corros. Tras hablar con alivio casi eufórico de las elecciones del día anterior, y decir que España no es tan tonta como se creen, el tema derivaba en lo curioso que era que los dos ancianos hubieran muerto el mismo día.

—O sea, que ella se murió en la cama, y entonces él, que se da cuenta porque está en esa cama, se queda hecho polvo y va y se suicida.

Risas.

—O él se suicida desesperado porque no se la puede sacar de encima, y ella se atiborra a pastillas.

—O él la mata a ella primero y luego se mata él, arrepentido.

—O pactan suicidarse: ella con veneno y él ahorcándose en la azotea.

—Que no se ahorcó, que se tiró. Chof. Ocho pisos.

—¿Pero eso quién te lo ha dicho?

—Cuca Calademonte, me la encontré en la peluquería antes de ayer. Ella es muy amiga de Pelayo, y se lo dijo él.

—¿Cuca quién?

—La que estaba casada con el pequeño de los Montefragua.

—Uy, esa es un zorrón, y se lo inventa todo. ¿No me digas que ahora tiene un lío con Pelayo?

Ernesto había tenido que volver a Roma, así que dio la misa el párroco de Cristo Rey Triunfal. Pilar era de comunión diaria y lo trató mucho durante los años que vivió ahí al lado, en la mejor zona del barrio de Salamanca. El párroco era, en realidad, lo que la esquela llamaba su Director Espiritual porque todos estaban de acuerdo en que era mucho más elegante. Había suscitado más dudas lo de incluir a «su fiel Yumaira», además de a Teodora Chinarro, no porque fuera una asistenta por horas que solo había trabajado en la casa los últimos meses sino porque la gente iba a darse cuenta, con semejante nombre.

Al finalizar la ceremonia, tan bonita y tan normal, una de las nietas de Pilar —la que había leído las peticiones por los pobres, los hambrientos, los desheredados y los excluidos— leyó también una

carta monísima antes de que la gente se pusiera a la cola para saludar. Algunos, fingiendo ignorancia, se disculparon por no haber podido ir al entierro, lanzando el anzuelo por si algún Santamaría se iba de la lengua. Pero nada: la familia, muy serena, muy entera y muy normal, les agradeció su presencia y se dejó besar y abrazar y palmear la espalda con paciencia loable, aliviados porque hubieran acabado los saraos funerarios. Ahora solo quedaba la testamentaría, y poner en orden los papeles de Pilar, y repartir sus cosas, y hablar con la inquilina del piso para darle otro número de cuenta donde ingresar el alquiler.

Intervención del Dr. Michael G. Kent, catedrático emérito de Psicoanálisis Resiliente de la Universidad de Harvard, en el homenaje al Dr. Carlos Ochoa celebrado en el Paraninfo de la Universidad Autónoma de Madrid. (Traducción del original en inglés).

«Pocas veces como esta el tópico se cumple: hoy despedimos a un protagonista de la historia. Pensar en la vida de Carlos es contar el siglo XX. Como si nuestro amigo se hubiese echado a la espalda ese siglo inmisericorde para llevarlo a buen puerto. Porque si al final nos salvamos de la galerna del fascismo fue gracias a héroes como mi maestro y amigo, Carlos Ochoa.

Lo conocí el año 1967, en Boston, cuando revolucionó el 7.º Congreso de Psiquiatría con su ponencia «Recuerdos que no son pasado» que, como todo lo que él hizo, supuso un antes y un después: es de todos conocido que la apreciación de la modificación neuronal mnemotécnica nunca volvió a ser lo mismo.

Porque, por encima de todo, Carlos ha sido un revolucionario cargado de recuerdos. Los llevaba siempre consigo, muy en el presente: a su padre, don Damián, el maestro de la República que el mismo 18 de julio de 1936 fue asesinado en alguna cuneta, y a su hermano mayor, Enrique, que cayó en el Ebro, luchando hasta el final. Seguro que Carlos pensaba en ellos cuando liberó París de la ignominia nazi, con la División Leclerc, la Nueve, demostrando en su nombre que habían sido derrotados pero nunca vencidos. También por ellos nunca dejó que los fallidos experimentos soviéticos estropeasen la pureza de su fe comunista, el ideal que compartieron.

Después de las trincheras, del Carlos soldado, vino el Carlos psiquiatra y catedrático, al que tuve el privilegio de conocer. No es de extrañar que optase por dedicarse a aliviar el peso de la memoria en sus pacientes que, insistía, no es lo mismo que olvidar. El olvido nunca. Ahí está, para que quede constancia, su contribución fundamental a la Ley de Memoria Histórica española, su último servicio a la humanidad.

Nunca te olvidaremos. Pero me vas a permitir, querido amigo, que yo te recuerde en aquella fría noche, en el club Happy Few de la Universidad de Harvard, con una copa en una mano y un cigarro en la otra, hablándome de tu niña de ojos oceánicos».

2 de julio, calle Anastasio Aroca, barrio Prosperidad, Madrid.

De un letrero en la portería de la finca: «En caso de incendio no use el ascensor ni la escalera. Enciérrese en su vivienda, coloque toallas húmedas en las puertas, llame al 112 y mantenga la calma».

Allegra, desnuda de cintura para arriba, se levantó del sofá, se sacudió la melena canosa y, con la mano izquierda en la axila derecha para sujetarse las tetas con el antebrazo, se fue hacia la cocina a buscar un vaso de agua. Se apoyó en el fregadero para beber. Adoraba aquella cocina desde el primer día que llegó al piso, con diecisiete años. Era 1969 y Carlos había aceptado la Cátedra de Psiquiatría de la recién constituida Universidad Autónoma de Madrid. Lo hizo porque había llegado la hora de volver, y sobre todo para que ella y Marcos dejaran de dar tumbos. Y la verdad era que en ese bendito piso de renta limitada habían sido felices como camaradas: contra Franco, por la cultura, la libertad y la juerga. El día anterior, al descubrir gracias al Dr. Michael G. Kent que su padre se refería a ella como «su niña de ojos oceánicos», la inundaron un montón de recuerdos vividos en ese hogar que seguía siendo su cuartel general entre idas y venidas. Aunque con la herencia podría comprarse algo, seguramente en el extranjero visto el resultado de las Elecciones Generales de la semana anterior, le dolería mucho dejar aquel piso. Mucho más que dejar ese puto país que no sabía ni votar, pero menos que la tortura que le estaba infligiendo su hijo.

Chaplin se había ofrecido a hacerle un tatuaje en recuerdo de Carlos antes de regresar al Albaicín; y entre la ternura inspirada por la necrológica de su padre y el alivio inspirado por la inminente partida de su hijo, Allegra dijo que sí, que le encantaría. Nunca hubiera imaginado que aquello doliera tanto. Igual era que Chaplin era torpe tatuando, también. Pero como ella era muy de alentar las vocaciones de sus hijos, tenía que jorobarse. Ojalá hubiera elegido algo más corto.

—¿Pero por dónde vas? —le había preguntado después de lo que, pensó, eran dos milenios de tortura.

Chaplin había apagado la pistola eléctrica.

—Casi he acabado la «A».

—¿La última?

—La segunda.

Fue cuando Allegra decidió que tenía sed. No era lo mismo ir por la segunda «A» de ARRIBA PARIAS DE LA TIERRA que por la última.

Iba a volver a la sala, resignada a seguir sufriendo, cuando oyó que su móvil sonaba por algún lado. Lo encontró en el despacho, enterrado

entre los papeles de su última obra: una edición crítica y reveladora de los versos de Florencia Pinar, una poetisa medieval silenciada por lo que ella denominaba «el patriarcado constante». Vio que era Jean Pierre. Se había ofrecido a ocuparse de todos los trámites, pero el pobre seguía tan afectado y le asaltaban tantas dudas que al final Allegra perdía más tiempo explicándole lo que tenía que hacer que el que hubiera tardado en hacerlo ella. Si estaba todo clarísimo: había que llevar el certificado de defunción al Banco Cantábrico, pedir que le abrieran la caja fuerte de Carlos, recoger los cuadros y las cosas que le habían ido regalando sus amigos, elegir cada hermano algo para quedarse, llevar el resto a Christie's a que los tasaran y sacarlos a subasta lo antes posible. Por lo que había visto Frida en Internet, por los dos de Joan podían pagarles casi un millón. Por el Pablo (firmado y dedicado), muchísimo más. Las partituras firmadas por Pau y el poema manuscrito de Rafael tenían un valor histórico enorme, otra cosa era encontrarles comprador, así que igual tenían que acabar donándolos a alguna fundación.

Allegra pensó al principio que Jean Pierre no querría deshacerse de nada, con lo sentido que era, pero resultó que quería montar un negocio y que sí, que le parecía muy bien subastar. Igual llamaba por si ya se sabía algo de Marcos y meterse un poco con él: «¿Se sabe ya algo del Intenso?», le había preguntado mil veces, «a ver si nos lo va a joder todo».

El Intenso era el mote que Jean Pierre le había puesto a su medio hermano menor. Allegra y Marcos no eran hijos de Mimí Larousse sino de Rosa María Landero, que fue la pareja de Carlos durante los años de exilio que pasó en Bucarest, trabajando en la radio del PCE. Rosa murió demasiado joven, y Allegra solo recordaba que hacía unas magdalenas muy buenas y que tenía una voz muy bonita.

—Aún no se sabe nada de Marcos —informó Allegra sin molestarse en saludar—, ya sabes cómo va esto. Pero ya te he dicho que me firmó un poder de representación antes de irse a lo suyo y…

—He hablado con Juan Palomo —la cortó Jean Pierre.

Allegra se puso alerta al instante. Juan Palomo fue el nombre en la clandestinidad del actual gobernador del Banco Cantábrico, y en casa de los Ochoa lo seguían llamando así.

—Si lo de enterrarse con una fascista en tierra sagrada te pareció fuerte —siguió diciendo Jean Pierre—, espérate a oír esto: no hay caja.

Con el móvil en una mano y las tetas en la otra, Allegra corrió hasta

el estudio de Carlos. Supuestamente, en el cajón del escritorio tenía que estar la llave de la caja de seguridad. No estaba.

Jean Pierre sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—¿Ya lo has comprobado? No está la llave porque Carlos canceló la caja.

Allegra se sentó: ¿dónde estaban entonces los Mirós, el Picasso, las partituras firmadas por Casals, la servilleta con los versos de Alberti?

—Y también he hablado con Fernando Pérez.

—¿El carnicero? —consiguió decir Allegra, desconcertada. Porque Fernando Pérez fue el nombre comunista del carnicero de la esquina, que en realidad se llama Pedro Fernández.

—No, el de verdad, el notario.

—Ah, con Luis de Funes —dijo Allegra, porque ese fue el nombre clandestino del ahora presidente del Colegio de Notarios de Madrid.

—Me ha dicho que hay otro testamento. Y nunca dirías ante quién se firmó: Alfredo García.

—¿El ministro?

—No, Pepe García, alias Fredy, no. Me refiero al notario de Alhorín del Cerro, al marido de la que nos interrumpió en la Maladeta.

Y Allegra se soltó definitivamente las tetas. Aquello no pintaba nada bien. Volvió arrastrando los pies a la salita donde Chaplin esperaba con un porro en la boca y el iPad de Carlos en el regazo.

—¿Seguimos con el tatuaje o qué? —preguntó a su hijo, desafiante: quizá otra tanda de tortura le rebajara el cabreo por los últimos descubrimientos.

Pero Chaplin tardó en contestar, absorto como estaba en las fotos del iPad. Y cuando lo hizo, le dio la puntilla.

—Mira qué careto de felicidad que lleva.

Le enseñaba un *selfie* de Carlos pasando el brazo por los hombros a una vieja. Debía de ser su compañera de tumba.

Allegra amplió la imagen a pellizquitos de índice y pulgar, hasta que la mirada sonriente de ambos ocupó toda la pantalla. Sí que parecían felices, sí.

—A ver si va a ser ella la de los ojos oceánicos… —dijo Chaplin.

Allegra notó cómo la palabra ARRIBA que llevaba tatuada en el hombro izquierdo le empezaba a picar horrores.

2 de julio de 2016. Un despacho en la segunda planta del Cuartel General de la Armada.

«Devuélveme el rosario de mi madre y quédate con todo lo demás», del vals peruano *El rosario de mi madre* popularizado por María Dolores Pradera.

José Antonio delegó todo el papeleo en sus hermanos menores, Rodrigo, Pelayo y Borja; sus hermanas Pili y Elvira se encargarían de la ropa y los objetos personales. Hacía un par de años, José Antonio había acompañado a su madre a hacer testamento a la notaría de un amigo de la familia, Pochi Parrón de Vago, y guardaba en casa una copia que enseñó a sus hermanos: se repartirían a partes iguales los inmuebles de Pilar (el piso de Madrid y un apartamento en la costa que había comprado como inversión) y sus acciones del BBVA. Pedía en las mandas que sus hijas y nueras eligieran una joya cada una y las demás fueran para su hermana Asun en usufructo. O sea: que al morirse las tenía que devolver. El rosario de nácar era para Teodora, y lo que hubiera en la cuenta corriente para las Hermanitas de la Caridad.

Como ninguno de los Fernández-Frago andaba especialmente boyante, decidieron que lo mejor sería vender de la misma el apartamento en la costa, y así podrían pagar el impuesto de sucesiones y tapar algunos agujeros —pinchacitos de chincheta en el caso de algún hermano pero auténticos socavones en el caso de Pelayo, que era un vivalavirgen, y de Elvira, que vivía de su pensión de viudedad. Y aunque Pelayo propuso vender también el piso del barrio de Salamanca, le dijeron que mejor esperar a que acabara el contrato de la inquilina porque venderlo con bicho dentro era mucho más difícil. Entretanto se repartirían la renta mensual, aunque entre seis (Ernesto renunciaba a su parte) no fuera gran cosa.

Rodrigo Fernández-Frago llamó a su hermano José Antonio. Su voz sonaba como si estuviera haciendo fuerza sentado en el retrete. Dijo que ya había llegado el certificado de últimas voluntades de su madre.

—Ah, muy bien.

—Muy bien nada, que hay otro testamento, José Antonio, uno de hace solo un mes, de finales de mayo.

Ahora se entendía lo de su voz estrangulada.

—No puede ser —le dijo José Antonio.

—Dice que… —buscó entre los papeles que tenía delante— que

otorgó testamento ante… Alfredo García Jiménez.

—¿Y ese quién es?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Yo creía que Pochi era el notario de mamá.

—Y yo también.

—Pues lo peor, agárrate, es que este García está en Alhorín del Cerro.

—Joder con el Alhorín del Cerro de los cojones.

—¿Qué hacemos?

—Pues pedir la copia del testamento, Rodrigo, pedir la copia.

—¿Quieres que me encargue?

—Deja, yo la pido.

José Antonio colgó el teléfono, intentando hacer memoria de si aquel tipo tan pesado que había interrumpido el primer entierro se llamaba Alfredo y si tenía un apellido absolutamente olvidable. Sobre su mesa en el despacho del Ministerio de Defensa, entre fotos enmarcadas de él mismo saludando a don Juan, a don Juan Carlos y a don Felipe, y un primer plano de doña Leonor —en la foto original estaba en brazos de su madre pero la había recortado—, había también una de Pilar con su mirada tan verde y tan dulce, rodeada de toda su familia el día de su noventa cumpleaños. La miró y negó con la cabeza, exasperado.

—La que estás liando, mamá. No es normal.

6 de julio de 2016, 10:00h. Sede de la Asamblea Popular 15 M de Lavapiés y otros colectivos autogestionados.

«Sed buenos», E. T. a Elliot y sus hermanos al final de la película *E. T., el extraterrestre* (1982).

Resultó que Carlos y Pilar habían vendido todas sus posesiones dos meses antes de su muerte para comprarse a medias una finca rústica en, cómo no, Alhorín del Cerro. Ochoas y Santamarías recibieron la noticia con la misma estupefacción y el mismo cabreo. Lo peor no era que los difuntos hubieran malvendido las obras de arte y el pisazo, ni que lo hubieran hecho a espaldas de sus hijos, ni que hubieran pagado un precio astronómico por un cacho de campo que seguro que no valía ni la mitad. Lo peor de todo era que ahora sus descendientes lo heredaban en proindiviso: cada familia era dueña del 50 %. Y lo último que querían Santamarías y Ochoas era compartir nada con «aquella gente», así que tenían que conseguir invalidar ese testamento ridículo como fuera.

José Antonio había pedido consejo a Pochi Parrón de Vago, que le recomendó a la persona que lo sabía todo sobre incapacitaciones de ancianos, pero generalmente para echarlas por tierra. Era don Jesús Regojo, el abogado de la emisora Canal Capilla. Aunque se había fundado básicamente para transmitir el Santo Rosario y canto gregoriano, con el tiempo se especializaron en incendiarias tertulias donde se llamaba al pan pan, al vino vino, y a sus oponentes ideológicos basura atea filocomunista. Un considerable porcentaje de su audiencia, compuesta por ciudadanos de la tercera edad, curas preconciliares y taxistas de Madrid, legaba sus propiedades a la emisora, para consternación de sus deudos. Y estos consternados deudos, una vez sí y otra también, denunciaban el testamento argumentando que el muerto estaba gagá. El Sr. Regojo se las sabía todas para demostrar ante el juez que no, que el difunto oyente estaba en plenitud de sus facultades mentales y por tanto Canal Capilla se lo llevaba todo. Cuando abandonaba, triunfal, el juzgado, solía agarrar al deudo por el codo, pinzándole el tríceps con firme suavidad:

—Haber visitado más a tu tío, pobre hombre, y no hubiera pasado tanto tiempo solo y oyendo la radio.

Allegra también había encontrado quien los asesorase. Su amiga Candela, a la que conocía de la Coordinadora Feminista Antifascista, tenía una gran reputación como abogada en casos de discriminación

sexual y violencia de género y como defensora de varias Clínicas de IVE (Interrupción Voluntaria del Embarazo). Desde hacía un par de años, y ampliando sus áreas de compromiso con la Mujer, era uno de los rostros más populares de la Plataforma de Sufridas Hipotecadas, la PSH. Además de su vistoso rol en escraches y protestas (solía ir con una sudadera roja con capucha, subida a una bici y con un peluche de E. T. y el cartel *Mi casa* metido en la cesta del manillar), Candela se ocupaba de la labor mucho menos mediática de recurrir en los juzgados las sentencias de desahucio. Ya sin la bici y armada con toneladas de documentos, testimonios y exámenes médicos, Candela había conseguido arrebatar de las codiciosas garras de los bancos las viviendas de varias ancianas, su especialidad, demostrando que no regían cuando avalaron a su hijo o cuando pidieron un préstamo con la garantía de la casa o firmaron aquel inocente papelito en su sucursal. Candela era tan cariñosa con sus clientas que antes de empezar el alegato compartía con ellas sus pastillas de menta, que no sabían a menta porque en realidad eran los relajantes musculares que tomaba desde que ella y E. T. tuvieron una mala caída con la bicicleta. Si el juez no lo veía claro solo con los papeles, la baba que le caía a la viejita se lo dejaba diáfano.

Candela y el Sr. Regojo habían establecido un contacto telefónico preliminar, y estaban de acuerdo en que lo indicado era alegar incapacidad de los ancianos (Candela decía «ancianas» porque el masculino plural excluye e invisibiliza a la mujer). Naturalmente que la culpa era del notario de la testamentaría por no comprobar que Carlos y Pilar estuvieran en su sano juicio; pero como además la venta de los pisos y las obras de arte, y la compra de la finca, habían sido casi al mismo tiempo, se podía intentar invalidarlas también, aunque eso implicara responsabilizar a tres notarias o notarios distintas o distintos, y podía ser complicado. Pero estaban de suerte: increíblemente, resultó que todas las operaciones se habían otorgado en la notaría de Alhorín del Cerro. Candela y el señor Regojo coincidían en que lo mejor era presentar una estrategia y una demanda conjuntas, de forma que hubiera que convencer a un solo juez (o jueza, puntualizó Candela), de sus argumentos.

Les costó persuadir a sus respectivos clientes de la conveniencia de volver a ver a esa otra *troupe* del entierro, pero al fin lo lograron: o conseguían anular los testamentos haciendo frente común, o quedaban unidos por el proindiviso hasta el fin de los tiempos —o hasta que se vendiera la finca, que visto cómo estaba el mercado, era casi lo mismo

—. Prepararon la documentación que tenían que firmar las demandantes («Por favor, señorita, a don José Antonio mejor no le diga eso de las demandantes», suplicó Regojo), y negociaron el lugar de la cita.

Sería en el despacho de Candela, en el barrio de Lavapiés.

—Mi clienta dice que prefiere un lugar céntrico —dijo Candela cuando propuso su despacho a Regojo. Y se calló que Allegra había dicho que no pensaba ir a ninguna urbanización pija ni a ningún rascacielos de corporaciones sospechosas.

—Ningún problema —aceptó el Sr. Regojo. Y no dijo nada de que José Antonio prefería que nadie conocido lo viese cerca de «esos». Y, por supuesto, no conocía a nadie en Lavapiés.

En cuando el taxi los dejó a dos manzanas de allí y echaron a andar, José Antonio se arrepintió de haberle pedido a Jimena que le acompañara. Aunque había estudiado el doble grado de Dirección de Empresas y Derecho en Esade, su padre no recurrió a ella por sus conocimientos sino porque le daba pereza ir solo, su mujer le daba más pereza aún, y no quería molestar a ninguno de sus hijos varones, que seguro que estaban mucho más ocupados que la niña. Pero ahora, con tanto negro y tanto moro suelto por la zona, temía que se la fueran a atracar, secuestrar o como poco meter mano en cuanto él se descuidara. Su incomodidad fue creciendo cuando, al llegar a la dirección que le habían dado (un local a pie de calle, entre una carnicería halal y un locutorio) se encontró a varias mujeres con pañuelos palestinos a modo de turbante sacando señales rojas de *Stop desahucios* y probando un megáfono:

—¡No hay pan! —gritaba una voz.

José Antonio pensó si sería la campaña de Manos Unidas contra el Hambre, pero lo descartó al leer la pancarta que llevaban las dos de delante, *No hay pan para tanto chorizo*. Agarró el brazo de Jimena para dejarlas pasar, ansioso por llegar por fin al bufete. Pero la verdad es que no se parecía en nada a ningún bufete de abogados que hubiera visto jamás. No le molestó tanto la decoración de la sala de espera —porque, de hecho, pensó que aquellos cuadros eran de atolones y no vaginas— como que estuviera tapizada de anuncios de talleres jurídicos de empoderamiento para las sufridas hipotecadas. Y a José Antonio la palabra «empoderar» le daba casi tanto repelús como la palabra «váter». Respiró hondo y pensó que tendría que contenerse. El señor Regojo llegó un instante después —por cómo aferraba su maletín, era fácil deducir que a él también le escamaba el

multicultural vecindario—, y al cabo de un momento se abrió la puerta del despacho y se asomó Candela.

Allegra llevaba con ella un buen rato, y su búsqueda en Internet de los Fernández-Frago Santamaría había resultado en un extenso retablo del patriarcado constante. Lo primero que había visto era un párrafo sobre José Antonio en el *Elenco de Grandezas y Títulos Nobiliarios Españoles*; lo segundo, una foto de un tal Pelayo, escopeta en mano, junto al cadáver sanguinolento de un elefante; y lo tercero, una foto de Pili y Elvira Fernández-Frago Santamaría en delantal, posando sonrientes junto a Iñaki Urdangarín en el puesto de crepes del Rastrillo Nuevo Futuro. Candela decidió cerrar el portátil cuando llegó a unas palabras bastante duras de un cardenal Fernández-Frago Santamaría sobre las activistas proaborto de «Decido yo». Allegra se le estaba soliviantando, y Candela le aconsejó que respirara hondo: tenían que contenerse.

José Antonio, Jimena y don Jesús Regojo pasaron al despacho, y se hicieron las presentaciones tan a distancia como permitían las dimensiones de la sala. Cuando se iban a sentar se abrió la puerta y, para asombro de José Antonio, un indigente con los pantalones por las rodillas entró tan campante, hizo un gesto de saludo a Candela y a Allegra, y empezó a mover una silla para sentarse él también a la mesa mientras lanzaba un «qué hay» al resto.

—Nada, que he llevado aquí a la vuelta la funda de guitarra que vendí por Wallapop, y he pensado pasarme por lo del abuelo —iba diciendo mientras tiraba de la silla.

El señor Regojo tiraba hacia el otro lado:

—Oiga, que aquí tenemos una reunión. Tendrá que venir otro día por lo de su abuelo.

Jimena, que había reconocido al chico de las rastas del entierro, el que le jugaba a Apalabrados con el nombre de Carlos, pensó que tendría que decir algo. Pero no hizo falta, la voz de Allegra sonó cortante, poniendo fin al forcejeo por la silla:

—Es mi hijo. Se llama Chaplin.

Entonces José Antonio la miró a los ojos por primera vez:

—Por supuesto —dijo—, debí suponerlo.

Candela carraspeó.

—Bueno, pues bienvenidas. Como ya estamos todas, vamos a empezar. Jesús, si te parece, les explicamos a las demandantes el contenido de este documento.

Los papeles que habían preparado acusaban a Alfredo García,

notario de Alhorín del Cerro, de negligencia, malicia e ignorancia, lo cual según el artículo 705 del Código Civil le hacía responsable de los daños y perjuicios sobrevenidos. Argumentaban que las decisiones tomadas por Carlos y Pilar en sus últimas semanas de vida no eran coherentes con su trayectoria, sus creencias ni su carácter, de los que aportaban suficientes pruebas como para colapsar los archivos del juzgado; y solicitaban que se anulasen todos los documentos públicos de las otorgantes redactados por el anteriormente mencionado notario. Básicamente, decían que Carlos y Pilar estaban como un cencerro cuando se pusieron en sus manos y que él tenía que haberlo visto. Candela lo explicó estupendamente, al margen de lo del plural femenino, y dejó los papeles sobre la mesa. Solo quedaba que Allegra y José Antonio los firmaran y tramitar la denuncia.

—Pero Carlos no estaba como un cencerro —dijo Chaplin—. Si estaba de puta madre…

—Sí, yo también veía a la abuela fenomenal —dijo Jimena, y esa ele tan fina y como de nariz se quedó suspendida unos instantes en el aire mientras José Antonio y Allegra clavaban la mirada en sus inoportunísimos vástagos. Jimena lanzó una sonrisa de compromiso y jugueteó con su melena rubia, disimulando. Pero Chaplin siguió erre que erre.

—Es que es muy chungo, ¿no?, no había huevos para llevarle la contraria cuando estaba vivo, y en cuanto se muere nos pasamos su voluntad por el forro de los cojones. Y todo por unos putos cuadros, cago en Dios.

El Sr. Regojo sacó una pluma estilográfica del bolsillo interior de su chaqueta, y le quitó la tapa. Ardía de ganas de salir de allí para ofrecer varias misas de desagravio. Señaló con el dedo al pie del documento, en el hueco para las firmas.

—Chaplin, que esto lo hemos hablado —dijo Allegra—, que Carlos no hizo más que tonterías en los últimos meses, si no sabía ni lo que decía.

—¿No? ¿Y ganar el campeonato regional de ajedrez? ¿Y los *whatsapps* de tu cumpleaños? Joder, si le pasaste el tocho de la Florencia Pinar y te hizo unas correcciones cojonudas…

La mirada de Allegra se nubló por un momento, recordando la enérgica caligrafía de su padre y sus agudísimos comentarios sobre la metáfora de las perdices.

—Y la abuela seguía siendo una *crack* al *bridge*, papá, y para el *bridge* hace falta mucha cabeza… —se atrevió a decir Jimena—. Y

acuérdate del último cuento de Pilarpita, cómo era, por favor…

José Antonio dudó, con la pluma de Regojo en la mano.

13 de julio del 2016. Alhorín del Cerro y sus alrededores.

Horóscopo de Piscis: esta semana Júpiter te ofrece energía física a raudales. Serás el campeón de todas las competiciones y tu rendimiento sexual será tan enorme como romántico. No te reprimas y disfrútalo.

A Alfredo le cayó un puro de mucho cuidado: denuncia por mala praxis ante el Juzgado Número 2 de Primera Instancia de Béjar, y una investigación del Colegio de Notarios de Castilla León. De hecho, el equipo de asesoría jurídica del Colegio, en vez de sugerirle cómo salir del embrollo, le había mandado una carta gélida aconsejando que se declarara culpable y negociara una salida honrosa. El tema era grave: Alfredo no tenía *emails* ni notas escritas que probaran que, como él decía, sus clientes estuvieran perfectamente. Toda su comunicación había sido cara a cara o por teléfono, y al ser un testamento abierto no había hecho falta que firmaran más testigos. Era la palabra de Alfredo contra la del resto del mundo. El susurro de Alfredo contra el clamor del resto del mundo.

Lo dio todo por perdido: todos aquellos años preparándose para cada una de las cuatro convocatorias, su aprobado por los pelos —sacó el último número—, su notaría pobre pero apañada, ese pueblo maloliente pero casi bonito… Ni siquiera los «ya-verás-que-todo-irá-bien-cari-ya-verás» de Carmen consiguieron que se levantara de la cama; ¿para qué?, quizá en otra vida tuviera más suerte, pero en esta desde luego que no le valía la pena perseverar.

—¡Joder con el Fittipaldi y la Condesa! —maldijo Carmen, recordando lo contenta que se puso cuando los vio aparcar el descapotable rojo delante de la notaría—. ¡La madre que los parió, ya podían haber pasado de largo!

Se había echado a la carretera dispuesta a visitar a cualquiera de la comarca que hubiese tratado a Carlos y a Pilar. Que los dos viejos eran muy de cascar y no podía ser que solo les hubieran contado su historia y sus planes a ellos, aunque seguro que nadie les aguantó lo que el bendito de su chico, pobre hombre.

—Si al final va a ser verdad que tiene muy mala… —Carmen se tapó la boca con la mano, asustada de lo que había estado a punto de admitir. Lagarto lagarto. «Ya-verás-que-todo-irá-bien-Carmen-ya-verás», se repitió varias veces. Conseguiría que todos atestiguaran que los viejos regían perfectamente, y dejarían a Alfredo tranquilo para

que la embarazara de una vez, que el estrés era horrible para los espermatozoides. A ver si por culpa de todo este lío se les iba a pasar el arroz.

Efectivamente, Carlos y Pilar habían dejado caer aquí y allá, por toda la zona, detalles de su historia, de cómo se habían conocido hacía tanto tiempo. Fue cuando Pilar tenía trece años y estaba pasando unos días en la finca de caza de unos amigos de la familia. Como las niñas no tenían mucho que hacer, una tarde las mandaron con la *fräulein* a la Romería de Santa Generosa. Carlos tenía quince años y era el hijo del maestro de Plasencia, que le hacía estudiar todo el día a pesar de ser verano; aquella tarde se escapó y se pegó una pedaleada de dos horas para ir de fiesta.

«Santa Generosa, solo te pido una cosa: que el agua del río mueva el molino», se cantó en Alhorín del Cerro, en la pradera del Molino Lento. Y luego todo el mundo se puso a merendar y a bailar charradas.

La niña bien y el hijo del maestro se encontraron al pie de la encina donde alguien había puesto una gramola. Fue allí donde escucharon *Cheek to Cheek* por primera vez. Ninguno de los dos tenía la más remota idea de quiénes eran Ginger Rogers y Fred Astaire, ni entendía nada de lo que decía la canción. Pero solo Pilar lo admitió. Carlos, en cambio, se lanzó a traducírsela sin un titubeo: «Chic tu chic», significaba «Mi chica sí», y la letra decía que no había nada más bonito que esa chica con sus ojos oceánicos y la trenza que le acariciaba la espalda. Y Pilar se lo creyó a pies juntillas, tanto que cuando muchísimos años después un nieto suyo que estudiaba en Boston se la tradujo de verdad, su primera reacción fue reprocharle lo mal que había aprendido el inglés, que la canción no decía eso para nada. Por su parte, Carlos siempre consideró que el momento en que pronunció las palabras «le acariciaba la espalda» mientras la miraba a los ojos, había sido la primera experiencia erótica de su vida. Aunque en aquella festividad de Santa Generosa hubo poco más que esa falsa traducción, un baile un poco torpe y la promesa de apañárselas como fuera para verse al día siguiente. Lástima que al día siguiente, 18 de julio de 1936, estalló la Guerra Civil.

Esa era la historia que al parecer los descendientes de los protagonistas ignoraban pero que, como Carmen pudo comprobar, por Alhorín del Cerro y más allá se sabía mucha gente. Lo malo es que saberla la sabían, pero cada uno la contaba a su manera.

Isabel Campurriana Valle, directora de la residencia Parquenuevo:

—La pobre, qué carita que tenía, tan plácida, tan tranquila, se

durmió y ya no despertó. En su cama. Sola y muy cómoda. Sí, se reencontraron aquí, ¡fíjate tú después de tantos años! Se ve que él vino a visitar a un amigo que resultó que ya se había ido, ido del todo quiero decir, sí, con los pies por delante. Pues se reconocieron enseguida, para mí que ya vivían más en el siglo pasado que en este. Les pasa a muchos, se ven como fueron, y casi mejor porque no veas tú qué panoramas. No, lo de él fue diferente: se cayó. Pero ella no, ¿te he dicho ya que murió mientras dormía? Dormía cada noche de un tirón, y aquella noche pues dio el tirón más largo, muerta en la cama la encontramos, como lo oyes, como la bella durmiente. A él se le rompería la cadera, la cosa es que se le fue a romper cuando estaba en la azotea, para mí que se despistó el hombre, aunque la azotea tiene todos los permisos de seguridad como zona de esparcimiento, ¿ves? —Y abrió un cajón y sacó una hoja rosada que volvió a guardar a la velocidad del rayo.

Roberto Palacios González, anterior dueño de la finca. La había adquirido meses antes en pública subasta (a la que curiosamente no acudió nadie más) como parte de un lote de fincas rústicas:

—El precio estaba… pues bien, ajustado. Esto es oferta y demanda, ¿me entiende? Y si querían justo esa encina donde bailaron no sé qué de la mona chita, pues a pagar… Y yo los vi para la firma y poco más. No fui ni a enseñarles el terreno, ¿usted sabe cómo se pone eso cuando sopla levante? Oiga, y yo qué sé, eso de ser consciente es muy relativo, ahí cada cual… A ver, ¿pero me está acusando de algo? ¡Váyase o le echo a los perros!

Trini Muñoz Feijoo, esposa de Paco Juárez Galindo, más conocido como el Mesas. El matrimonio regenta el «Hostal La Piara, cama y comida como en casa» de Alhorín del Cerro:

—Sí, sí, venían mucho a comer. Yo, por la pinta, el primer día les ofrecí el puré de verduras y el tofudio, que es sanísimo, y aquí lo hacemos todo con poca sal porque con la sal ya sabes: mejor que falte que no que sobre, y pensé que con la tensión, a su edad… Pero qué va, hay que ver cómo se ponían a alubias y carnes rojas, y embutido, y leche frita de postre, y el vino de la casa que lo tenemos muy bueno. Los dos, ¿eh? Que otros matrimonios mayores uno está que si cuidado con eso, que si el médico te ha dicho, que luego no me digas que te duele… Ellos nada, no sabes Carmen cómo comían, si es que habían pasado una guerra, cada uno en un bando, sí, pero… Daba gusto verlos comer, no como otros de ciudad que te piden dos hojas de lechuga y una tortillita francesa de solo clara, que eso me lo han

pedido más de una vez, ¿te acuerdas, Paco?

Elipio Díaz Díaz, dueño y único empleado del taller mecánico Elipio, en Alhorín del Cerro:

—No, grúa no llamamos, lo sacamos entre unos cuantos, a pulso. Avisé a mi hijo José, primero porque está fuerte y segundo porque es el alcalde, y como habían tirado un poste que era propiedad municipal… Pero me dijo que daba lo mismo, que lo iban a quitar de todas formas. Aquí eso lo hacen mucho, lo de quitar y poner. Pues como le digo, se les había ido el coche a una zanja, ¿sabe?, de morros. Se ve que él iba distraído. Y no contaron mucho, porque tenían un ataque de risa tonta, contentísimos estaban, yo les dije que se había partido el pulmón del delco y dijeron que bueno, que qué se le iba a hacer, que mejor el del delco que uno de los suyos… Conseguir la pieza fue complicado porque el coche era antiguo. Bien mantenido, ¿sabe?, pero antiguo. De la Checoslovaquia comunista, me dijo él, y ella se volvió a reír. Ahora que lo dice, muy bien de aquí —y se señaló la frente— pues igual no estaban.

Carmen volvió a casa compungida, pensando en qué inventarse para sacar a Alfredo de la cama y hacer que se duchara y se vistiera, porque llevaba siete días con el mismo pijama. Y con ese pijama se lo encontró, sin afeitar y con los pelos disparados y la coronilla como una patena de tanto rozarla contra la almohada. Pero estaba en pie, eufórico y casi danzando por la casa.

—Elige, cari, elige —dijo plantándose ante Carmen en cuanto llegó, extendiendo los dos puños cerrados como si montara una moto invisible. Ella pensó que ya estaba, que se le había ido la pinza definitivamente. Esperaba verlo depresivo, pero no maníaco.

—Alfredo, ¿estás bien?

—Cari, ¡elige! —insistió él, ahora haciendo círculos con los puños como un boxeador empijamado.

Ella tocó con el dedo índice el dorso de la mano derecha de su chico.

Él abrió la mano, con una sonrisa que no le cabía en la cara:

—¡Tachán!

—¿Qué es eso?

—Un USB.

—Eso ya lo veo.

—¿Quieres ver qué hay en la otra mano?

—Venga —se resignó Carmen.

—¡Tachán! ¡Otro USB! Todo está bien, cari, todo está bien. ¡Son

whatsapps, *emails*, partidas de ajedrez, versos de Neruda! De Carlos y de Pilar. Bueno, uno sobre todo de Carlos, y el otro sobre todo de Pilar. Hablando de las ventas, de los hijos, de la finca. Y está claro que regían más que tú y yo juntos. Más que los hijos de puta de la puta asesoría jurídica del puto colegio de notarios de la puta Castilla y el puto León. Que de dónde lo había sacado, me han preguntado los hijos de puta cuando les he enviado una copia por *email*. Que se creen que soy Lisbeth Salander o el puto Anonymous, no te jode. Pero me han dicho que estamos salvados, ¡estamos salvados!

Carmen iba a preguntarle también que de dónde los había sacado, pero Alfredo no le dio tiempo porque, con los dos USB aún firmemente agarrados, la abrazó hasta levantarla en el aire y se la comió a besos. La soltó cuando se quedó sin aliento.

—Y mira, unos señores del pueblo han venido y me han regalado esto. —Y sacó de una caja un artefacto que llevaba incorporada una especie de mariquita robótica espantosa.

—¿A que está de puta madre? Pues ahora trabajo para ella. Hala, me ducho y nos vamos a cenar. ¡Te invito a La Piara, coño, que un día es un día!

Y Alfredo salió espídico hacia el baño, dejando a su chica sola con la mariquita para que se fueran conociendo. A Carmen le recordó enseguida el aparato aquel del fraile que señala el tiempo que hará, y se pone o se quita la capucha en consecuencia. Pero, en este caso, era una mariquita que emergía o se hundía para indicar los olores atmosféricos: Aire Puro, Tufillo, Tufarada, Podredumbre, Hedor, Fetidez, y Peste a Orín de Cerdo, que era el nivel más bajo y en el que, lamentablemente, estaba el bicho en aquellos momentos con sus alitas plegadas. A su lado, sobre la mesa de la cocina, había dos sobres: uno de DHL y el otro de correo normal. Ninguno tenía remite. También estaba su móvil, con diecinueve llamadas perdidas de Alfredo. Era muy, muy raro que ella se dejara el teléfono en casa, y más raro todavía que él dijera tacos. Quizá las cosas estaban cambiando, y seguro que cambiaban a mejor. Como para confirmarlo, la mariquita robótica abrió las alas y trepó hasta el nivel más alto: una suave brisa de poniente empezó a soplar sobre el pueblo. Por fin.

14 de julio de 2016. De la Notaría a la Notaría.

En lo alto de sus pirámides, los sacerdotes mayas abrían el pecho de las víctimas y les arrancaban el corazón. Los desdichados tenían el privilegio de ver su último latido.

Desde que se había librado del marrón, Alfredo estaba tan contento que hasta le pareció bien que le despertaran al amanecer los gritos de unos vecinos desde la calle.

—¿Qué pasa? —le preguntó Carmen, dormidísima.

Él dudó en arriesgarse a abrir la ventana para preguntar lo mismo. Pero como estaba de subidón, abrió de par en par: aún soplaba poniente. Inspiró una buena bocanada. El pueblo olía a aire puro y nada más, y el resultado fue vigorizante. Sí, así sí. Así había imaginado él siempre las mañanas cuando uno vivía en el campo.

Los vecinos seguían dando gritos.

—¿Qué pasa?

—¡Esos, que otra vez nos la han liado! ¡Vente y da fe!

—¿Fe de qué?

—¡Pues de que nos la han liado!

Carmen se levantó de la cama de muy malas pulgas, y se asomó, apartando a su chico.

—¿Y no puede ser más tarde?

—¡No, que hay que regar! —le dijeron.

—Joder.

Pero Alfredo sonreía de oreja a oreja.

—Que está muy bien, cari. Que son clientes, ¡tenemos clientes! ¡Vivitos y coleando, mira qué pinta más sana que tienen! ¿Tengo el traje bueno planchado?

Un cuarto de hora más tarde, Alfredo estaba metido hasta las rodillas en el canal que cruzaba los campos de calabazas. Estaba muy embarrado pero no corría agua: alguien había hecho una presa con algo gomoso y absolutamente impermeable. Le dio unos toques con el pie, pero aquella masa ni se inmutó.

—¿Será silicona? —especuló en voz alta.

—¡Silicona dice, el tío! ¿Pero tú de parte de quién estás? —le gritó uno de los dos que lo habían ido a buscar, y que se había identificado como el presidente de la Asociación de Calabaceros San Roque.

—Anda, deja tranquilo al chaval, ¿no ves que es nuevo? —dijo más conciliador el que por lo visto era el subsecretario.

Por un momento, Alfredo temió que estuviesen jugando a poli bueno, poli malo, y que fuese a acabar tirado en el canal con una azada clavada en la cabeza. Pero no, el subsecretario le puso amablemente al día.

Resultó que lo que taponaba aquel canal y otros puntos estratégicos de la red de riego no era silicona, ni cemento, ni plastilina. Era tofudio, el embutido vegano que los Calabaceros habían inventado, rompiendo la alianza ancestral con la Cooperativa de Productores Porcinos de San Antón —«esos marranos hijos de la gran puerca»—, con los que desde el principio de los tiempos habían elaborado el famosísimo capudio, a base de grasa de cerdo y calabaza.

—Hasta que la peste porcina del 2005 nos abrió los ojos. No podíamos seguir colaborando con esos torturadores y asesinos.

Al parecer, la Sociedad Naturópata de Montevideo Sur y la reputada Asociación Vegana Todos Somos Animales habían demostrado que aquel brote se debió al uso indiscriminado de vacunas y antibióticos en las pobres bestias.

—Y ahora tienen envidia del tofudio y cada dos por tres nos joden los canales. Igual que joden la tierra y el aire que respiramos con su mierda.

Alfredo, como siempre que no acababa de entender algo, se limitó a decir «Bueno bueno», y dio fe de la obstrucción alevosa. Antes de despedirse, el presidente y el subsecretario le preguntaron si ya había empezado a tomar nota de lo que le decía la mariquita.

—Por supuesto —mintió Alfredo, que había perdido el bicho de vista.

Volvió a casa mirándose los zapatos y los bajos de los pantalones: cuando Carmen viese cómo le habían quedado, alguien iba a sufrir más que esos cerdos. En la esquina de la notaría lo llamaron a bocinazos y gritos:

—¡Eh, señor notario! ¡Eh, rápido! ¡Sube, que nos vamos de paseo!

Eran tres hombres en un todoterreno, con una de las puertas abiertas. Alfredo sabía que todos eran porcícolas y pensó en represalias.

—¿Qué pasa? —preguntó a una distancia prudencial.

—¡Que tienes que dar fe!

—¿De qué?

—¡Del último ultraje!

Lo metieron en el coche y temió que fueran a vendarle los ojos. Ya se veía en el fondo de un pantano con tofudio en los pies. Pero no.

Aparcaron ante la rotonda de entrada del pueblo, junto al gran letrero que recibía a los visitantes.

—¿Has visto?, ¿has visto lo que han hecho esas ratas traidoras, hijos de la gran rata?

Como para no verlo. Gracias a unos sencillos toques de espray en el nombre del pueblo, ahora el letrero decía: *Bienvenidos a Orín de Cerdo, conocerlo es quererlo*.

—Y así en todos —le informaron los escandalizados ganaderos.

Y le llevaron a verlos todos: *Orín de Cerdo 10 km, Orín de Cerdo 6 km, Orín de Cerdo 3 km, Está saliendo de Orín de Cerdo, deseamos que se lleve un buen recuerdo*. El que les dolía más, el atentado más grave, lo dejaron para el final: *Monumento al capudio de Orín de Cerdo*.

—Con esto ya han cruzado todas las líneas rojas.

Naturalmente, los porcícolas acusaban a los calabaceros del sabotaje: «Esos pijos estirados que se la cogen con papel de fumar».

—¿Que el pis de nuestros pobres animales huele? Pues sí. ¿Que cuando sopla levante el pueblo apesta? Pues claro. Pero que si no es por nosotros y por la industria del cerdo, purines o no purines, Alhorín se hunde. Después de la peste porcina de 2005, medio pueblo se quedó sin trabajo y a punto de emigrar. Que porque montamos la cooperativa, que si no… Y sí, tuvimos que estabular a los animales, ¡escogimos el mal menor!

—Un drama, lo de 2005. Vinieron a sacrificar a nuestros cerdos, que aún se criaban en libertad, pobrecitos. Tendrías que haber visto cómo corrían, como si lo supieran… ¡Y los muy hijos de puta de los calabaceros aplaudían cada vez que caía uno!

Alfredo volvió a repetir «Bueno bueno» y dio fe del sabotaje alfabético. Volvió a casa feliz: le habían salido nuevos clientes que, por lo que había entendido, estaba seguro de que le llamarían a menudo. Y además, con tanto paseo se le habían secado del todo los zapatos.

15 de julio de 2016.

Bando del Alcalde de Alhorín del Cerro colgado en la puerta del Ayuntamiento y en su página web: *http://Alhorindetodos*.

DON JOSÉ DÍAZ RIVES, ALCALDE PRESIDENTE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALHORÍN DEL CERRO.

HACE SABER QUE:

Después de arduas y delicadas negociaciones, esta corporación municipal ha conseguido que se levante la suspensión de custodia de santa Generosa, que llevaba en vigor desde los desagradables incidentes de la romería del año 2006, en los que resultaron dañados el manto y la corona de la Santa cuando la imagen cayó al cauce del río.

Anunciamos pues, con gran satisfacción, que volvemos al régimen histórico de custodia compartida de la imagen de dicha Santa con alternancia anual entre las iglesias de Meneos de Muñón y Alhorín del Cerro.

El traspaso se hará, según marca la tradición, el próximo 17 de julio, día de Santa Generosa, cuando los vecinos de Meneos de Muñón bajarán a la Santa en romería hasta la explanada del Molino Lento.

Después de hecha la rogativa para que santa Generosa haga aumentar el caudal del río y finalizados los posteriores festejos, los alhorineros nos llevaremos la imagen para que pase el próximo año en nuestra iglesia parroquial, en compañía de nuestros patronos san Antón y san Roque.

Alhorineros, el mundo nos mira, y este consistorio confía en que todos nos haremos merecedores de la Santa y no permitiremos que viejas rencillas puedan volver a dañarla. Por favor.

Alhorín del Cerro, 15 de julio de 2016

El Alcalde

13 de julio de 2016, 11:15h. Desde el barrio de Prosperidad y la colonia de El Viso. Madrid.

«No era nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano». Del refranero popular español.

Cuando sus abogados les dijeron que, debido al hallazgo de nuevas pruebas, las querellas contra el notario de Alhorín del Cerro habían sido desestimadas, no hizo falta dar por oficialmente roto el pacto entre Santamarías y Ochoas. Ni a don Jesús Regojo —que hasta entonces se había esforzado por llamar a Candela hermana sin fe en vez de escoria atea—, ni a Candela —que antes lo calificaba de algo chapado a la antigua y ahora de momia meapilas—, se les pasó por la imaginación sugerir que se vieran para pensar el paso siguiente.

Allegra y José Antonio recibieron por separado las malas noticias, que se resumían en que la finca era suya y de esos otros, que los pisos y los cuadros se habían vendido con todas las de la ley, y que para poder escriturar a su nombre esa mierda de terreno tenían que pagar el impuesto de sucesiones. En el caso de los Santamaría subía a unos treinta mil euros cada hermano.

—¡Treinta mil euros! ¡Yo no tengo treinta mil euros! Vosotros sí podéis, ¿pero yo? ¿Yo? Si voy justa hasta para pagarle los estudios a Yaguito, que… —había empezado a decir Elvira, con la voz entrecortada y retorciéndose las manos.

—A nadie le viene bien soltar treinta mil euros —zanjó José Antonio, que la veía venir. Los signos de angustia de su hermana solían ser los prolegómenos a un sablazo—. La vendemos de la misma y sacamos el dinero de ahí.

—Ah. ¿Y a quién le vamos a vender eso? —preguntó Elvira, de pronto recuperada.

—A los otros. Les decimos que por evitarnos problemas les vendemos nuestra parte por la mitad de lo que pagó mamá: un millón de euros.

—¿Y esa gente tendrá un millón de euros? —preguntó Pili, que creía que la melena gris de Allegra era señal inequívoca de que no podía ni permitirse unas mechas una vez por semana.

—¡Esos estarán forrados! Menudos son. Esos cobrarán el impuesto revolucionario.

Luego aludieron a Venezuela, y a las fincas de Felipe, y a las subvenciones de los de la Ceja, y no tardaron mucho en mencionar el

oro de Moscú.

En el caso de los Ochoa, al ser menos hermanos y por tanto recibir cada uno un porcentaje mayor de la propiedad, el impuesto sería de trescientos mil por cabeza.

—¿Pesetas? —preguntó Jean Pierre.

—No —contestó Allegra.

Y se hizo un largo silencio al otro lado de la línea. Se podían oír las chicharras de Formentera y los gritos lejanos de Ganges, pero no la respiración de Jean Pierre. Allegra temió que se hubiera desmayado, porque su hermano era de los que se desmayan.

—¿Hola?

—*Putain de merde* —masculló finalmente.

—A ver, Jean Pierre, es normal. El gravamen a las rentas altas… —le dijo Allegra, que había tenido exactamente la misma reacción que él tras hablar con Candela pero que ya había tenido tiempo para digerirlo, golpear sin piedad un almohadón y recuperar sus ideales de justicia distributiva.

—No podemos pagar. Se renuncia, o lo que sea. A ver de dónde vamos a sacar…

—Vendiendo.

—Pues como no vendamos el vestuario de Mimí, que ahora será lo más caro que hay en la familia…

—No, Jean Pierre. La finca. Vender nuestra mitad de la finca.

Allegra lo tenía todo pensado:

—Esos deben de tener una fortuna en paraísos fiscales. Pues que se traigan un poco y nos compren nuestra parte. Que la paguen con su tarjeta *Black*, con la caja B o como quieran. Les decimos que no queremos dar problemas, y que se lo dejamos por la mitad de lo que pagó Carlos.

—¿Van a aceptar?

—¿Esos? Si creen que nos están estafando, se tiran de cabeza.

Aunque Santamarías y Ochoas pensaron que los pardillos más convenientes serían los coherederos, también sabían que convenía tener un plan B. Ver la finca, tantear a la gente de la zona y en último caso ofrecérsela a algún vecino. Posiblemente no le podrían sacar un millón, pero sí lo suficiente para pagar el impuesto, lo comido por lo servido, y repartirse alguna propina. Tendrían que hacerlo antes que los otros: llegar los primeros y evitar que esa gentuza se la jugara de la forma que fuese. Allegra y José Antonio hubieran salido para allá de la misma, pero sus familias resultaron no estar tan preparadas para la

aventura, y aún tardaron unos días en ponerse en marcha.

17 de julio de 2016, de 06:00 a 09:00h. Carreteras del Estado.

«Al estruendo marcial que ayer fuera / y al clamor de la guerra horroroso / siguen hoy, en contraste armonioso, / dulces himnos de paz y de unión». En la primera estrofa del himno nacional de Bolivia.

En el bando Santamaría utilizaron el chat familiar de WhatsApp para coordinar la expedición. José Antonio dijo que no hacía falta que fueran todos y que ya se encargaba él, pero sus hermanos insistieron en que era mejor ir juntos, en un gesto que no se sabía si era de solidaridad fraterna o de desconfianza. Eso sí, resultó muy complicado sincronizar tantas agendas. El viernes 15 podían casi todos, pero Pili tenía que hacerse una colonoscopia y Rodrigo a lo mejor tenía las bodas de oro de sus suegros, que no estaba claro que se celebrasen porque ella había tenido un amago de infarto. El sábado Borja no podía: era la final del torneo de *croquet* en Vistahermosa, donde veraneaba; y tampoco podía Elvira porque volvía Yaguito de un curso de Business English en Irlanda y quería estar con él, que llevaban toda una semana sin verse. Pili luego avisó de que su colonoscopia era el jueves, que se había liado, y que sí podía el viernes, pero para entonces Pelayo ya había dicho que sí ese viernes a una cena en Liria, y no podía ahora rajarse; y además la suegra de Rodrigo se había recuperado —no era un infarto, eran gases— y lo de las bodas de oro seguía en pie. El domingo, pese a haber mercadillo benéfico de la Orden de Malta, podría ser un buen día para la excursión, aunque a Elvira le parecía muy pronto para dejar solo a Yaguito, que acababa de llegar. Y aunque podía llevárselo a Alhorín, para el pobre era mucho tute tanto viaje seguido; que sí, que Dublín no estaba tan lejos pero con esos vuelos baratos hay que estar en el aeropuerto horas antes y es un palizón. Aparte, los domingos, como recordaron algunos, los atascos a la salida de Madrid eran tremendos. Como entre mensaje y mensaje se mandaban también artículos firmados por Pérez Reverte que no eran de Pérez Reverte, y estampas de la Virgen de Chestojova para compartir, cada vez que José Antonio miraba su teléfono tenía 127 *whatsapps* nuevos. Estaba seguro de que para entonces los Ochoa ya estarían acampados en la finca, y acabó perdiendo los nervios.

—A la mierda —le dijo a su mujer, Victoria—, yo me rindo, que se apañen ellos, que no voy, joder.

Y preguntó a Jimena que cómo se hacía para salir del puñetero chat.

En cuanto vieron que José Antonio los había abandonado, a todos se les pusieron los huevos —u ovarios, hubiera puntualizado Candela— por corbata, y acordaron que el domingo era un día estupendo que les venía bien a todos. Pero ya era tarde: José Antonio estaba harto. ¿No querían hacerlo ellos? Pues hala, ellos. Y como Victoria odiaba el conflicto y se pasaba media vida intentando templar gaitas con la gente con la que José Antonio quedaba mal, ella dijo que su marido estaba medio pachucho, pero que ya irían ella y sus hijos representándole.

Trece coches se pusieron en camino, el domingo 17 de julio, hacia Alhorín del Cerro. Salieron aún de noche para evitar el calor, y también porque tía Asun exigió ser recogida a las siete menos diez en la puerta de su casa en El Escorial. Porque a ella le gustaba madrugar.

También salieron temprano los Ochoa, en una Mini Van que habían alquilado porque en el Sputnik no cabían todos. Aunque ni Jean Pierre ni Ravi trabajaban —salvo por las clases de yoga kundalini que Ravi impartía en el jardín—, y el pequeño Ganges estaba de vacaciones escolares, tardaron un par de días en arreglar sus asuntos y poder coger un vuelo a la península. Dijeron que les hacía ilusión ir a conocer la finca con Allegra, que se resignó a que los Santamaría ya hubiesen llegado y cambiado las cerraduras de las puertas, si es que había puertas. De Marcos solo se sabía lo que un compañero que acababa de regresar de la zona les había comunicado lacónicamente por teléfono. Su «Él ya lo sabe. Estad atentos» recibió un sonoro «¡Vamos hombre, por favor!», de Jean Pierre, y un sorprendido «¿Viene Marcos?», de Chaplin, que estaba que se iba y que se iba, pero aún no se había ido al Albaicín, y que al final se apuntó a la excursión. Como Frida tenía una semana libre de compromisos también decidió acompañarlos; se empeñó, eso sí, en que también fuera Isidro. Allegra contestó que por supuesto, porque ella era muy de respetar la relación de los mellizos con el zángano de su padre, por mucha pereza que le diera.

Así que Isidro volvió a Madrid tal y como lo hizo treinta años antes, cuando las manifestaciones contra el ingreso de España en la OTAN: en autobús que, como él solía decir, «es como viaja el pueblo de verdad». Porque Isidro, que se acababa de jubilar como delegado sindical perpetuo de la SEAT de Martorell, se consideraba un ejemplar de la izquierda auténtica, un obrero de los que se ganan el pan con el sudor de su frente, ensuciándose las manos. «No como la izquierda intelectual; que sí, que firma manifiestos, pero solo conoce el tajo de

oídas», le había dicho a Allegra cuando se conocieron en el 86, entre gritos de «OTAN no, bases fuera». Allegra le paró los pies de inmediato diciéndole que ella había navegado por la desembocadura del Tajo las dos veces que había estado en Lisboa. El resultado de todo aquello fue que España entró en la OTAN y Allegra quedó embarazada de mellizos, cosa que no impidió que cada uno de los progenitores siguiera con su vida en su respectivo lado izquierdo.

A Chaplin su padre se la traía floja, sobre todo porque no dejaba de decir que había que madrugar para hacer la revolución, y a él sus biorritmos le impedían hacer horario diurno, como intentaba hacerle entender las contadas veces que se veían. En cambio, quién sabe por qué, Frida encontraba a Isidro fascinante. Su mejor creación como *videojockey* era una pieza en su honor, que reproducía imágenes y sonidos de una cadena de montaje, muy a lo Bjork. Se titulaba *Geodinámica sentimental* y la reeditaba constantemente añadiéndole nuevos matices y sonidos: un chispazo, el estruendo del brazo mecánico en el riel, el sigilo de la ventosa atrapa cristales… Aunque la verdad era que, como liberado sindical, Isidro no había pisado la fábrica en años, y no tenía ni la más remota idea de cómo coño se montaba un coche ni mucho menos cómo sonaba la cosa. Eso y que él era más de Serrat y Labordeta.

A Frida le costó convencer a su familia de escuchar la última versión de *Geodinámica sentimental* durante el viaje. Hubo cuatro rondas de votaciones para elegir la música y Chaplin fue el único que se abstuvo: porque se puso los auriculares en el iPad de Carlos nada más subir a la Mini Van, y porque se quedó dormido poco después. Isidro, cómo no, había insistido en salir de madrugada.

Las dos expediciones se habían lanzado a la carretera casi a la vez. Las dos con un sueño, con una esperanza, con un afán: conquistar la finca que habían heredado a medias para poder encajársela entera a sus coherederos.

La finca se llamaba oficialmente Los Tercios, y el testamento aclaraba que era «conocida como La Chamusca, sita en el término municipal de Alhorín del Cerro, de cabida aproximada 1000 hectáreas, lindante: al sur con el río Pleno, al este con la C-32 de Béjar a Plasencia, al oeste con Instalaciones Cooperativa de Productores Porcinos de San Antón y al norte con la Reserva Natural Barranco de los Alcornocales».

Los Santamaría, que enseguida adoptaron el nombre de Los Tercios —que sonaba a héroes y a imperio— para referirse a la propiedad,

fueron por Salamanca: era el camino más corto desde casa de la tía Asun.

Los Ochoa, en cambio, optaron por llamarla La Chamusca —tan incendiario y tan del pueblo—, y fueron por la ruta de Plasencia: en homenaje al abuelo maestro asesinado en el 36, Damián Ochoa. Para honrar las cunetas a su paso, compraron un ramo de claveles rojos y los fueron tirando por las ventanillas. Se sintieron muy conectados con su pasado, especialmente cuando aquel ciclista al que Ganges dio en el ojo —«ha sido sin querer», dijo el crío— les mentó a toda la familia.

Unos aparcaron en el polígono industrial San Antón. Los otros, en el arcén de la carretera C-32. En ningún sitio había más coches a la vista, y ambas expediciones cruzaron la valla ganadera de la finca pensando que eran los primeros en llegar. Eran, exactamente, las nueve de la mañana, y soplaba una suave brisa de poniente.

17 de julio de 2016, 11:00h. Finca Los Tercios, conocida también como La Chamusca, de Alhorín del Cerro.

«¡Oh, Stanley, Stanley, aquí está el manantial de la fuerza y del poder que transforman!», David Livingstone a Henry Stanley, después del célebre saludo «Doctor Livingstone, supongo», cuando se encontraron por fin a orillas del lago Tanganica en 1871.

Cuando tras un buen rato de caminar campo a través Ravi y Jean Pierre vieron lo que quedaba del molino, no se lo podían creer. Estaba bastante derruido y habría que rehacerlo entero, pero sin duda era holísticamente perfecto para sus planes.

—¿Lo notas? Ha sido llegar aquí y ponérseme a vibrar el primer chacra como loco.

—A mí el quinto.

Teniendo en cuenta que el primer chacra es el del enraizamiento y el quinto el de la creatividad, aquello era un presagio que confirmaba el último I Ching que se echaron en Formentera: «Cruzarás las aguas y verás al gran hombre». Más claro no podía estar.

Jean Pierre y Ravi querían montar un ashram, un templo que fuera a la vez comunidad de meditación y clínica de reposo. Sería una especie de versión española del ashram hindú que había cambiado sus vidas, y supieron al instante que aquel era el lugar. Se cogieron de las manos y contemplaron su futuro. Ravi se descalzó en señal de respeto.

—Cuidado que por aquí hay un montón de mierdas —dijo Isidro sin quitarse el palillo de la boca.

Pelayo se puso en cuclillas y examinó, entusiasmado, las formas cilíndricas de color negro brillante que acababa de pisar. Era, claramente, caca de corzo. Poco antes le había señalado a su sobrino Pepe otro punto a la orilla de la charca, diciendo: «Jabalí», y el pobre niño se había vuelto loco intentando verlo hasta que entendió que le mostraba esas pelotitas como perdigones, mezcladas con hierba, que también eran caca. Solo la tía Asun, toqueteándolas con su bastón desde la silla de ruedas, había asentido con solemnidad: «Y grande», había dicho. El marido de la tía Asun había sido muy cazador.

—Es la leche, aquí hay de todo —le dijo Pelayo. Al parecer su madre había comprado, sin saberlo, un Edén. Un auténtico paraíso cinegético. Ya podía imaginarlo: los ladridos de los perros, el olor a pólvora, la alfombra de reses muertas, y sus amigos y él sonriendo y

haciéndose fotos agarrándolos de las cuernas. Lo pensó mejor. No, sus amigos no. Los que se harían fotos vestidos de camuflaje iban a ser un montón de millonarios extranjeros que les pagarían una fortuna por cazar.

La voz aguda de Yaguito lo sacó de su ensueño:

—Por favor, no me lo creo. ¡Están ocupando la finca! ¡Han llamado a sus amigos y están ocupando la finca!

Los Santamaría se giraron para ver a una muchedumbre desarrapada y armada con palos avanzando por el camino. A la cabeza se distinguía a un tipo bajito de piel oscura, vestido con bermudas y sandalias.

—¡Y se traen a Atahualpa! —dijo la tía Asun, furiosa, en cuanto lo vio de cerca.

—¡Pero bueno! Ahora mismo arreglo esto —intervino Rodrigo. Creía que en ausencia de José Antonio debía actuar como el cabeza de familia. Por si acaso, Regla, su mujer, se giró la sortija que llevaba para que no se viera el pedrusco, y su hermana Elvira se metió la cadena de oro por dentro de la camisa. Tía Asun aferró firmemente su pulsera de la que colgaba, bañada en oro, la bala que mató a su padre en la Guerra Civil. Tendrían que matarla a ella también para quitársela.

Rodrigo se acercó al camino y esperó a que la turba llegara, pero cuando pasaron por su lado no se atrevió a decir nada. El padre Lucas inclinó la cabeza muy sonriente, en gesto de saludo, y los demás le siguieron, blandiendo sus palos o más bien usándolos como bastón. Pepito y sus hermanos se unieron contentísimos a la comitiva invasora, y el resto de Santamarías, estupefactos, los siguieron. Yaguito, empujando la silla de tía Asun, iba detrás.

—¡Al ejército! ¡Han llamado al ejército para que nos echen!

Los Ochoa oyeron el redoble de tambores y una especie de cornetas, y Jean Pierre agarró de los hombros a su hijo Ganges y lo estrechó contra sí en un gesto protector. La silueta de varios estandartes se recortó sobre una loma lejana antes de que decenas de personas empezaran a bajar la cuesta. Era la banda municipal de Meneos de Muñón y los vecinos que portaban a hombros la imagen de santa Generosa. Perplejos, pero aliviados porque parecían llegar en son de paz, los Ochoa se les acercaron.

Por el otro lado llegaba el padre Lucas con los vecinos de Alhorín y los Santamaría detrás. Cuando estuvieron frente a frente pararon los tambores y se hizo un silencio que los de ciudad interpretaron como la

calma tensa antes de la tempestad.

—¡Llega santa Generosa! —clamó un muñonense.

—¡Santa Generosa, solo te pido una cosa! —replicó un alhorinero.

Y todos a una recitaron: «Que el agua del río mueva el molino».

En un periquete habían aparcado la talla de la Santa encima de una piedra, unos se pusieron a hacer una hoguera para una parrilla, otros a despellejar conejos, y el resto a bailar con los brazos en alto dando saltitos alrededor de los músicos. Frida, que sentía arcadas ante lo folclórico, no podía quitar los ojos de una señora que marcaba el ritmo rascando una botella de anís del mono con una aguja de hacer calceta.

—Vaya chorrada —dijo.

—Charrada —aclaró el padre Lucas.

—¿Qué dice?

—Charrada, el baile tradicional de acá, es bien bonito, ¿sí?

—¿Se llama charrada?

El cura asintió, con su blanquísima sonrisa.

—Qué fuerte.

Como la cosa era festiva, evidentemente no era de la derecha. Y como era religiosa, tampoco podía ser de la izquierda. Por la actitud perpleja de sus coherederos, Ochoas y Santamarías supieron enseguida que los otros no tenían nada que ver con la invasión.

Regla le tiró de la manga a su marido:

—Pero haz algo, ¿no? Que esto es propiedad privada, Rodrigo, y parece el parque sindical.

—¿No vamos a hacer nada? Están tirando las colillas al suelo —le dijo Jean Pierre a su hermana, que miraba con interés el despelleje de conejos y se preguntaba si devendrían en arroz o en carne a la brasa. A su lado, Ganges también seguía fascinado por la operación.

Jean Pierre y Rodrigo se acercaron al alcalde, que contemplaba la romería con tanto orgullo que parecía que la hubiera inventado él. De momento todo iba bien: porcícolas y calabaceros se comportaban tal y como había requerido en el bando municipal.

—¿Es usted el alcalde? —le preguntaron casi a la vez.

—Sí, José Díaz, qué tal.

Se estrecharon la mano.

—Jean Pierre Ochoa, propietario.

—Rodrigo Fernández-Frago, propietario también.

Como el día del entierro no habían tomado parte en la discusión, no se habían reconocido. A Rodrigo le pareció mucho mejor lidiar con ese tipo canoso de aire distinguido aunque algo cursi, que con la

Pasionaria aquella que se había peleado con José Antonio. A Jean Pierre, este señor le parecía exactamente igual que aquel otro señor que le había gritado a Allegra, pero a este no se le hinchaban las venas del cuello, así que iban bien.

—Quizá nos pueda explicar lo que está pasando.

—Es la romería de santa Generosa.

—Sí, pero es nuestra finca.

El posesivo plural le salió espontáneo a Jean Pierre.

—Es una tradición hacer aquí el almuerzo y las charradas. Hay derecho de paso… Si quiere llamo al notario y se lo explica.

—Pues si nos hace el favor…

Y Jean Pierre y Rodrigo pusieron mucho interés en sus respectivos zapatos mientras el alcalde se alejaba un par de pasos y marcaba.

—¿Alfredo? Hola, soy José Díaz… No te despierto, ¿no? Pues mira, es que estoy en la romería con unos señores que son los nuevos dueños de la finca… ¿Alfredo? ¿Alfredo? Me parece que se ha cortado.

Alfredo tuvo una regresión instantánea. Colgó y tiró el teléfono muy lejos.

—¡Pero ¿qué haces?! —Se escandalizó Carmen—. Que nos han chupado todos los puntos y hemos jurado amor eterno a Jazztel para que nos dieran…

Pero en cuanto se incorporó, móvil en mano, se dio cuenta de que algo no iba bien. Alfredo estaba paralizado, con el labio temblando y con la misma cara que cuando estaba convencido de que lo iban a empurar.

—¿Cari? —le dijo tocándole el hombro con la cautela con la que se maneja a los sonámbulos.

—Están aquí —susurró Alfredo.

Carmen miró a su alrededor. Acababan de llegar al Molino Lento y, efectivamente, todo el pueblo estaba ahí.

—Pues sí, han venido para la romería, se ve que es de mucha tradición y…

—Han vuelto —la cortó Alfredo. Y como si aquello fuese explicación suficiente, se tiró al suelo y se arrastró hacia unos matorrales.

A su alrededor seguían las charradas y cada uno a lo suyo.

Pelayo había llamado a su amigo Tristán Dosbarros, compañero de cacerías.

—Guarros hay muchísimos. He visto revolcaderos, y rastros por todas partes. Corzos también, seguro, y yo creo que ciervos. Ya lo verás, tenemos que venir a pegar unos tiros. ¿Pluma? Sí, becadas,

alguna perdiz.

—Sí, Alfredo, que te debes de haber quedado sin cobertura, o algo. Llámame, por favor, soy José. El alcalde.

Ravi había llamado a Miren Lafuente, íntima amiga suya y presidenta de la Asociación de Zahoríes y Sanadores de Terrenos.

—No sabes cómo es, qué energía tiene. Es perfecto para meditar, sanarse, hacer una depuración total. Ya lo estoy viendo: salir descalzos al amanecer, saludar al sol, tendernos en la hierba…

—Carmen, mira, soy José, el alcalde, que creo que Alfredo se ha quedado sin batería. Cuando oigas esto dile que me llame, por favor.

—Allegra, no es por nada pero el tío ese está diciendo que nos van a pegar dos tiros porque somos unos guarros y tenemos mucha pluma.

—¿Carmen? José otra vez. Nada, bueno, que me llaméis, por favor.

—Papá, dice el señor de color marrón que van a depurarnos, y que nos sacarán descalzos al amanecer y nos dejarán tirados en la hierba.

—Pues nada, no hay suerte, no encuentro al notario ni a su mujer. Mejor pásense un día entre semana y él se lo explica. La romería es una vez al año nada más.

—Cariño, coge a Ganges, que se va montar una buena. Los fachas estos se van a liar a tiros.

—¿Quién ha dicho eso, el morito? ¿Que nos van a dar el paseíllo? Dejádmelo a mí. Que sueltes la silla, Yago, que voy.

—¿Alguien ha visto a Chaplin?

—Mira, yo creo que mejor nos vamos, y hablamos con José Antonio, él ya verá lo que hay que hacer. ¿Estamos todos?

—No, Isidro, no hace falta que saques el megáfono, mejor volvemos otro rato.

—¿Y Jimena? ¿Pepito, has visto a la tía Jimena?

Chaplin y Jimena, bajo una encina, miraban con asombro a una pareja que avanzaba, agazapada, por una zanja. Alfredo iba delante, en pleno ataque de pánico, deseando encerrarse en casa otra vez. Carmen lo seguía, aún más agachada, muerta de vergüenza y de ganas también de estar en casa, pero para darle un buen bofetón a su chico; solo para que saliera del *shock*, claro.

Vuelta al 6 de julio de 2016, 12:00h. Lavapiés.

Chiste de camareros: «—¿Me da la contraseña del wifi? / —¿Primero podrías pedir un cortado, no, cabrón? / —¿Así todo junto, sin espacios?».

Chaplin y Jimena habían sido las Gargantas Profundas que enviaron al notario de Alhorín del Cerro la información que necesitaba para ponerse a salvo. Y no porque les importara nada el notario de Alhorín, sino porque así sus familias no tendrían más remedio que aceptar la voluntad de Carlos y de Pilar, y dejar de decir que sus queridos abuelos estaban como unas maracas.

Todo había empezado cuando se encontraron en el Kalitotxo, un bar en la misma manzana que el despacho de Candela. O en realidad empezó un poco antes, cuando Jimena decidió hacer un acto de rebelión, el primero de toda su vida: antes de que arrancase el taxi que los llevaría de vuelta a la civilización, según los deseos de José Antonio, Jimena se bajó de un salto, farfullando que prefería andar, y desapareció. Necesitaba con urgencia alejarse de la mezquindad de su padre. Necesitaba un gintonic. Por supuesto que no era la primera vez que se cabreaba con él, pero sí la primera vez que la decepcionaba. Vale que no presumiera del trabajazo de su hija, sino de lo bien que le quedaban los sándwiches de berro; y vale que siguiera diciendo «chacha», «moro» y «mongólico», porque no implicaba un menor afecto por Yumaira, por Rashid el manitas del edificio ni por su nieto Pepe. Pero que después de tanto hablar de respeto a los mayores, integridad y decencia, mintiera como un bellaco para —como había dicho el rastas— pasarse por el forro de los cojones los deseos de su madre, le parecía atroz. Una traición a los valores de su familia. Había estado a punto de contarle lo suyo de los sábados, en venganza, pero se había reprimido como siempre. Así que entró en el Kalitotxo.

Se bebió su gintonic y decidió irse a otro sitio porque le dijeron que no tenían copa balón, que lo que sí tenían eran minis, esos vasos inmensos de plástico donde los parroquianos compartían calimocho; pero cuando fue a pagar y descubrió que el gintonic salía a cuatro euros, decidió pedirse otro.

Justo entonces llegó Chaplin. Acababa de pillarle a un colega diez gramos de una marihuana buenísima que pretendía fumarse esa misma noche, a ver si se le pasaba el asco por esa reunión tan chunga. Pero como sabía que Allegra no tenía nada en la nevera, quería hacer

acopio de provisiones antes de volver a casa. Se plantó en la barra dudando qué pedir. Con los porros, le solía dar por los bocatas muy salados o el chocolate, pero no podía estar seguro. Él y Jimena cruzaron una mirada y alzaron la barbilla en un gesto de saludo.

—Vaya movidón, ¿no? —le dijo él, ladeando la cabeza en dirección al despacho de Candela.

—Sí, superdesagradable. Pero tú has estado muy bien —contestó ella.

Y cuando se acercó el camarero, en vez de pedirle los bocatas de chorizo y los Toblerones que había pensado, Chaplin dijo que tomaría una caña.

—Jimena, ¿no?

Jimena asintió:

—¿Charlot?

—Casi: Chaplin.

Jimena volvió a asentir.

—Pues me parece muy bien. —En ese momento, estaba dispuesta a aprobar cualquier cosa que José Antonio hubiera reprobado.

—Era Carlos, en realidad, como mi abuelo. Pero a todos les molaba mucho Charlie Chaplin, y además por lo visto yo andaba igual, con los pies para afuera.

Jimena se rio.

—Pero en el DNI eres Carlos, ¿no?

—No, lo cambié.

—¿En serio? Yo también me quería cambiar el nombre, en la confirmación.

—¿Y eso? Jimena está bien. Eres la primera que conozco.

—En la ficha del cole nunca cabía entero, por los apellidos compuestos. Siempre era «Fernández-Frago Griñán de Villavicencio gime». Y claro, estaba harta de las bromitas.

Chaplin se rio.

—¿Y cómo querías llamarte?

—El más corto que se me ocurría: Fe.

Esa noche hablaron mucho de ellos mismos, de sus abuelos y de sus familias, y de lo lamentable que era acusar a Carlos y Pilar de estar dementes, con todas las pruebas en contra que tenían en el iPad y en el teléfono. Pero Candela y Jesús Regojo habían dicho que las borraran, que no pensaran más en ellas, que se les desmoronaba toda la estrategia. Luego hablaron de lo baratas que eran las copas del Kalitotxo, lástima que de ginebra no tuvieran más que Larios, y

lástima también que cerrara tan temprano, con lo bien que se estaba. Hablaron de otros bares que abrían hasta un poco más tarde. Hablaron de que hacía buena noche para pasear, y de camino a otro garito Chaplin habló de su magnífica marihuana y le ofreció una calada, y Jimena cogió el porro un poco raro, entre el pulgar y el índice y tapándolo con los otros dedos como los fumadores experimentados cuando llueve, porque así es como pensaba que se hacía.

En el siguiente bar, mucho más refinado, los dos jóvenes compartieron aún más su frustración y su disgusto, se animaron mutuamente a hacer justicia y trazaron su plan, todo ello sin dejar de pedir otros cuantos gintonics. Para Jimena, eso no era excusa para lo que pasó después, porque estaba acostumbradísima a la ginebra: ella lo achacaba al porro, que se le había subido una barbaridad. Chaplin, en cambio, no solía beber más que alguna cerveza de vez en cuando y Jimena le había liado con los gintonics: que si ahora con regaliz, que si ahora con apio, que verás qué bueno con sirope de ruibarbo, y claro, así pasa lo que pasa.

Ninguno estaba muy en sus cabales cuando se encontraron rodando medio desnudos entre los matorrales del Parque del Oeste. Hacía años que Chaplin no estaba con otra mujer que no fuera Luna, y eso que ella insistía en que debían experimentar y acostarse con otra gente porque la monogamia era solo un yugo impuesto por los hombres para asegurarse su supervivencia genética. Pero él no tenía ganas de estar con nadie más, y le dejaba perplejo que Luna, con tanto como lo quería, sí las tuviera. A Jimena, lo que le había dejado perpleja era la licra negra de los *slips* de Chaplin. Ya se los había visto antes, porque llevaba los pantalones caídos por debajo de las nalgas, pero lo que la sorprendió muchísimo fue pensar que le sentaban bien. Que Chaplin, en *slips* en vez de *boxers* blancos de algodón, que era lo normal, y con esas rastas que cuando se deshacía el moño le llegaban a media espalda, como el diputado tremendo ese, con esos tatuajes, alguno de ellos autoinfligido, y esos tres aritos en la oreja izquierda, estuviera como bastante mono. Claro que igual solo fueron los porros.

17 de julio de 2016 otra vez. Fin del *flashback*. Finca Los Tercios, conocida también como La Chamusca, de Alhorín del Cerro, tal y como los dejamos.

«De oca a oca y tiro porque me toca»; expresión empleada en un conocido juego de mesa.

No habían vuelto a hablar después de su encuentro, ni siquiera habían seguido las partidas de Apalabrados con los perfiles de sus abuelos. Pero no porque no hubieran pensado el uno en el otro. De hecho, Jimena se había acordado muchísimo de Chaplin, y estaba decidida a hablar con él en cuanto encontrara la ocasión, que fue justo cuando vio que se alejaba para echar una meadita.

—¡Pero te pregunté si tomabas anticonceptivos! —protestó Chaplin, tras los arbustos y ya desaguado.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Y entonces ella lo recordó.

Fue justo antes de culminar, con las piernas de Jimena abrazándole la cintura y sin venir a cuento. Él había dicho «¿Tomas algo?», y ella interpretó que le estaba sugiriendo parar e irse a un bar, y le había contestado que estuviera a lo que tenía que estar, y él había seguido con las embestidas. No muchas más, la verdad, acabó enseguida: esa rubia de voz apatatada le ponía como una moto. Así que no había sido un polvo espectacular, pero sí suficiente para que ella se quedara embarazada.

Además de un retraso de ocho días, Jimena tenía náuseas matutinas, arcadas, boca seca, dolor en los pechos y el abdomen, aversión a olores fuertes y gases, muchísimos gases en todas direcciones, que complicaban sus largas horas de oficina en la consultora Moldy, Rank & Stale. Había mirado en Google los síntomas del embarazo y los tenía casi todos. Y estaba agobiadísima.

Chaplin le preguntó si estaba segura de que era suyo, y Jimena contestó secamente que sí, sin entrar en detalles. Los detalles eran que Chaplin era el primer hombre que Jimena conocía en sentido bíblico: todos sus novios se habían resignado a apasionados magreos sin penetración, porque Jimena era de esas con las que te casas, y para desfogarse ya había otras, de pago o no. Lo de liarse con Chaplin, que había empezado como una venganza contra su padre —«Que se joda el capitán que hoy duermo sin manta»—, había llegado hasta el final por la novedosa y tranquilizadora sensación de que con Chaplin no tenía que hacerse respetar, ni demostrar que era de esas con las que te

casas: le importaba poco la idea que Chaplin tuviera de ella. Y porque era un amante monísimo. Y por los porros.

Chaplin se quedó unos momentos callado, y luego le agarró la mano.

—No te preocupes, estamos en esto juntos.

Jimena se emocionó. No tenía claro que quisiera criar a su hijo con Chaplin (y no quería ni pensar cómo iba a decirles a sus padres que el padre de su nieto era el indigente de *slips* negros), pero era reconfortante que él le ofreciera esa posibilidad. Luego Chaplin dijo que para él no era la primera vez, y que aunque era un poco marrón, el procedimiento era sencillo y lo cubría la Seguridad Social. Solo había que llamar a la Consejería de Sanidad y te daban un número para la IVE.

—¿Para qué?

—IVE, Interrupción Voluntaria del Embarazo —dijo Chaplin—. Tranquila que vamos juntos, ¿puedes esta semana?

Jimena pestañeó muchas veces seguidas.

—No voy a abortar —le dijo.

Él tardó unos segundos en digerir la noticia.

—¿Quieres tenerlo?

—No es que quiera tenerlo. Pero no puedo abortar. Es un asesinato.

Y Chaplin pestañeó muchas veces seguidas.

—Lo estoy flipando —pudo decir al fin.

Muy dignamente, Jimena le dijo que se olvidara de todo lo que le había dicho, y que se olvidara de ella, y que no volviera a dirigirle la palabra y que se fuera a tomar por culo. Y todo, salvo la última parte, le pareció perfecto a Chaplin.

18 de julio del 2016, 11:00—18:00h. Notaría de Alhorín del Cerro.

80 años de la sublevación militar, el Alzamiento Nacional, el golpe de Estado, el inicio de la Cruzada. 80 años de.

—Es imposible meter esto tan grande por ahí, cari. ¿No tenemos lubricante?

—Que no hace falta lubricante, que es girando y empujando, Alfredo, lo vuelves a sacar un poquito, lo vuelves a meter… y poco a poco entra.

Carmen le quitó el tornillo de las manos y se lo demostró:

—¿Ves? Así.

Habían madrugado para estar en Ikea en cuanto abrieran y que les diera tiempo a montar los muebles antes de la reunión, que era a las cinco de la tarde. Pero montar la mesa extensible Kepringe era mucho más complicado de lo que parecía. Nada más empezar, y después de alinear por tamaños el contenido de las cuatro bolsitas de plástico, examinar cada dibujo de las instrucciones de montaje y meterse en Internet, Alfredo le mostró a Carmen la foto de la herramienta que estaba empeñado en que les faltaba.

—No fastidies, cari, ¿cómo va a hacer falta un… «sacabocados revólver con multiplicación de palanca»?

Hasta entonces, y mientras ahorraban para comprar una secadora, habían usado la sala de reuniones de la notaría como tendedero porque, como descubrieron nada más instalarse en Alhorín, si secaban la ropa fuera y de repente soplaba levante todo quedaba impregnado de una peste a pis de cerdo que no se quitaba ni con diez lavados seguidos. Así que para poder recibir convenientemente a la docena de Santamarías y la media docena de Ochoas que, según les había anunciado el alcalde, llegarían esa tarde, les tocó desmontar el tendedero e invertir un pellizco de los ahorros de la secadora en una mesa y veinte sillas.

Carmen estaba segura de que no volverían a tener reuniones tan multitudinarias, y que solo usarían tanta silla con esa gente que casi les arruina la vida. Por eso no le dejó a su chico comprar las tapizadas, que eran carísimas, y optaron finalmente por un modelo ligero, apilable y barato: las Tefostÿas que, además, venían ya montadas.

—Pues será que se han liado al empaquetar, y eso no va en esta mesa —dijo Carmen cuando, tres horas más tarde, y después de darle

varias vueltas al esquema de montaje y comprobar cada agujero y cada junta, la mesa estaba perfectamente colocada en medio de las sillas pero Alfredo seguía con una pieza metálica, bastante grande, en la mano.

Si hubiera sido la cuna de su futuro bebé (como la Sträppo, que tenía una muy buena relación calidad-precio) seguramente habría aceptado la propuesta de Alfredo de desmontarla y volver a empezar. Pero la Kepringe extensible no merecía tanto esfuerzo.

—Bueno, pues ya está. Nos da tiempo a comer algo y echarnos una siesta —dijo, y salió rumbo a la cocina a ver si había sobras apetecibles en la nevera.

Alfredo contempló, orgulloso, su nueva sala de reuniones. Dispuso meticulosamente en un extremo de la mesa unas cuantas carpetas, un calendario, el bolígrafo grabado que le regaló su tía cuando por fin aprobó y su pisapapeles de bronce.

—Buenas tardes —les dijo solemnemente a las veinte Tefostÿas.

Como para darse ánimos miró al único público que tenía en aquellos momentos: la mariquita mecánica que le habían dado los calabaceros y que lo miraba con las alas abiertas desde el alféizar de la ventana. Después inspiró, se sentó, entrelazó los dedos y, con ademanes de notario experto, apoyó los codos sobre el tablero. Carmen oyó el estruendo desde la cocina.

A las cinco menos cinco la mesa volvía a estar en pie, esta vez con todas sus piezas encajadas en el sitio correcto.

—Por mucho puñetazo que le den, esto ya no se cae, cari —dijo Carmen, y al ver la expresión aterrada de su chico le recordó que el alcalde solo quería que les contara lo de las servidumbres de paso y poco más, y que era imposible que fueran a enfadarse con él por eso.

Alfredo asintió, pero por si acaso sacó el pisapapeles de la sala: era mucho más contundente como arma que las veinte Tefostÿas, aunque las apilaran todas. Iba a llevarse también el boli, recordando que en *El silencio de los corderos* una sola punta de boli bastaba para destripar a uno y colgarlo de una reja.

—Si es por eso, también tendrías que quitarte las gafas. Acuérdate, en *El padrino 3* degollaban a uno con… —se arrancó Carmen, que a veces se venía arriba y pensaba que su chico decía en broma lo que decía en serio. Se interrumpió al ver que Alfredo guardaba las gafas en la funda, y se las volvió a poner con un «Ya verás que vienen en son de paz, cari, ya verás».

Para sorpresa de la propia Carmen, acertó. José Antonio y Allegra se

dieron dos besos al llegar, y presentaron a sus únicos acompañantes.

—Mi hermano Pelayo.

—Mi cuñado Ravi.

Dijeron que no esperaban a nadie más, y agradecieron al señor notario que los recibiera para aclararles eso de que la gente del pueblo tuviera derecho a pasear por su finca como Pedro por su casa. Alfredo se agarró las gafas y les contó que sí, que la finca tenía ciertas servidumbres inalienables desde el siglo XVI: una de paso, que afectaba al camino que unía Alhorín del Cerro con Meneos de Muñón, y otra de uso parroquial en la explanada del Molino Lento.

—Pero la servidumbre de uso parroquial solo rige cada 17 de julio, por Santa Generosa —les aclaró, levantando la vista de los pliegos que había estado leyéndoles.

José Antonio había buscado la mirada de Allegra para decir que eso era una desventaja. «Otra desventaja», subrayó, porque los propietarios tendrían que hacerse cargo de la seguridad. Allegra le apoyó con vehemencia. Él pensaba en verjas y guardas jurados, ella en evitar que los niños del pueblo se cayeran al río, pero estaban de acuerdo en que lo de la seguridad era una carga importante que le restaba aún más valor a la propiedad. Así que los dos bandos exhibieron armónicamente ante Alfredo el mismo desconcierto por aquella herencia, y el mismo convencimiento de que ese trozo de campo no servía para nada y no suponía más que molestias. Si él esperaba algún tipo de disculpa por haberle querido empapelar, desde luego no llegó.

—Bueno, supongo entonces que querrán venderlo —dijo Alfredo.

Y los cuatro hicieron un gesto medio afirmativo; y José Antonio y Pelayo por un lado, y Allegra y Ravi por otro, cruzaron una fugacísima sonrisita de victoria. Porque si antes de visitar la finca su intención había sido endilgar su cincuenta por ciento de propiedad a los otros, ahora el plan era exactamente el contrario: comprarles su parte. La finca de caza Los Tercios que soñaba Pelayo y el centro ayurvédico La Chamusca por el que suspiraba Ravi lo habían cambiado todo. Estaban seguros de conseguir inversores y hacer el negocio de sus vidas, pero antes tenían que hacerse con la mitad de los otros a precio de ganga.

—Tratándose de una finca en proindiviso, los copropietarios tienen derecho prioritario de compra.

Todos sonrieron muy cordialmente, pero nadie dijo nada.

—Pero si ninguna de las partes quiere comprar, entonces lo mejor es ofrecérsela a un tercero —siguió Alfredo. Y todos seguían sonriendo y

callados como putas. Allegra era muy buena al póker y José Antonio muy bueno al mus.

—En realidad… —empezaron a decir casi a la vez. Extendieron la palma de la mano el uno hacia el otro, e inclinaron la cabeza para cederse mutuamente la palabra: «No, no, por favor, di tú…». Y fue Ravi quien rompió el *impasse* diciendo que aunque la finca no tuviera apenas valor económico, por mucho que se hubiera pagado por ella, para su familia sí tenía un valor sentimental: ahora era todo lo que les quedaba del difunto Carlos y se les partía el corazón pensando en venderla.

Pelayo se apresuró a decir que los entendía perfectamente, porque también esa finca era lo único que les quedaba de su madre.

Allegra dijo entonces que en su caso el valor sentimental era mayor porque su abuelo Damián, que era de Plasencia, estaba enterrado por ahí cerca, y no mencionó paseíllos ni cunetas para no soliviantarlos.

Y José Antonio, sin arredrarse, dijo que tanto los Fernández-Frago por un lado como los Santamaría por otro, eran devotísimos de santa Generosa de toda la vida, y que lo de la romería en la finca les había emocionado.

Ravi empezó otra ronda mencionando lo bueno que sería que su hijo Ganges tuviera un lugar donde poder encontrarse con la madre naturaleza, que era algo muy formativo durante la infancia. A lo que José Antonio replicó que él tenía cuatro nietos y uno más en camino, y que si era por niños, los Santamaría sumaban veintiséis.

Alfredo se había creído la sinceridad de esa escalada de valor sentimental y estaba encantado. Se soltó definitivamente las gafas para recomendarles:

—Si todos le tienen el mismo aprecio, lo mejor será que se queden la finca y la compartan. Queda el detalle de escriturarla a su nombre y pagar el impuesto de sucesiones, supongo que ya se habrán informado de las cuantías… En cualquier caso, si no les viene bien pagar ahora, hay otras soluciones.

—¿Por ejemplo? —preguntó Pelayo, que no dejaba pasar nunca la oportunidad de que otro pagara lo suyo.

—Pueden pedir una hipoteca con la garantía de la finca. Les sería fácil de conseguir: en estos casos el banco no arriesga casi nada porque las dos partes son responsables solidarias de la totalidad de la deuda. Habiendo confianza entre ustedes, puede ser una opción interesante…

—Claro, claro —dijo Allegra, que pensaba que antes se dejaba

tatuar entera por su hijo que compartir hipoteca con esa gente.

—Sin duda. Pero tenemos tiempo para pensarlo, ¿verdad? El plazo para liquidar el impuesto es de… ¿seis meses? —intervino José Antonio, que prefería volverse a operar de próstata, y esta vez sin anestesia, que compartir hipoteca con esa gente.

—Seis meses, sí. A ver, hoy es 18 de julio de… —empezó a decir Alfredo, pasando las hojas de su calendario de mesa. El respingo que pegaron Allegra, Pelayo y José Antonio fue tan evidente que dejó de pasar páginas. Todos abrieron mucho los ojos, con horror. ¿Cómo podía habérseles pasado? Tendrían que haber conmemorado el asesinato del abuelo Damián. Tendrían que haber ido a la misa por los caídos por España. Era un día de luto. Era un día glorioso. Fue el fin de la esperanza para el pueblo. Fue un nuevo amanecer para la España grande y libre.

—De 2016 —dijo Ravi, completando la frase del notario e igual de extrañado que él por la actitud de los demás.

Volvieron a dar un respingo en cuanto hicieron la resta mental. Hacía ochenta años. Era el ochenta aniversario.

—Sí, así que tienen hasta diciembre de este año para pagar. ¿Pasa algo? ¿Está todo bien?

José Antonio fue el primero en recomponerse, murmuró algo de un aniversario.

Ravi y Alfredo por fin lo entendieron.

—Claro, es verdad, un mes ya de los fallecimientos… ¿fueron el 18 de junio, verdad? —dijo el notario—. Cómo pasa el tiempo…

Consiguieron besarse y palmearse la espalda a la salida, como si la sombra de esa fecha y ese aniversario tan redondo no hubiera congelado el ambiente. En cuanto se quedaron solos, el par de Ochoas y el par de Santamarías se dijeron que seguro que los otros tenían un plan y que había que empezar a mover hilos e instalarse en Alhorín si hacía falta, porque si no esos hijos de puta les iban a ganar la mano.

20 de julio de 2016. Mediodía. Habitaciones 6 y 8 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa, de Alhorín del Cerro.

«Hay dos sistemas de lograr la felicidad: uno hacerse el idiota; el otro, serlo», Enrique Jardiel Poncela.

Al final, los Ochoa que se instalaron en Alhorín para velar por su propiedad y negocio fueron Allegra, Chaplin, Jean Pierre, Ravi y Ganges.

Frida no se apuntó al viajecito porque no pensaba encerrarse en el culo del mundo (aún no se había podido quitar de la cabeza la imagen de la vieja con la botella de anís del mono y la aguja de hacer calceta). Además, en un par de semanas tenía un bolo importante en Berlín y prefería ir para allá para sintonizar metabólicamente con los sonidos de la ciudad. Se despidió con cariño de Isidro anunciándole la buena nueva de que en el país de la Mercedes-Benz, Opel, BMW y Volkswagen, seguro que podría incorporar nuevos e inesperados matices a su *Geodinámica sentimental*.

—Ya se sabe que para coches, los alemanes —sentenció Isidro sin inmutarse.

—Está contando los días para oír esos nuevos matices —le susurró Chaplin a su hermana.

—Por cierto, me instalaré en casa de Luna —se la devolvió Frida. Y a Chaplin aquello le sonó fatal, porque en lo único que estaban de acuerdo los mellizos era en lo maravillosa que era Luna. Y promiscua.

Así que Allegra se resignó a que pasara lo de siempre: Frida se largaba después de colocarle a Isidro, que ahora no se iba a ir ni con agua caliente y mucho menos con el calor húmedo y pegajoso que hacía en Barcelona en verano —«que ya se sabe que en Madrid también pega pero es más seco»—. Así que en cuanto el obrero modelo intuyó que no le iban a pagar una habitación en La Piara, dijo que les haría el favor de quedarse en el piso de Madrid «para cubrir imprevistos en la retaguardia». Con lo que a Chaplin no le quedó más remedio que apuntarse inmediatamente al viaje a Alhorín: no pensaba quedarse con su padre ni loco. Y no le apetecía volver a Granada, porque ahora no existía la posibilidad de encontrarse a Luna tocando en el paseo de los Tristes o en la plaza Larga con su grupo de músicos callejeros. Y también porque acababa de alquilar por Airbnb los bajos que «okupaba» en el Albaicín.

—Me pones un plegatín en tu cuarto y así te acabo el tatuaje a ratos

—le dijo a Allegra, que se calló lo de «Has salido a tu padre» una vez más, porque ella no era partidaria de decir cosas que pudieran condicionar para siempre la conducta de sus hijos. Pero eran clavaditos.

—¿Te puedes estar quieto? —le suplicó Allegra a Ravi. Era la segunda vez que chocaban. Ella buscaba el rincón con mejor cobertura y Ravi redecoraba la habitación según los mandatos del feng shui. Los dos lo tenían difícil: el Hostal La Piara no destacaba ni por la potencia de su wifi ni por la sobriedad de sus estampados.

Ravi ya había fengshuizado la habitación de al lado, donde ahora Chaplin y Ganges dormían a pierna suelta sin apreciar lo mucho que había sufrido para descolgar la lámpara y evitar que un Chi opresivo les arruinara la vida de forma irreversible.

—¡Por fin! Aquí hay un castañazo de señal —dijo Allegra, apoyando el ordenador en el bidé y sentándose en el suelo del cuarto de baño.

—No sé ni por qué lo intentamos, no va a servir de nada —dijo Jean Pierre.

Y a Ravi casi se le cayó el espejo que estaba metiendo en el armario porque «el reflejo perturba al durmiente».

—¡Pero qué dices! Si Miren Lafuente ya está avisada, si el *low detox* es lo más y los hay que pagarían fortunas para poder depurarse aquí y no en Rishikesh, si…

Jean Pierre lo interrumpió antes de que se pusiera a llorar: se refería a que no valía la pena el esfuerzo de intentar conectar con Marcos, era casi imposible que…

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hermana? —se oyó desde el bidé.

Marcos tenía la costumbre de llamar a Allegra «Hermana» y a Jean Pierre «Hermano mayor».

—Si suena muy indio… —le dijo Allegra una de las mil veces que Jean Pierre se quejó—, y a ti te gustan mucho los indios.

—De la India, ¿o es que os seguís haciendo el mismo lío que Colón?

—Hermana, ¿me oyes? —Sonaba el bidé.

—Alto y claro, hermanito. Pero no te veo —contestó Allegra.

—Tengo la cámara desconectada.

—¿Y por qué hablamos por Skype?

—Es más difícil de rastrear.

—Pues entonces conecta la cámara —le dijo Jean Pierre.

—Como acostumbro a repetir a mis indígenas: difícil no significa imposible, Hermano mayor. La lucha dará sus frutos y la tierra nos será devuelta.

Jean Pierre hizo como que se ahorcaba con la cortina de la ducha.

—¡Di que sí, Marquitos! —dijo Ravi, mientras doblaba la colcha sintética como si manejase uranio enriquecido.

—Namasté, Ravi —saludó el bidé.

—Pues de mantener la Tierra a salvo también va esto —dijo Allegra yendo al grano—. Tenemos que conseguir hacernos con La Chamusca. Lo que pasa es que hay que pagar una pasta de impuestos, unos trescientos mil por cabeza, y como no podemos…

—Yo sí que puedo —dijo Marcos.

Silencio y estupor en el cuarto de baño.

—¿Cómo dices?

—Que---- pa---- nero---- tengo---- candona---- voy.

—Marcos, que no se te entiende.

—¡Vienen! No---- de puta---- helecho---- y corto.

—¡Pero bueno! —dijo Jean Pierre y soltó la cortina de la ducha—, a ver si el Intenso va a estar forrado. Un día de estos sale en los periódicos y no por sus ideales, precisamente.

—¡Pero qué dices! —le defendió Allegra al instante—, lo que pasa es que en la selva se debe de ahorrar un montón.

20 de julio de 2016. Mediodía. Habitaciones 1, 5, 7, 9, 11 y 13 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa, de Alhorín del Cerro.

En 1910 el maestro austriaco del ajedrez Josef Krejcik jugó una simultánea contra 25 tableros. Perdió todas las partidas.

Todos los años, José Antonio y Victoria se instalaban en Comillas en casa de los padres de ella, los Griñán de Villavicencio. Victoria entendía que todos los años su hijo Rodrigo mandara a veranear a sus cuatro niños con ellos, para evitarles el calorazo de Madrid mientras él y Camino trabajaban. Victoria entendía que ese año había que sacrificar Comillas para instalarse en el pueblo este, porque su familia política no sabía hacer nada sin José Antonio. Eso también lo entendía. Claro que en Comillas había cinco de servicio y un magnífico jardín vallado, y eso aliviaba bastante sus tareas de abuela; pero entendía que no podía negarse a cuidar de los cuatro niños cuando su nuera Camino estaba a punto de parir, y bastante nerviosa porque no había querido hacerse la amniocentesis y su hijo Pepito, con síndrome de Down, era un amor que no cambiaba por nada pero preferiría no repetir. La asistenta de Rodrigo sí se había negado. Y también las amigas de la asistenta de Rodrigo, y las amigas de Yumaira y la propia Yumaira, que dijo que ella al palacete de la playa de Comillas sí que la acompañaba, pero que de puebluchos aburridos en mitad de ninguna parte ya había tenido suficiente con el suyo en los Andes; y Victoria lo entendió perfectamente.

En realidad Victoria lo entendía todo. También que sus cuñadas, que estaban en Alhorín, le hubiesen endilgado a sus propios nietos porque con ese calor tuvieran la tensión por los suelos. Que Elvira, que tenía la tensión perfectamente, prefiriera hacer excursiones con Yaguito en vez de quedarse a ayudar. Que José Antonio, con lo nervioso que le ponían los niños, prefiriera verlos poco. Hasta entendía que los niños fueran niños y hablaran a gritos y que les gustara correr por los pasillos de La Piara y dar portazos. Lo único que no entendía era cómo por la mañana había nueve críos a su cargo, y ahora que los volvía a contar resultara que eran once.

20 de julio de 2016. Mediodía. Habitación 3 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa, de Alhorín del Cerro.

En una bandeja de *spam*: «Me llamo Bushinga Kabuti, tengo cuatro millones de dólares y un ataque de generosidad, si me manda su número de cuenta y todas sus contraseñas le haré ingreso inmediato. A vivir que son dos días».

Pelayo había ido a la habitación de José Antonio un rato antes de lo acordado, nervioso y volviendo a decirle lo que ya le había dicho cuarenta veces: que había que hacerle a esa gente una oferta que no pudieran rechazar, que a la temporada de ciervo ya no llegaban pero a la de gamo sí, porque el coto podría estar funcionando en primavera si se daban prisa, y que lo que había que hacer era convencer a Tristán Dosbarros ya, que no acababa de poner fecha para visitar la finca.

—Se está haciendo el remolón.

Su hermano, con un gesto de hartazgo, se terminó de abrochar la camisa, se hizo el nudo de la corbata y abrió el armario para sacar el *blazer* beis.

—¡Joder!

Pelayo le miró con curiosidad.

—¿Qué?

—Mira esto.

Pelayo miró hacia el interior del armario pero no vio nada fuera de lo normal.

—¡Victoria ha colgado las camisas! Mi mujer está perdiendo la cabeza.

En su casa, en casa de sus padres y en la de sus abuelos, las camisas siempre se habían guardado perfectamente planchadas y dobladas en baldas. En casa de su bisabuelo Marial por lo visto se guardaban envueltas en papel de estraza, que es como llegaban de París, donde las enviaban a planchar. Pero eso él nunca lo había vivido. Pelayo iba a decir que su asistenta por horas también las colgaba, pero no quería decepcionar a su hermano ahora que había conseguido que le apoyara en su negocio cinegético. Creía que bastarían unas palabras de José Antonio para animar a Tristán a financiar el proyecto. Por muy amigo de Pelayo que fuese, no debía de fiarse un pelo después de aquello de los pájaros: Tristán le había prestado una pareja de halcones adiestrados para una exhibición de cetrería que estaba organizando, y él después de recogerlos paró a tomar un aperitivo, una copa llevó a la

otra, y no fue hasta la madrugada siguiente que recordó que los había dejado en el coche a pleno sol. Pero para qué pensar en tiempos amargos, se dijo Pelayo, y esperó a que José Antonio le diera instrucciones. A las 12:30 exactas, la hora convenida, su hermano acabó de abrocharse el reloj.

—Anda, ponme con Tristán —le ordenó mientras se sentaba al pequeño escritorio donde Victoria había colocado (esta vez sí, como en casa) los cargadores del móvil, la pluma estilográfica y *La Razón* de ese día.

—No, ahí no hay cobertura. Tiene que ser aquí. —Y Pelayo se fue hasta la cama y palmeó el colchón para que se sentara. José Antonio dijo desde el escritorio que él sí tenía cuatro barritas de cobertura de Movistar, pero Pelayo ya había llamado a Tristán.

—De Internet, José Antonio, cobertura de Internet. Le llamo por FaceTime, que es gratis y nos vemos. Es importante que te vea.

Le hizo una seña imperiosa para que se acercase. Acabaron sentados en el borde de la cama, uno al lado del otro: no habían estado tan juntos ni cuando eran niños. Por si no fuera lo suficientemente raro, Pelayo le apoyó una mano en el hombro para con la otra plantarle el teléfono delante de las narices. En la pantalla apareció la tía Asun. Una imponente asta de alce le brotaba de cada sien.

—¿Ya es nuestra? ¿Tenemos Los Tercios? Pero, qué hacéis así sentados, como dos maricones —fue lo primero que dijo.

—¿Tía?

La tía Asun cambió de postura, y su cabeza se segregó de las astas. Se ve que estaba en una sala con trofeos de caza colgados en las paredes, y lo de que le hubieran salido cuernos era solo una ilusión óptica.

—Tía, que me he debido de equivocar, que llamaba a un amigo.

—Sí, ya sé, a Tristán Dosbarros, es que estoy en casa de Piruchi jugando un maratón de *bridge*. Él ya me lo ha contado todo. —Giró la cabeza—. Ah. Que dice que os mande un beso.

—¿Quién, Tristán? ¿Un beso? —preguntó Pelayo, pensando que su amigo no le había perdonado aquello de los halcones cocidos, y que solo pensaba comunicarse a través de esa vieja astada.

—No, Piruchi Cantalaya, de los Fernán Trapo de Valladolid, que es la hermana de su padre, y su madrina además. La viuda de Michi, ya sabes quién te digo.

La tía Asun pasó a mirar directamente a José Antonio e ignorar a su sobrino menor.

—Oye, mira, José Antonio: hay que hacerle a esa gente una oferta que no pueda rechazar. A la temporada de ciervo ya no llegamos pero a la de gamo sí, porque el coto puede estar funcionando en primavera si nos damos prisa.

—Ya, tía, ya —dijo José Antonio—. ¿Tristán está por ahí?

—Ahora es que lo hemos mandado a por hielo. Me quedé cerca del teléfono este, que está aquí enchufado, porque me dijo que ibais a llamar. Nada, todo arreglado. Le he dicho que vaya a ver la finca ya mismo. El lunes, hemos dicho, que yo para el fin de semana ya tengo plan.

—¿Pero tú vas a venir, tía Asun?

—Sí, ya le he dicho a él que me recoja en casa a las cuatro de la tarde en punto, que la mañana la tengo muy liada. Igual se apunta Piruchi, le gusta mucho el campo. Bueno, oye, que han terminado la mano, que ya no soy el muerto y tengo que volver a la mesa. Adiós.

El teléfono de Tristán se quedó encendido y apuntando al techo. José Antonio y Pelayo empezaron a oír cosas como «un pic, dos sintriunfos, tres carrós doblo», hasta que Pelayo decidió cortar la llamada. Y así, muy juntos, sentaditos en la orilla de la cama, con las piernas estiradas y mirándose a los ojos los encontraron los doce niños —a los nueve Santamaría y dos del pueblo se les había unido Ganges— que entraron corriendo en la habitación dando gritos: que Victoria se había metido en un arcón sin que nadie la animara ni mucho menos la empujara, que la tapa se había cerrado sola y que al intentar abrirla echaron el cerrojo sin querer, y que si había macarrones. Gonzalito y Ganges sostenían, cada uno, la mitad de una llave oxidada.

20 de julio de 2016. Mediodía pasado. Bar restaurante del Hostal La Piara, cama y comida como en casa, de Alhorín del Cerro.

En España hay treinta y seis razas de ovejas, que son: ansotana, aranesa, canaria, canaria de pelo, carranza blanca y negra, cartera, castellana blanca y negra, chamarita, churra lebrijana, colmenareña, gallega, guirra, ibicenca, latxa, lojeña, maellana, mallorquina, manchega, menorquina, merina, merina de grazalema, montesina, navarra, ojalada, ojinegra turolense, palmera, rasa aragonesa, ripollesa, roja mallorquina, roja bilbilitana, rubia de molar, sasi ardi, segureña, talaverana, xalda y xisqueta.

El Mesas pasaba un paño por la barra en silencio. Miró a su mujer por la ventana que tenía detrás y que daba a la cocina. Ella le devolvió una expresión angustiada.

Solo había dos mesas ocupadas, una de calabaceros que jugaban a las cartas y otra de porcícolas jugando al dominó. Aunque cada grupo parecía muy absorto en su partida salvo por alguna mirada torva a los otros, la verdad era que los gestos y voces de cada mesa iban subiendo de tono: que si el golpear de fichas sobre la formica, que si un soltar las cartas como dando un mandoble, que si arrastro todo, que si te doblo, que si ahorco, que si te mato… El Mesas y Trini sabían perfectamente lo que significaba todo aquello.

La que no tenía ni la más remota idea era Allegra, que entró esperando compensar tanto feng shui con un buen aperitivo. Igual de ignorante y deseoso de aperitivo apareció José Antonio. Estaba cada uno en un extremo de la barra, donde se habrían quedado tan a gusto, pero como tenían que fingir concordia para poder estafarse, no les quedó más remedio que avanzar hasta el centro y saludarse como dos viejos amigos que han quedado para tomar unos vinos. Y eso les sirvió el Mesas, un buen vino de la zona a cada uno.

—Pues aquí estamos —dijo José Antonio.

—Pues sí, ya ves —dijo Allegra.

—Me he adelantado mientras movilizan a los niños —dijo él por decir algo.

—Sí, con tantos debe de ser difícil —dijo Allegra, porque no se le ocurría otra cosa salvo su opinión sobre el «tantos como mande Dios» de los curas, que no era plan.

—Tú solo tienes un nieto, ¿no?, el morenito.

A Allegra le costó, y mucho, devolverle la sonrisa y aclarar:

—No es del todo mi nieto, es más mi sobrino.

—Ah. —José Antonio dio un trago al tinto local. Vaya manera más tonta de meter la pata, después de haberse tragado el comentario mordaz sobre lo del hijo único de la China comunista.

—Es hijo de mi cuñado Ravi, lo conociste en la reunión del otro día, y de mi hermano —le dijo Allegra.

José Antonio pensó que por el bien de los negocios tenía que reaccionar con naturalidad.

—Ah, es adoptado. Qué bien.

—No, no, Ganges no es adoptado. Es hijo biológico de mi cuñado y de su prima.

—¿De la prima de quién?

—De Ganges. Su prima es su madre. Vamos, que mi hija es la madre del hijo de su tío.

José Antonio levantó la mano y pidió que le volvieran a llenar la copa.

—Frida es así, fue algo muy generoso por su parte. Me hizo tía y abuela a la vez.

José Antonio intentó dibujar mentalmente el esquema de la cosa, pero más que un árbol genealógico le salía un plato de espaguetis.

—Bueno, ¿pedimos algo de comer?

—Claro, ¿aquí qué se toma? —preguntó Allegra, feliz de dejar el tema porque ya no sabía cómo explicar algo que cualquier niño entendería a la primera.

—Me parece que capudio.

—Pues eso, ¡una ración de capudio, por favor!

Las virulentas partidas de cartas y dominó se detuvieron al instante.

—No hay capudio —dijo el Mesas, bajando la voz. En la cocina, Trini se santiguó ante la estampa de santa Generosa que tenía en la puerta de la nevera, sujeta con un par de *magnets* del Museo del Capudio que representaban, sorprendentemente, dos capudios pequeñitos.

—¿Se ha acabado el capudio?

—¿Aquí?

Allegra y José Antonio compartían la misma decepción.

—No, es que ya no se hace… —aclaró el Mesas.

—¿Y por qué?

El Mesas había temido la pregunta.

—Eso, Mesas, cuéntales a los señores por qué —dijo un jugador de dominó y porcícola, agarrando una pieza como si fuera una granada de mano.

—¡Eso, cuéntaselo! Pero cuéntales la verdad —dijo un jugador de cartas y calabacero poniéndose en pie, haciendo mucho ruido con la silla.

Y entonces el Mesas, como el camarero de un *saloon* del lejano oeste o de Almería, se agachó detrás de la barra y le indicó a su mujer que hiciera lo mismo en la cocina. En aquel momento, la puerta se abrió de par en par y apareció una figura recortada contra la luz exterior: era José Díaz, el alcalde.

—Así me gusta veros, todos juntos y tan contentos. Que los de Meneos de Muñón no tengan motivos para llevarse la Santa otra vez…

La mención a los del pueblo vecino —«esos secuestradores de santas hijos de la gran muñona»— hizo que porcícolas y calabaceros soltasen cartas y fichas y fuesen saliendo del bar en orden: era la hora de comer y los esperaban en casa.

—Menos mal, ¡pero ha sido por un pelo! —suspiró el Mesas sirviendo un vino al alcalde y poniendo embutido y queso para todos.

—¡Si es que es un sinvivir! —suspiró José dando un trago.

—Pero, ¿por qué no se hace el capudio? —se atrevió a preguntar José Antonio.

—Sí, eso —se apuntó Allegra.

Y el alcalde les contó que el último capudio era anterior a la peste porcina del 2005. Lo conservaban en el museo, en una urna a dos grados bajo cero, ¿no lo habían visto?, valía la pena.

—¿Conservan en el museo un capudio congelado?

—Criogenizado —corrigió el Mesas—. Como a un ser vivo.

El Mesas se lanzó a explicarles que aquel capudio, en realidad el alhorinense más ilustre, pesaba más de seis kilos, y que por eso el procedimiento para su criogenización había sido igual al de un bebé gordito.

—¿Pero por qué no se han hecho más? —insistía Allegra.

—Pues porque con la peste de 2005 se rompió la tradicional alianza entre calabaceros y porcícolas y…

—¡Mentira! —tronó una voz cascada desde el rincón más oscuro del bar.

José Antonio y Allegra casi se abrazan del susto. Pero José Díaz no se arredró:

—Anda, Salvador, deja a los señores tranquilos —le dijo a un

anciano muy anciano.

—Empezó mucho antes de la Peste. Fue cuando el Desastre. El Desastre Fratricida.

José Antonio y Allegra intercambiaron una mirada de «esa sí nos la sabemos».

—Claro, en el 36 —dijo José Antonio.

—¿Eh? —se extrañó el anciano.

—La Guerra Civil —dijo Allegra con respeto.

El Mesas negó con la cabeza:

—Nah, no habla de eso. Eso, aquí, casi ni nos enteramos; es que no somos de meternos en política.

El viejo Salvador siguió contando:

—Hablo del Desastre Fratricida. Fue entre alhorineros. Fue en 1874. Y fue en su finca: un devastador incendio convirtió Los Tercios en La Chamusca…

—Bueno, bueno, de eso ya hace mucho, quién se acuerda ya de… —lo cortó el alcalde.

—A mí me lo contó mi padre, y a él el suyo. Y yo se lo he contado a mis hijos y a mis nietos. Así lo hemos ido transmitiendo, de generación en generación, para que el relato no se pierda.

—¿Pero qué relato? —preguntó Allegra, intrigadísima.

—Pues verá, hay dos versiones… —empezó a explicar José Díaz.

—Dos versiones, sí, pero solo una Verdad. La Verdad es que los porcícolas nos quemaron un almacén que teníamos los calabaceros, porque habíamos empezado a organizarnos. Y el fuego se extendió, y…

—¡Mentira! —clamó otra voz ancestral desde otro rincón. Era la abuela Primitiva, la más vieja del pueblo y porcícola por los cuatro costados—. Si pudiera levantarme te arrancaba las orejas, Salvador. Todo el mundo sabe que fuisteis vosotros los que provocasteis el incendio, porque queríais extender vuestros malditos huertos a costa de las encinas, de los alcornoques, de la dehesa donde nuestros cerdos prosperaban…

—¡Los cerdos pisoteaban nuestros cultivos y se comían nuestras calabazas! ¡Y no fuimos nosotros!

—¡Ese almacén era una caseta asquerosa, y estaba en mitad del paso! ¡Y no fuimos nosotros!

Justo en aquel momento entró corriendo la manada de nietos de José Antonio con ansia de macarrones. Y Allegra se sintió salvada por la familia Von Trapp.

23 de julio de 2016, 03:00h. Orilla del río Pleno.
Luna en cuarto menguante, suave brisa de poniente.

Sentado en la misma piedra donde días atrás santa Generosa había presidido la romería, Chaplin pensaba que el horario nocturno no tenía ninguna gracia en el campo. No se podía hacer otra cosa que pensar. Hacía tiempo que no sabía nada de Luna, aunque eso no era raro. Ella nunca llamaba por compromiso, o porque llevaran siglos sin hablar: solo llamaba cuando le salía del corazón, ella era así. Tampoco le gustaba organizar las vacaciones juntos, ni hacer planes más allá de la semana siguiente, porque cómo iban a saber lo que les apetecería, o incluso si no iban a preferir, llegado el momento, hacer algo cada uno por su lado. «Sobre la marcha», le había dicho ella cuando alguna vez propuso pasar un puente en algún sitio, comprar pronto los billetes, elegir el hostal, e ir sí o sí. Sacó su móvil y tecleó: *ke sepas ke si nos vuelve a pasar si tu no kieres ive x mi lo tenemos. solo contigo wapa. techo d menos lunera.*

23 de julio de 2016, 19:00h. Parque de El Retiro, Madrid.

Oído en la cola de una sala de microteatro: «Si todos los chinos saltaran al mismo tiempo, no cambiaría la órbita de la Tierra. De hecho, no causaría ni un temblor de grado uno».

Jimena sabía que no podía dejar tirado a su grupo, los ChupiZancos, pero se le hacía un mundo solo pensar en subirse al monociclo o lanzar el diábolo. A eso dedicaba todos sus sábados a partir de media tarde: a hacer malabares en El Retiro, arrancar sonrisas a sus pequeños espectadores, y luego pasar la gorra para que los padres echaran monedas.

Jimena no lo hacía, como los demás integrantes de ChupiZancos, por el dinero: con su sueldo en la consultora Moldy, Rank & Stale tenía más que de sobra, sobre todo viviendo en casa de sus padres. Y tampoco lo hacía por desafiarlos, aunque puesta a ser algo que ellos detestaran, saltimbanqui era una magnífica opción, casi al nivel de prostituta o feminista. Pero si fuera por desafiarlos, Jimena no lo estaría haciendo en secreto. No, la verdad es que hacía malabares porque solo entonces se sentía feliz y realizada: llenando las vidas de la gente de luz y de ilusión. Lo había descubierto quince años atrás, cuando entretenía a sus primos pequeños en sus fiestas de cumpleaños. Para cuando tuvo que elegir qué carrera estudiar, ya sabía que lo suyo era el circo. Pero ni se le pasó por la cabeza decirlo en casa, y en vez de eso se matriculó en ESADE.

Odiaba su oficina impersonal en un edificio inteligente; odiaba vestirse con tonos sobrios y llevar un peinado discreto y odiaba manejar tablas de Excel. Le gustaba estar al aire libre y vestirse con ropa de todos los colores y llevar dos graciosas trenzas postizas como de Pippi Calzaslargas (el maquillaje de *clown* no es que le gustara, lo usaba solo para que nadie la reconociera) y lanzar al aire aros y pelotitas. Le gustaban los ponis, los campos de girasoles y los niños. Bueno, los niños le habían gustado hasta ese momento, pero cuando finalmente se armó de valor y llegó al lugar donde solían actuar, junto al estanque de El Retiro, casi se desmaya al ver a tanto crío junto. O quizá lo que estuvo a punto de tumbarla fue el olor a cabra, a cuero a medio curtir, de los dos argentinos, la uruguaya y el chileno-alemán que formaban con ella ChupiZancos. Nunca hasta entonces la había molestado, se ve que era otro de los síntomas del embarazo. Estaba pasando la peor temporada de su vida, tanto física como moral.

Jimena era católica practicante y acudía a todas las manifestaciones en defensa del no nacido, pero ahora que era ella la embarazada sus ideales no le habían impedido tomar tres decisiones moralmente delicadas. Una, que iba a cenar todos los días tabulé, esa ensalada libanesa a base de perejil, porque se decía que el perejil era abortivo pero no estaba científicamente probado. Dos, que iba a montar a caballo todo lo posible, algo desaconsejadísimo en la web de *Ser Padres*. Y tres, Jimena pidió la intercesión de san Ramón Nonato, que le sonó el santo más adecuado, para sufrir un aborto espontáneo. A cambio prometió que no volvería a tener relaciones sexuales hasta su noche de bodas, o ni eso.

Sus tres decisiones, por el momento, no habían dado fruto. Quizá por remordimientos, quizá solo por la mala digestión de la preñez, había vomitado su primera cena a base de tabulé y no lo volvió a intentar. Luego, cuando llamó a su amigo Tuco Gil-Solá —que era jinete y tenía varios caballos en las cuadras del Club de Campo— le pilló en Sotogrande, precisamente participando con sus monturas en un torneo de polo. Así que solo quedaba confiar en la Providencia.

Mariela, la saltimbanqui más veterana, vio enseguida que algo iba mal. Rubén, otro compañero, estaba contándoles sus planes de irse al Albaicín en agosto, donde tenía unos colegas, cuando de pronto Jimena se giró con la sonrisa maquillada de payaso deformada por la ira, y agarrándole del moño —Rubén llevaba las rastas sujetas en un moño— le dijo que se callase de una vez y se concentrara, que el sábado anterior le había tirado las mazas demasiado alto. Esa no era la dulce y luminosa Jimmy —en ChupiZancos la conocían como Jimmy — que todos adoraban.

—¿Querés hablar? Te veo…, no sé —le dijo Mariela en un aparte. Jimena dijo que no, que lo que pasaba es que estaba un poco cansada. Cómo iba a decirle que el pobre Rubén de pronto le había recordado al tipo miserable que tenía la culpa de su inminente maternidad.

—Vos lo que estás es como ansiosita… ¿Tomás pasionaria?

—¿Qué?

—La yerba, pasionaria. Divina para los nervios. Justo acabo de comprar. Mirá.

Y como Jimena vio que la etiqueta ponía *Passiflora*, no Pasionaria, aceptó probar la infusión que le hizo Mariela con el agua del termo que llevaba para su mate.

Tal vez estaba embarazada y sus plegarias funcionaron. Quizá fuera psicosomático y el retraso se debiera a los nervios, y lo que funcionó

fue la pasiflora relajante. Tal vez fue una combinación de las dos cosas. Pero al día siguiente Jimena, que jamás había recibido con tanto entusiasmo su menstruación, dio gracias en misa a primera hora, y a Mariela por WhatsApp poco después, y se dispuso a retomar su vida en el punto en el que la había dejado aparcada aquella aciaga noche de los gintonics.

25 de julio de 2016. 18:00-21:00h. Finca Los Tercios.

Fiesta de Santiago Apóstol, Patrono de España.

El botafumeiro de la catedral de Santiago de Compostela pesa 53 kg, mide 1,50 m, cuelga de una cuerda de 20 m y alcanza los 68 km/h en su balanceo. Se necesitan ocho hombres, llamados tiraboleiros, para moverlo.

Dos todoterrenos habían recogido esa tarde a tía Asun. En uno viajaban Tristán Dosbarros y su octogenaria tía Piruchi, ataviada con un sombrero de paja con plumas de color verde lima. En el otro, un imponente Hummer con cristales tintados, no se sabía.

—¿Llevas escolta? —le había preguntado la tía Asun a Tristán mientras él la ayudaba a subir y plegaba la silla de ruedas.

—No es un escolta. Es un mafioso ruso importantísimo —le había aclarado Piruchi.

—Es un hombre de negocios, tía, y es checheno.

La tía Asun miró a Piruchi con cara de «Pues vaya gentuza con la que se junta tu sobrino», y la otra se encogió de hombros con cara de «Son otros tiempos»; después pidieron a Tristán que bajara el aire, que hacía un frío pelón, y Piruchi encendió un pitillo. De camino a Los Tercios se fumó catorce. Cuando llegaron y abrieron la puerta, emergieron de entre una nube de humo como bomberos al rescate ante un edificio en llamas. Esperando a ser rescatados estaban José Antonio, su mujer Victoria, sus hermanos Pelayo y Elvira y su sobrino Yago, que a duras penas disimulaba lo ofendido que estaba porque nadie le había felicitado la onomástica —y eso que era el Santo Patrón de España y habían ido a misa esa mañana, y todo—. Pili Fernández-Frago y sus cuñadas, Regla McMahoney y Terita Álvarez de Cala-Simón, habían declinado la oferta de acompañarlos: tenían la tensión por los suelos y había mercadillo de antigüedades en Béjar. El comité de recepción de Tristán había salido de La Piara nada más merendar, comentándole de pasada al Mesas, por si *esos otros* le interrogaban, que iban a dar un paseo.

Ellos también sintieron curiosidad por el segundo todoterreno de cristales tintados, y más cuando un gigante con camisa negra y la nuca más gruesa que hubieran visto nunca se bajó del asiento del conductor y abrió la puerta trasera. Asomó una canilla blanquísima y robusta, rematada en una bota campera, y luego unas bermudas de camuflaje militar, y luego el logotipo de Nike sobre un tórax de barril embutido

en una camiseta negra de tirantes, y por fin la cabeza rapada de, según dijo Tristán cuando se acercó a saludarlos, Ruslan Mamayev.

—Es un mafioso ruso —dijo tía Asun a su familia, creyendo susurrar.

Tras dar la mano con mucha corrección a todos los presentes, lo que les hizo suponer que entendía poco español, Mamayev se giró hacia el maletero del que su chofer y, ese sí, guardaespaldas, había sacado unas cuantas armas de fuego. Se echó una al hombro y, palmeando la espalda de Tristán, preguntó «dónde conejos».

Al parecer, era el socio capitalista de los últimos negocios de Tristán, que había creído buena idea llevárselo a conocer la finca. Como Mamayev tenía otros muchos socios españoles proponiéndole cosas, Tristán le mencionó un descaste de conejos para tentarle. Con un par de llamadas a las personas adecuadas consiguió demostrar que había demasiados en la zona, y le habían dado permiso para matar unos cuantos. Él mismo se había llevado su escopeta.

—Mejor a la puesta de sol —intervino Pelayo—, que es cuando salen de las madrigueras para alimentarse.

La tía Asun suspiró ante la obviedad, agravada por el hecho de que Pelayo hubiera vocalizado mucho y se hubiera llevado la mano a la boca juntando los dedos en gesto de «comer». Era una precaución innecesaria: Mamayev vivía desde hacía mil años en Marbella y entendía perfectamente el español, aunque lo hablara poco. De hecho, no hablaba mucho en ningún idioma porque tendía al laconismo.

—Sí, mejor damos una vuelta primero, y vemos la finca —había dicho Tristán.

Elvira se había pintado los labios y llevaba una camisa amarilla un botón más abierto de lo que solía. Estaba muy emocionada con la idea de la caza. Tristán y ella se conocían de hacía mucho, de cuando su marido Santiago estaba vivo y Tristán estaba casado. A ella siempre le había parecido un señor muy agradable. Y seguro que si se iban a asociar iría mucho por Los Tercios, y ella podría rondar por ahí y servir las copas de antes de cenar, y a partir de ahí quién sabe. Ya les había anunciado a sus hermanos que quería involucrarse mucho en el negocio, que ella pensaba usar como un Tinder cinegético: una cosa de ligar pero con gente bien, empezando por Tristán. Por supuesto que no es que estuviera ansiosa por casarse otra vez, pero él estaba forrado, ella a la quinta pregunta, y puede que Yaguito necesitara un padre. O ella necesitara compañía cuando Yaguito se casase y se fuera de casa. Porque seguro que se iba a casar.

Tristán le lanzó una sonrisa y ella, ya viéndose como la señora de Dosbarros, anfitriona de selectas monterías, aminoró el paso, fingió resbalarse, y comentó que no había elegido el calzado adecuado para andar por esas cuestas. Confiaba en que su futuro marido le ofreciera el brazo, pero allí estaba Yaguito para decirle que él ya se lo había advertido y agarrarla firmemente del codo como hacía con la tía Asun antes de que se autoconfinara a su silla de ruedas.

Mientras paseaban, Pelayo había ido desgranando con entusiasmo las virtudes de cazar en Los Tercios. Además de ir señalando las huellas, las cacas y las bolas de pelo, prueba fehaciente de la riqueza cinegética del lugar, les hizo ver que la finca era ondulada, no quebrada, que como todos sabían era mucho mejor; y que tenía mucha agua en las charcas aunque el río estuviera medio seco, y que encima estaba a la misma distancia de Madrid que de Lisboa y que las carreteras eran buenas.

Todos asentían complacidos.

—Pues si tenemos los bichos, el terreno es bueno, y está en buen sitio, ya lo tenemos todo —le dijo Elvira a Tristán, soltándose del pelma de su hijo.

—Bueno, todo… —matizó José Antonio—. Ahora habrá que comprar un par de camionetas *pick up*, y que rehabilitar el molino para contratar a un guardés, ¿no?

Tristán les dijo entonces que, si realmente querían sacarle un buen rendimiento a la finca, tendrían que explotarla a lo grande. Montar una escuela de tiro para la cantidad de nuevos…, iba a decir ricos, pero se contuvo mirando a su socio checheno, y dijo nuevos adeptos a este deporte que querían aprender; y contratar una empresa de ingenieros agrónomos para llevar el control de los animales. También sería buena idea tener taxidermista propio, y armas y munición de distintos calibres para quienes no viajan con sus escopetas; y construir una nave para las comidas y otra para exponer los trofeos.

—¿Una nave toda con vitrinas, como la sala de trofeos del Real Madrid? —preguntó Yaguito.

—Trofeos de caza —le aclaró su madre. Pero como Yaguito dijo que sí, que claro, que no iban a ser de fútbol, Elvira se vio obligada a reaclarar que eran los animales muertos, lamentándose porque Tristán hubiera oído semejante muestra de incultura cinegética.

—Uy, Jesús, qué gore.

Tristán y Pelayo siguieron diciendo que nada como constituir una sociedad entre los Santamaría, Tristán y Ruslan, si todos se ponían de

acuerdo en los detalles.

—¿Y con vuestros coherederos qué hacemos? ¿Querrán participar?

José Antonio dijo que era mejor comprarles su parte. No quería ni imaginarse a esa panda de horteras comunistas entre la distinguida clientela cazadora de Los Tercios. Tristán preguntó a Ruslan si se había dejado algo por comentar, o si quería añadir algo.

—Helipuerto —fue lo que añadió.

—Hará falta un helipuerto, sí, para facilitar el acceso. Ahora mucha gente va a cazar en helicóptero —desarrolló Tristán.

—Pista aviones.

—Y una pista de aterrizaje para los que vengan en avión privado, sí —siguió desarrollando.

—Palacio.

—Sí, bueno, charlando con Ruslan comentábamos que, claro, lo cómodo para la gente que venga a cazar es quedarse a dormir en la finca. Y para nuestro mercado potencial, que son los… sobre todo los extranjeros que…

—Los rusos —le aclaró Piruchi a Asun, por si su amiga se imaginaba codeándose con McLeods escoceses, Valois-Dampierre franceses y Van Kraschmers de Holanda. A Elvira se le cayó el alma a los pies.

—Sí, para los ciudadanos del Este tiene más tirón un edificio un poco…

—Señorial y representativo —ladró Mamayev.

—Bueno, ya nos entendéis, un sitio con historia —tradujo Tristán.

—¿Con historia? ¿Pero no vamos a construirlo ahora? —preguntó José Antonio, totalmente confundido.

—Sí, pero mejor que parezca antiguo, hombre. Como no entienden mucho, cualquier cosa nos vale: se pone un portón de anticuario, un escudo de piedra en la fachada…

—¡El de los Santamaría ni de broma! —dijo tía Asun—, ¡que ya os veo poniendo cúpulas y torreones y más columnas que en la casa de *Lo que el viento se llevó*!

—Qué bonita es esa película —intervino Yago—, y qué bien trabaja Vivien Leigh.

—Piscina cubierta —siguió desgranando Mamayev.

—Para las familias que acompañan a los cazadores, claro, que tengan algo que hacer —asumió Elvira.

—No familias. No nada para niños. Ninguna cosa. Niños no —empezó a decir Mamayev, y Tristán lo cogió del brazo y lo alejó unos pasos, para llevarlo junto a José Antonio.

—Es que Ruslan ha pensado que, en realidad, lo más rentable es que vengan señores solos a cazar, tú me entiendes. Se amplían las posibilidades de negocio, porque así…

—Traigo chicas que tengo.

José Antonio notó que se le tensaban los músculos del cuello. Victoria lo vio desde donde estaba y le comentó a la tía Asun que no hacía tanto calor para ser julio, y que qué valiente Elvira ponerse de amarillo, que se la iban a comer viva los mosquitos, que qué curioso que los mosquitos pican a una gente sí y a otra no y ella tenía la suerte de que no le picasen. Vio por el rabillo del ojo que José Antonio se dirigía hacia Pelayo como una flecha y sintió que su alarma de conflictos pitaba como loca.

—¿Pero tú sabes lo que quiere montar este macarra? ¡Una casa de putas con la excusa de la caza!

—No exageres, José Antonio. Es un servicio añadido. Si de putas se van a ir de todas formas, pues mejor tenerlas aquí que…

—¡No vamos a invertir en una casa de putas!

—Que no, que eso es lo bueno. Nosotros solo ponemos la finca, y el resto lo pone el ruso, si le convencemos.

—¿Lo pone todo?

—Todo. Los todoterrenos, los ingenieros, la escuela de tiro, los guardas, el helipuerto, los *jacuzzis*, las escopetas, las rehalas, el taxidermista. Bueno, y las putas.

—Nosotros solo ponemos la finca.

—Sí. Y un anfitrión. El dueño de la finca tiene que desayunar con los cazadores, y escucharles las batallitas por la noche, ya sabes.

—¿Y eso quién lo va a hacer?

—Elvira decía que ella quería involucrarse…

—No me toques los cojones, hombre. Vas a dejar a tu hermana sola con una panda de rusos asilvestrados. Si acaso tú.

—Uy, no, yo no puedo que tengo mucho lío. Mira, cogemos a un parado, le ponemos una gorra y una Teba, decimos que es el conde de Alhorín y que viva en una parte reservada del palacio antiguo ese.

José Antonio iba a decir algo sobre la situación de desempleo de Pelayo, cuando se oyó una pequeña detonación y el sombrero verde lima de Piruchi salió disparado varios metros. Ante el estupor del resto, en una milésima de segundo Mamayev se había tirado al suelo y su guardaespaldas cargaba contra unos matorrales. Volvió al instante con Gonzalo, el nieto mayor de José Antonio, agarrado del cuello y pataleando en el aire. Victoria gritó, todos gritaron, pero nadie hizo

nada salvo otro niño, cubierto de barro hasta las orejas, que apareció de entre las matas, se lanzó sobre la pantorrilla del guardaespaldas y le clavó los dientes con la tenacidad de un podenco agarrado a un jabalí. El tipo se lo intentó sacar de encima de una patada, pero no hubo manera: el atacante no soltaba su presa. Al momento, una decena de pequeños Santamaría salieron de entre los matorrales para ayudar a Ganges —pues era Ganges— en su desigual combate. Los mayores intervinieron para poner paz. Por fin Ganges abrió las mandíbulas, y un Gonzalo lloroso pudo contar que creía haber abatido a un loro y solo quería cobrar su pieza.

Mamayev lo encontró todo muy divertido y dijo que loro no, que feo sombrero con plumas. Piruchi dijo que para feo, él. Tristán alabó la valía de Ganges como perro de agarre y le dijo al guardaespaldas que tranquilo, que seguro que no tenía la rabia. Ganges dijo que no sabía, que no estaba vacunado de nada porque sus padres no creían en eso. El guardaespaldas se cagó en sus muertos en ruso. Victoria dijo que se estaba poniendo el sol y pronto refrescaría.

Y eso les recordó que tenían que ponerse con lo de los conejos, plan al que todos los niños se apuntaron con gran regocijo y que mandó a Yaguito para La Piara, porque no soportaba los ruidos fuertes, dijo, pero la verdad era que le parecía pas-mo-so que nadie le hubiese felicitado el santo.

Fue un buen lance, lo pasaron muy bien, y Mamayev hasta le prestó a Ganges, para que pegara su primer tiro, su semiautomática Baikal MP-153 que, como dijo tía Asun, era un arma formidable. El niño mató un conejo que se colgó del cinturón, y se quedó encantado cuando le hicieron novio: pensó que sería ir de la mano con otro, pero solo le embadurnaron la cara de sangre.

25 de julio de 2016. Hora de la puesta de sol, 21:33. Finca La Chamusca de Alhorín del Cerro.

Trigésimo octavo cumpleaños de la británica Louise Brown, la «bebé probeta», primera persona nacida mediante la técnica de fecundación *in vitro*.

Por fin había llegado el gran día. Estaban sobre un ligero altozano desde el que se dominaba la finca entera, todos vestidos de blanco de la cabeza a los pies. El sol iba a ponerse, y esperaban el glorioso momento en que el astro rey tocara la línea del horizonte agarrados de las manos, como los protagonistas de una ópera *rock*: Jean Pierre y Ravi, Allegra y Chaplin, Miren Lafuente y su bebé lactante, y Mimí Larousse con Swami Chaudhuridutta. La Chamusca lucía hermosa y, más importante aún, tan natural que podían creer que eran los únicos habitantes de una tierra aún no explorada. Ahí ninguna interferencia vibracional afectaba el Karma, solo una refrescante brisa de poniente les alborotaba un poco el pelo.

Jean Pierre y Ravi habían hecho unas cuantas caminatas buscando el lugar ideal para presentar su proyecto. Lo único que lamentaban era que Ganges no los hubiera acompañado tanto como les habría gustado. Pero ellos eran unos padres muy partidarios de que cada cual encuentre sus centros de interés sin coacciones, y Ganges había demostrado desde su más tierna infancia ser un niño muy autoconsciente con una tendencia natural a la introspección responsable y al compañerismo generoso, o sea que si había elegido quedarse jugando con los otros niños del hostal y los del pueblo, debían respetarlo: seguro que su hijo sería una buena influencia para todos ellos.

Estaban seguros también de que su esfuerzo para encontrar la atalaya perfecta merecía la pena. Era muy importante que sus invitados recibiesen toda la energía del paisaje mientras les explicaban las diferentes partes de su ashram y dónde estarían ubicadas. Confiaban en que llegaran a visualizarlas con la misma claridad y entusiasmo que ellos dos: aquí la sala de meditación y enseñanzas, allá las de tratamientos, enfrente el estanque con flores de loto, detrás las cabañas residenciales, el huerto, los árboles frutales, las especias, las plantas aromáticas, los panales y, un poco más apartada, lo que iba a ser su seña de identidad: «La bellota esencial», un taller donde se fabricarían productos a base de bellota con métodos anteriores a la

revolución industrial. Porque el fruto autóctono de La Chamusca, las bellotas de sus bosques de encinas centenarias, era de una calidad inmejorable y había que aprovecharlo para fusionarse con el ciclo natural. Además, como todo el mundo sabe, las propiedades curativas de la bellota silvestre son tan completas como sus posibles transformaciones: harina, infusiones, cremas, jabones, grageas, aceites…

—¡No nos pasemos! —había saltado Allegra, cuando Ravi propuso introducir las cáscaras de bellota en su plan de negocio ayurvédico (al parecer una bolsa de tul llena de cáscaras era un perfecto sustituto del nocivo jabón de lavadora).

Allegra era muy de respetar que cada uno hiciera con su Karma lo que le saliera del mismo. Y si alguien quería que le restringieran la electricidad, el wifi, seguir la misma dieta base que las ardillas, restregarse con hierbajos bajo la ducha, o lapidar su ropa con cáscaras, vale. Pero ¿qué negocio iban a hacer ellos con eso?, ¿cuánto se paga para vivir como en el Pleistoceno, pero sin el aliciente de que pueda pillarte un mamut y dejar de sufrir?

Jean Pierre le dijo que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, que hoteles de lujo con *spa* y tratamientos hay un montón, que lo que sus inversores y clientes querían era esa pureza primigenia que sanaba y que, por cierto, era muy cara de conseguir y más de mantener. Después hizo un discurso con palabras como Sátvico, Vegano, Panchakarma y Seva, y lo remató asegurando que lo que en realidad pasaba era que no confiaba en él, igual que Carlos, que nunca entendió su giro vital y…

—Me has convencido —lo paró Allegra que, a pesar de todo, no podía soportar que se cuestionara que Carlos hubiese sido el mejor padre del mundo.

Pero Jean Pierre conocía muy bien a su media hermana, sabía que aguantaría hasta que no pudiese aguantar más: unos cinco minutos aproximadamente. Así que le apretó un poco las tuercas poniéndose sentimental. Le dijo que a sus casi setenta años y después de la muerte de Carlos se sentía un poco patriarca («No pongas esa cara»), que Ravi era muy joven y Ganges aún muy pequeño, que el ashram podía ser su legado para todos los Ochoa, que además estaba cerca de donde el abuelo Damián había dado su vida y donde Carlos pasó su infancia y estaba enterrado, y que le parecía una bonita manera de cerrar su ciclo cósmico.

—Créeme, lo tengo todo bajo control —mintió, y la dejó con la boca

abierta.

En realidad aún no estaba todo bajo control, faltaba la pieza fundamental: no hay ashram sin un auténtico Vaidya Maestro Swami que lo avale. Jean Pierre no volvió a hacer una respiración completa de diafragma hasta que Mimí llamó con la gran noticia:

—Swami Chaudhuridutta me ha dicho que sí, que me acompaña a ver tu finca. Si le gusta y acepta, te lloverán millonarios.

Jean Pierre le debía a Swami Chaudhuridutta la vida maravillosa que tenía. A él y a Mimí, claro, que fue la que lo mandó a Rishikesh cuando le dio aquel jamacuco tan malo. A los cincuenta y tantos años se le vino el mundo encima sin previo aviso; así, sin más. Jean Pierre era director del Servicio de Urgencias de un hospital madrileño y adoraba su trabajo. Pero un día, a media mañana, yendo de su despacho a uno de los boxes, en mitad de un pasillo le dio el ataque: visión borrosa, palpitaciones, temblores, desorientación… El pitido de la sirena de una ambulancia lo noqueó definitivamente. Resultado: baja laboral por una depresión que nadie había visto venir. Ni su padre. Carlos le consiguió el mejor psiquiatra especializado en estrés, pero no sirvió de mucho. Así que un día apareció Mimí, le hizo una maleta con cuatro cosas y lo acompañó a Rishikesh, la puerta del Himalaya y la capital mundial del yoga. Lo dejó en el ashram de Swami Chaudhuridutta, su maestro de toda la vida, y se fue. En Rishikesh Jean Pierre dio un giro de ciento ochenta grados.

Y ahora allí estaba, al lado de Swami Chaudhuridutta cantando el mantra de la compasión. Porque cuando el sol rozó el horizonte, el maestro abrió la boca y, como arrancándoselas de las entrañas, empezó a cantar las sílabas sagradas: *Om Mani Pädme Hum*. Y todos le acompañaron, en los cantos y en la serie de postraciones de agradecimiento que el Swami inició a renglón seguido.

Miren Lafuente se esforzaba todo lo que podía por no perder el ritmo, a pesar de llevar atado en bandolera sobre su pecho a su bebé de seis meses que mamaba tan pancho. Pero Miren Lafuente también era Madre Pistilo, el nombre de luz que le fue revelado unos años antes durante un taller de danzas sufíes y peyote en México, y estaba dispuesta a demostrar al mundo que una mujer lactante puede seguir su vida con el bebé incorporado, que se convierte en un apéndice natural. Así que había seguido dirigiendo la Asociación de Zahoríes y Sanadores de terrenos sin interrupción, porque no pensaba dejar de ser la *influencer* más influyente del mundo vegano europeo. Le había costado lo suyo, pero donde ella meaba crecía amor a la tierra y

mucho dinero. Por eso tocaba el suelo con la frente y volvía a ponerse en pie una y otra vez, sin permitirse flaquear: no todos los días se tiene la oportunidad de hacer postraciones con alguien que está en una frecuencia vibracional tan superior como Swami Chaudhuridutta. Aunque la verdad era que se la veía sufrir como una condenada; así que, cuando al llegar a la duodécima postración el apéndice natural le vomitó en todo el escote, Madre Pistilo se sentó.

Allegra ya llevaba un buen rato sentada, echando de menos su paquete de tabaco. Después de postrarse tres veces había considerado que ya estaba más que servida, que en su vida se había postrado tanto sin obtener compensaciones sexuales. Miraba a Chaplin un poco alucinada: el chaval parecía estar en un trance feliz. Con Mimí y Swami Chaudhuridutta formaban un trío perfectamente sincronizado. Allegra pensó que sería porque a su hijo le costaría poco dejar la mente en blanco, había poco que desalojar. Fuera lo que fuese, la verdad era que Chaplin se sentía fluir como si hubiese fumado un par de porros de la mejor maría. Aquello molaba. Lástima que lo del ashram parecía que lo hubiese planificado Isidro, que si no, igual se apuntaba. Pero Ravi le había enseñado el horario que pensaban instaurar y la cosa quedaba descartada: a las 7 de la madrugada había que formar para empezar el día con hora y media de Panchanga Yoga. Y eso, por mucha pachanga que fuera, estaba seguro de que le sentaría fatal.

—Niño, tienes que aprender a seguir el ritmo de la naturaleza —le había dicho Ravi haciéndole una carantoña—, con lo guapo que eres, en tres meses te dejábamos como un modelo de pasarela. Y con luz propia.

—Avísame cuando hagáis horario nocturno —había contestado Chaplin. Pero después de aquello, igual se lo replanteaba.

Quien se estaba replanteando algunas cosas era alguien que los observaba en secreto tras unos matorrales. Santiago Sarasota Fernández-Frago, Yaguito para su familia, se había topado con aquel espectáculo cuando iba de vuelta a La Piara. Aquello era algo que jamás había visto: esas túnicas de lino de primera calidad tenían una caída impresionante. Y, de entre todos, quien mejor la lucía era sin duda aquel hombre joven de piel oscura que tenía una elegancia natural, una estructura ósea perfecta y una mirada superinteresante.

Ravi tocó el suelo con la frente por vigésima quinta vez, y miró a Jean Pierre emocionadísimo. ¡Veinticinco ya! Cuantas más postraciones, más vehemente era el interés de Swami Chaudhuridutta

por su proyecto.

Fue entonces cuando a Jean Pierre le pareció oír algo a lo lejos, ¿eran detonaciones?, ¿era un motor?, ¿qué era? Era el fin del mundo.

Un todoterreno Hummer con los cristales tintados apareció por donde acababan de visualizar los huertos y los árboles frutales, el jardín aromático y el de especias (¡adiós alimentación vegana y sátvica!), después saltaron por los aires los panales (¡adiós própolis, jalea y velas!) y del taller «La bellota esencial» no quedó nada (¡adiós a fusionarse con el ciclo natural!).

Para acabar de rematar sus sueños, al vehículo se le atoró una rueda justo donde estaría el lago con los lotos sagrados (¡adiós a la expansión del espíritu!), y con el motor hiperrevolucionado empezó a dar vueltas sobre sí mismo levantando tierra en todas direcciones y con tanta fuerza que salpicó las ropas blanquísimas de Ochoas y acompañantes, dejándolos convertidos en una camada de dálmatas (excepto a Mimí, que de forma incomprensible siguió luciendo un sari impoluto). La guinda la puso Ganges, que emergió de repente con la cara ensangrentada del techo solar abierto del todoterreno, apuntó al cielo con un fusil y disparó.

Una perdiz cayó sobre la nuca de Swami Chaudhuridutta, que estaba en la vigésima octava postración.

—Este niño es un portento —se oyó decir dentro del coche.

25 de julio de 2016, 23:00h. Habitación número 6 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa, de Alhorín del Cerro.

Del acervo deportivo: «El fútbol es así, unas veces se gana y otras se pierde».

Jean Pierre estaba echado, desnudo y doliente, otra vez afectado por el estrés. Tenía agujas de acupuntura por todas partes, pero Mimí seguía encontrando huecos para insertarle unas cuantas más. Ganges estaba al pie de la cama, aún con la cara ensangrentada y lleno de barro. Del cuarto de baño, donde Ravi estaba llenando la bañera, llegaba un intenso aroma a sándalo.

—Anda, acércate —le pidió Jean Pierre por cuarta vez a su hijo.

Y por cuarta vez el chaval se quedó mirándolo con las manos en los bolsillos. Jean Pierre lo volvió a intentar con el mismo tono calmado:

—Ganges, quiero que pienses en lo que ha pasado hoy. Papá Ravi y yo creemos que tú no eres así. Pero lo más importante es lo que pienses tú.

Allegra, que estaba sentada en una silla a la cabecera de la cama, se puso en pie. Hacía rato que se debatía entre darle a su sobrinito el beneficio de la duda —el pobre chaval igual estaba paralizado al ver a su padre como un puercoespín—, o darle un empujón y hundirle la cabeza en la bañera. Por su cara parecía que se había decidido por la segunda opción o así lo temió Jean Pierre, que levantó su mano acribillada para detenerla y señalarle una de las enseñanzas de Buda que Ravi, en sus esfuerzos por fengshuizar la habitación, había colgado en lugar del cuadro del payaso psicópata que había antes.

Decía Buda: *Primero, habla con verdad. Segundo, no te dejes dominar por la cólera. Tercero, da aunque tengas muy poco que dar*. Allegra leyó y asintió, y Jean Pierre asintió también, como un profesor ante su mejor estudiante. Que ella, de natural iracundo, admitiera que no había que dejarse dominar por la cólera era un paso importante.

La verdad era que Allegra se había quedado más con el tercer consejo: lo de dar. Rebuscó en sus bolsillos y, afortunadamente, encontró un par de billetes de diez euros. Sin que nadie más se diera cuenta, blandió uno de ellos en el aire. Ganges lo captó inmediatamente, pero siguió sin inmutarse. Allegra le mostró un puño cerrado, no en una exaltación del comunismo familiar precisamente, y añadió el otro billete. Entonces Ganges, como si le hubiesen dado cuerda, se acercó a Jean Pierre, le cogió la mano y dijo:

—Sí, papá. Lo pensaré.

Y repartió una tanda de abrazos antes irse hacia la puerta del baño donde lo esperaba un Ravi muy conmovido.

—*Mon petit-fils est un Dieu d'Amour* —murmuró Mimí.

—*Oui, oui* —dijo Allegra, que en su abrazo correspondiente había perdido los veinte euros. Pero los dio por muy bien empleados, al fin y al cabo todo había acabado bastante bien.

Swami Chaudhuridutta fue el que mejor se lo había tomado. Sin duda demostró ser un maestro. Su actitud absolutamente Seva los protegió de la nociva energía Damásica que el episodio del coche había esparcido a su alrededor. Después de enterrar compasivamente la perdiz, volvieron casi a oscuras hasta donde habían dejado sus coches, murmurando el mantra al ritmo de sus pasos.

Al llegar, Chaplin dijo que prefería volver hasta el pueblo andando. Se despidió con un «namasté» y se metió con urgencia una mano en los *slips* cuando ya nadie le veía. Sacó el móvil —las ropas de algodón impoluto que le dieron no tenían ni un bolsillo y no le quedó más remedio que guardárselo ahí—, y lo puso en marcha. A pesar de los mantras y las postraciones, su Karma no había mejorado en nada: Luna seguía sin responder a su amoroso *whatsapp*. Y él seguía hundido en la miseria.

En cambio, todos los demás se sentían renovados. Swami Chaudhuridutta dijo que si un simple paseo por La Chamusca era capaz de sanarlos, a pesar de la terrible experiencia que acababan de vivir, estaba dispuesto a ser el Vaidya Maestro Swami de su ashram. Después puso las manos en la cabeza a Jean Pierre y se subió al asiento trasero del coche de Miren. Un artilugio de colores, la versión de Maxi-Cosi más sofisticada del mercado, albergaba al bebé, que seguramente también, gracias a la vibración en frecuencia superior de Chaudhuridutta, se había repuesto de sobresaltos y vomitonas y dormía como un bendito. Miren abrazó a Ravi y le dijo que pondría manos a la obra para buscar inversores en cuanto llegara a Bilbao. Que fueran tanteando a los del safari para comprarles su parte, pero que no dijeran ninguna cifra hasta que ella chequeara con sus contactos. Y que cuidaran de Jean Pierre, que parecía estar al borde del síncope.

25 de julio de 2016, 23:37h. Aparcamiento del Hostal La Piara, cama y comida como en casa, de Alhorín del Cerro.

Cláusula suelo hipotecaria: «En ningún caso el tipo de interés nominal anual resultante de cada variación podrá ser superior al 12,50 % ni inferior al 3,50 %».

Que todo hubiera salido bien —y esto incluía haberse librado de la tía Asun antes de que amenazara con cambiar su testamento por cualquier ofensa imaginaria—, hubiera tenido que hacer muy felices a los Santamaría, que veían alejarse los todoterrenos con el checheno desde el parking de La Piara. Pero la deliciosa brisa de poniente estaba cargada de tensión, de un algo incómodo y difícil de definir pero que Victoria detectó inmediatamente. Dijo que iba a vigilar que los niños se duchasen y se pusiesen el pijama y que hacía una noche muy buena y que cuántas estrellas se ven en el campo, y se refugió en el hostal dejando solos a los tres hermanos.

Pelayo carraspeó y le dijo a José Antonio que aquello era muy buena señal, que solo quería decir que se lo había pasado bien y se sentía optimista. Así es como lo demostraban ellos, ¿no se acordaba de Brezhnev?, no significaba nada. Pero José Antonio no conseguía recuperarse: «Ruso, chuloputas, macarra y maricón», rezongaba.

Elvira tampoco se recuperaba: Tristán, antes de subirse al coche, le había dicho «me ha encantado verte, Pili». Y como su hermana Pili le sacaba diez años y se le notaba mucho, que la confundiera con ella después de toda una tarde juntos le parecía mucho más trágico que el beso en los morros que le había plantado Mamayev a José Antonio al despedirse. ¡Encima se había olvidado de que era el santo de Yaguito y de su pobre Santiago! ¿Y para qué? Haciendo un esfuerzo sobrehumano se repuso de su desencanto y culpabilidad para preguntar a los otros cómo había ido la cosa.

Al parecer, bien: entre disparo y disparo, y tiro y tiro (el checheno resultó ser un cocainómano contumaz), los señores habían llegado a un acuerdo: los Santamaría aportarían Los Tercios, Tristán sus contactos y su *know how*, y Mamayev los quince millones de euros que costaba montar todo el tinglado. Como los beneficios irían a partes iguales, era hasta cierto punto justificable que José Antonio se hubiera dejado besar en la boca.

—¿Pero de dónde vamos a sacar el dinero para comprar el resto de la finca? Vosotros a lo mejor podéis, pero yo, solo con mi pensión, si

ni siquiera llego a…

—Que ya, Elvira, que ya lo sabemos —la cortó José Antonio—. Pediremos una hipoteca, a ver si te crees que el sueldo de marino da para mucho. Lo primero es que el ruso firme la constitución de la sociedad y ponga su parte. En cuanto esté, compramos.

—¿Venderán? —preguntó Pelayo.

—Dejadlo de mi cuenta.

José Antonio pensó que iría hablando con el banco y tanteando a la roja esa, seguro que acabaría enredándola.

31 de julio de 2016, 01:50h. Explanada del Molino Lento, finca Los Tercios, conocida popularmente como La Chamusca.

En la etiqueta de un vino tinto: «De color cereza denso que resplandece al ser vertido. En copa emana aromas de crisantemos, gominolas, canela y chopo torrefacto. El paso de boca es intenso, largo y persistente».

Un resplandor blanquecino parecía bailar a la orilla del río, entre las sombras de la noche sin luna. Chaplin pensó si serían luciérnagas, que nunca había visto; o fuegos fatuos, en los que no creía; o el camello de Béjar, que le había vendido una cosa que no era. Se acercó con sigilo y espió el misterioso fenómeno desde detrás de una encina. Parecían serpientes de luz, y luego garzas remontando el vuelo, y de pronto un trébol, una ola, la veleta de juguete de un niño celeste.

Chaplin, hipnotizado, oyó en su interior las poderosas sílabas *Om Mani Pädme Hum*, y siguió acercándose despacio para no perturbar las luces prodigiosas que giraban, se enroscaban, se desplegaban ante sus ojos fascinados. Cuando estuvo a apenas unos metros creyó percibir una figura, el gran mago de la luminiscencia, que en su danza ancestral lanzaba heraldos nacarados a la brisa de la noche. No supo cuánto tiempo estuvo allí, subyugado por la magia, hasta que el gran mago tropezó, una ese luminosa cayó al suelo con un sonoro ¡clonc!, se oyó un «¡mierda!», y la silueta cayó de culo abrazada a su gurruño de líneas led.

—¿Jimena? —preguntó Chaplin, dándole un susto de muerte.

Efectivamente, Jimena había llegado a Alhorín esa misma tarde, a sacrificar el fin de semana más un día de asuntos propios —no le tocaban vacaciones en agosto—, y relevar a Victoria al cuidado de la camada Santamaría.

—Pero vete unos días a Comillas, mamá, a casa de los abuelos, que estás agotada —le había dicho nada más verla aparecer, sudando y con ojeras, tras una docena de críos chillones.

—Deja, deja, cómo voy a dejar a tu padre solo.

—Papá se apaña divinamente, y además ahora estoy yo.

Victoria tenía la íntima convicción de que si ella no estaba por ahí templando gaitas y soportando los gruñidos de José Antonio, entonces él se pelearía con todos y sería mucho peor. El papel de *punching ball* anímico no se lo podía encomendar a su hija: ya le tocaría hacerlo cuando se casase.

De muy buen grado Jimena puso orden entre sus sobrinos, cenó con su familia en La Piara y esperó a que todos se fueran a acostar. Su tío Pelayo le propuso en el último momento ir a tomar una copa a algún pueblo más animado, pero ella dijo que estaba agotada. Que ya se sabía el plan de su tío Pelayo: agarrarse una cogorza de órdago, hablarle de caza y golf y vomitarle en el coche a la vuelta. Vamos, que ni de coña.

Cuando dejó de oír ruidos en el hostal, Jimena condujo hasta la finca y sacó sus *buugengs* de detrás de los chalecos de emergencia del maletero (toda precaución era poca para ocultar su doble vida). El *buugeng* led, esas eses de luz que hipnotizaron a Chaplin, eran el último grito en malabares y se los habían regalado el resto de ChupiZancos por su cumpleaños. Seguro que habrían costado un pico, y que con ese gasto extra se habrían tenido que apretar aún más el cinturón en aquel minipiso que compartían con otros cuatro.

En Madrid, aprovechando la ausencia de sus padres, Jimena había ensayado todo el tiempo que no estaba en Moldy, Rank & Stale. Se moría de ganas de volver a El Retiro y enseñar a sus compañeros sus progresos, y no estaba dispuesta a que la breve estancia en Alhorín le hiciera perder práctica. Con lo que no había contado era con que el imbécil del rastafari con moño fuera a estar allí también. Pensaba que esos modernos se habían liberado del yugo burgués del veraneo familiar, y resulta que la primera noche, ¡zas!, en la frente.

—Qué susto —dijo ella, rechazando la mano que Chaplin le ofrecía para levantarla del suelo.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Estoy bien, gracias.

En la oscuridad de la orilla, solo el blanco de los ojos verde gris de Jimena y la dentadura de Chaplin reflejaban la luz de los *buugeng* led. Él preguntó si quería que la llevara a Urgencias, o algo.

—Que no me he hecho nada, te digo.

Chaplin seguía allí plantado mirándole la tripa, y ella cayó en la cuenta.

—Ah. No, no estoy embarazada. Además daría igual, ¿no? Hasta las catorce semanas vosotros decís que no está vivo.

—Joder, ya empezamos. Yo solo creo que las mujeres tienen derecho a decidir. Se llama libertad.

—Yo lo llamo asesinato.

—Pero cómo puedes ser tan intolerante y tan… facha.

—Lo mío es facha y lo tuyo democrático, ¿no? Vosotros sí que sois

unos intolerantes, con vuestros cordones sanitarios y vuestras chorradas.

—¿Nosotros? ¿Pero quién hostias somos nosotros?

Jimena dudó un momento.

—El rojerío en general —acabó diciendo, mientras se ponía en pie y se sacudía la tierra de los pantalones.

—Pues sí, soy de izquierdas. Me preocupo por la gente, por el bien común, por los más desprotegidos.

—Los más desprotegidos son los fetos que troceáis.

—Mucho preocuparos por los fetos para en cuanto nacen quitarles la escuela pública y recortarles la Seguridad Social.

—La Seguridad Social la puso Franco en los sesenta.

—¿Eso te lo han dicho tus padres o lo estudiaste en el colegio de monjas?

—Eso es verdad. Lo que pasa es que no tenéis ni idea porque no pensáis, no salís de los cuatro eslóganes trasnochados.

—¿¡Trasnochados, y lo dices tú!? La beata reaccionaria, la oligarca ridícula y casposa.

—¿Y tú? Jipi subvencionado, pedazo de cursi vago que no has dado un palo al agua en la vida.

—Eso, eso, insúltame, que es lo único que sabéis hacer la derecha.

—Eso y sacar a España de la crisis.

—Sí, claro, vuestra crisis que hemos pagado los demás, que os importa una mierda la gente que no gana dinero.

—Es que vosotros castigáis al que sí lo gana, venga a sacarle la pasta para gastarla en educación para la ciudadanía y cambios de sexo.

—¡¡Ahí no entres, Jimena!!

—¡Entro donde me da la gana! Que no se paga la ortodoncia, que la necesita todo el mundo, y no cuatro bolleras y dos maricones con crisis de identidad.

—Ni siquiera sabes qué sufrimiento te estás pasando ahora por los ovarios, pepera gilipollas. ¡Y homófoba!

—¡Papanatas, piojoso!

—¡Rubia de bote, ñoña!

—¡Alelado!

—¡Amargada!

Jimena apretó los puños.

—Pégame, venga, que así es como resolvéis las cosas, con violencia. —Se envalentonó él.

Jimena le arreó un guantazo que le temblaron las rastas.

—¿Y ahora qué, eh? ¿Ahora qué? —le dijo, mientras Chaplin la miraba muy serio. Él la derribó de un empujón y se sentó sobre ella, sujetándole los hombros contra el suelo.

—¿Ya te has quedado más tranquila, pija de mierda?

Ella se revolvió para quitárselo de encima, y consiguió agarrarle del moño y tirar hacia atrás con saña.

—Mucho más tranquila, podemita cabrón.

¡Qué a gusto se habían quedado! Se dejaron caer de espaldas y se quedaron tumbados, uno al lado del otro, sudorosos, jadeantes y con los corazones acelerados. Sus latidos se mezclaron con el croar de las ranas en la orilla, un rumor de agua lejano y el arrullo de las ramas de los árboles mecidas por la brisa. Se volvieron a la vez para mirarse. Chaplin le apartó el pelo de la cara, y ella le cogió la mano y la apretó contra su mejilla.

—Voy a quererte siempre —dijeron casi a la vez.

1 de agosto de 2016. Mediodía. Notaría de Alhorín del Cerro.

De la megafonía del aeropuerto: «Por su propio interés, rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento».

Alfredo devolvió la fotografía al marco de plata que tenía en la mesa de su despacho, ese que habían conseguido con los puntos nómina del BBVA. En ella se veía a una Carmen mucho más joven, vestida con el uniforme de McDonald's y fingiendo que cantaba ante el micro de los pedidos. Era su primer día en el primer trabajo alimentario que cogió cuando decidieron que él se presentaría a notarías. Tenía que haber sido el único, pero como iba suspendiendo convocatoria tras convocatoria le siguieron el *call center* de Grúas Pancol, repartidora a domicilio de Pizza Chuta, teleagente de Seguros Santa Pía y dependienta de Bershka en las temporadas vacacionales del personal fijo. Alfredo sentía que le estaba fallando igual que entonces: no la había dejado embarazada en la primera convocatoria, ni en la segunda, ni en la tercera, ni… Por eso aquella mañana habían ido a la clínica Fertix, especializada en reproducción asistida.

—Solo para asegurarnos de que todo está bien, cari —le dijo Carmen.

Alfredo, con la mano en el pomo de una puerta con un letrero que decía *MASTURBATORIO*, en letras mayúsculas y demasiado grandes, le había pedido a Carmen que entrara con él. Pero ella ya iba hacia la salida con el llavero en la mano, que se les había acabado lo que habían puesto en la zona azul y tenía que sacar el coche.

—Hala, cari, disfruta pero no te acostumbres, a ver cómo va a estar una a la altura de semejante despliegue.

Así que Alfredo entró solo y puso la foto de Carmen, con su gorra de McDonald's calada hasta las cejas, entre las de todas las chicas explosivas disponibles (y algunos chicos e incluso animales) en todos los formatos analógicos, digitales y cuánticos inventados. Aquella misma tarde les iban a mandar el resultado por *email*, y entonces ya verían si tocaba IAC (Inseminación Artificial Conyugal) o IAD (de un banco de semen), o qué. Alfredo solo esperaba que si al final conseguían concebir, su hijo no fuese el equivalente a la notaría que les había tocado en suerte después de tantos esfuerzos.

La verdad era que últimamente las cosas estaban bastante tranquilas. Ochoas y Santamarías seguían en La Piara, pero parecían

estar disfrutando de unas plácidas vacaciones. De momento, lo único que le había provocado algún problemilla era la tribu de niños que habían aportado al pueblo: los muy canallas se habían encaprichado de su mariquita. Los peores eran los dos cabecillas, uno muy rubio con el pelo cortado a cepillo y otro casi negro con un mechón más largo en la nuca. Tuvo que perseguirlos corriendo más de una vez, con el miedo en el cuerpo porque se iban pasando su mariquita como si fuese un balón. Hasta que un día, en plena persecución, la soltaron y se fueron despavoridos al grito de: «¡La bruja, la bruja!». Entonces Alfredo vio que Carmen lo adelantaba, escoba en mano y chillando igual que todo el ejército espartano antes de entrar en batalla. ¡Qué gran madre iba a ser!

A partir de la intervención de Carmen, la notaría gozó de un perímetro de seguridad y el animalito mecánico pudo volver a reposar tranquilo en el alféizar de la ventana. Que la mariquita se hubiese estropeado habría sido una tragedia, no solo para el presidente de la Asociación de Calabaceros San Roque (era un invento de su hijo, gracias al cual había ganado una beca Fullbright para hacer un máster en Estados Unidos), sino sobre todo para la notaría, ya que se había convertido en una fuente de ingresos estable. La Asociación de Calabaceros San Roque le había encargado a Alfredo un registro diario, y cada mañana anotaba la pureza del aire y la dirección del viento. Trabajo inútil porque, como todos los alhorineros sabían, la atmósfera de Alhorín era de extremos: o Poniente y Aire Puro, o Levante y Peste a Orín de Cerdo. Pero Alfredo lo seguía anotando cada día rigurosamente. De hecho, lo hacía mañana, tarde y noche, porque cuando Carmen comprendió el encargo se fue a la sede de la Asociación de Calabaceros San Roque a hacerles una oferta irresistible: tres fes de registro al precio de dos.

Así que después de devolver la foto de Carmen a su marco, Alfredo anotó: *Mariquita expuesta 100 % con alas abiertas a tope*, como hacía desde que soplaba Poniente. Y con eso, dar un repaso al capítulo «Mantenimiento del automóvil» para su examen teórico, y la masturbación, ya podía dar por acabadas sus tareas de la mañana. Entonces sonó el timbre.

Carmen abrió y se encontró a dos señoras con grandes gafas de sol, a medio camino entre monjas seglares y folclóricas de incógnito. Eran Pili y Elvira que, después de que José Antonio hubiese llamado a la notaría un par de veces sin resultados, se ofrecieron voluntarias para la misión de ir hasta allí a dar el recado. Como su hermano les

advirtió que no debían llamar la atención, que hasta que no contaran con seguridad con los millones del checheno mejor esquivar a los Ochoa, las dos señoras se vistieron como correspondía: de campo.

Pili había optado por unas bermudas beis, camisa blanca de manga corta ligeramente entallada en su origen y actualmente bastante embutida (al sentarse se le abrían los botones dejando ver la camiseta interior), alpargatas ribeteadas con la bandera de España y ensanchadas en los laterales a causa de un buen par de *hallux valgus*, y el siguiente *pack* de joyas básicas: anillo de pedida, alianza de matrimonio, pulsera con medallitas colgantes —una por cada uno de sus hijos— que le había sido regalada en su cincuenta cumpleaños, pulseras de hilos de colores trenzadas de la casa natal de san Martín de Porres, pulsera *power balance* de plástico amarillo de la que ya no podía prescindir por sus efectos benéficos sobre el par de *hallux valgus*, y pendientes de perlitas muy discretos.

Por su parte, Elvira, para que nadie pudiera volver a confundirla con su hermana mayor, se significó optando por una falda pantalón verde caza, una camiseta con el logo BY COURRÈGES en suave color plata que no se notaba nada que era del mercadillo de San Pedro de Alcántara, mocasines veraniegos, y el siguiente *pack* de joyas básicas: anillo de pedida, alianza de matrimonio, y cadena al cuello con la alianza del pobre Santiago, la medalla del Cristo de la Legión y un escapulario de la Virgen del Carmen. Sin pendientes, porque había empeñado sus perlas verdaderas, y la copia de bisutería que compró —para no preocupar a Yaguito por el estado de su economía— le daba alergia.

Carmen, que sabía que en cualquier notaría que se precie hay que hacer esperar —aunque la sala de espera esté vacía y el notario jugando con su mariquita—, las hizo pasar y las avisó amablemente de que, como no tenían cita concertada, igual el señor notario tardaba un rato en poder atenderlas, pero que las recibiría sí o sí —que una cosa era hacerse la interesante y otra que los clientes se fueran por donde habían venido—. Cuando volvió a sentarse frente a su ordenador para esperar el *mail* de la clínica Fertix, sonó el timbre otra vez.

Esta vez era una señora también con grandes gafas de sol, pero con un *look* entre Audrey Hepburn y Carolina de Mónaco en su etapa provenzal. Como Allegra le advirtió de que no debía llamar la atención y que era mejor esquivar a los Santamaría hasta que no tuvieran seguros los millones que iba a conseguir Miren Lafuente, Mimí se había vestido como siempre: con estilo. Que en esta ocasión

resultó ser con unos pantalones muy ajustados de lana veraniega color siena, camisola ibicenca de hilo con un ligerísimo calado floral, sandalias griegas compradas en Santorini de tiras de cuero cruzadas que dejaban al aire una pedicura perfecta, pañuelito de seda en la cabeza anudado en la nuca, capazo al hombro y un rosario budista bendecido por el Dalai Lama enrollado en la muñeca.

A Carmen no se le ocurrió ni por un momento hacerla esperar, ni a Pili ni a Elvira protestar porque la recién llegada, que ni siquiera las miró, pasara antes que ellas. Mimí se identificó como representante de los Ochoa y encargó al notario que, para ir ganando tiempo, preparara una escritura de compraventa, pues en unos días iban a comprarles su 50 % de La Chamusca a los Santamaría. Alfredo estrechó la delgada mano élfica de su clienta al despedirse, y pidió a Carmen que hiciera pasar a las otras señoras. Intuía que iban a encargarle lo mismo, y que se había dado algún malentendido entre las dos familias sobre quiénes debían encargar la escritura. Pero lo cierto es que las dos hermanas le encargaron exactamente lo contrario: preparar las escrituras de compraventa para ir ganando tiempo, porque en unos días ellos iban a comprarles su 50 % de Los Tercios a los Ochoa.

—Qué lío, ¿no? —le dijo a Carmen en cuanto se marcharon. El secreto profesional le impedía avisarlos de que una de las dos familias estaba equivocada.

—De lío nada. Preparas las escrituras y dejas en blanco la parte de quiénes comparecen para comprar y quiénes para vender. Y cuando lo tengan ellos claro, cobras el arancel de la escritura buena y la mitad del de la fallida también, que eso lo permite el Colegio de Notarios.

Alfredo no parecía muy convencido.

—Que sí, que vas a cobrar por escritura y media. Ya verás que todo irá bien, cari, ya verás.

Un «ping» anunció la llegada de un correo electrónico a la bandeja de entrada. Eran los de Fertix, que informaban de que el semen de Alfredo tenía treinta millones de espermatozoides en total y que el 70 % se movía.

Alfredo y Carmen se miraron. ¿Siete sobre diez sería notable? ¿Eran treinta millones suficientes millones? Llamaron a Fertix de la misma. Les dijeron que aunque la cosa no era como para echar cohetes, si llevaba una vida saludable y sobre todo sin estrés, Alfredo estaría en condiciones de dejar embarazada a Carmen. Ni IAC, ni IAD: a polvos, como toda la vida.

1 de agosto de 2016, 21:00h. Cuarto de baño de la habitación número 8 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa.

Pregunta de una abuela a su nieta al ver un arcoíris: «¿Esto lo echan o sale solo?».

Chaplin estaba sentado al pie del bidé, que seguía siendo el único sitio de la habitación con buena cobertura. Miraba la foto del perfil de Luna en su WhatsApp: tenía el arco del violonchelo a la altura del bigote y fruncía los labios como para sujetarlo. Estaba tan guapa, y graciosa, y luminosa, y especial…

Chaplin le dio a la tecla de llamada, como llevaba haciendo a cada rato sin resultado mientras hacía la mochila. Esta vez no fue diferente. Pero nada más colgar se iluminó la pantallita con una llamada entrante. Era ella.

—Lunera —dijo al contestar, con un nudo en el estómago.

—No, soy yo. Luna se ha dejado el móvil en casa.

—¿Frida?

—Bueno, de eso quería hablarte.

Chaplin suspiró. Siempre habían tenido una relación complicada, según Frida desde antes de nacer. Como le contó al psicólogo escolar, Chaplin le robó su pene mientras ella echaba una cabezadita en el vientre materno. Estuvo repitiendo aquello hasta los ocho años. De adolescente, lo reformuló para acusarlo de quedarse con su testosterona; y aunque finalmente admitió que no era el responsable de su disforia de género, sí lo era de usurpar el rol de mellizo varón para el cual ella estaba, evidentemente, mucho mejor preparada.

Solo cuando aceptó tener al hijo de Jean Pierre y Ravi, pareció aceptar también su sexo femenino. Entonces su doula le había asegurado que si no reprimía su placer uterino, no coartaba sus sensaciones con drogas como la epidural, y se dejaba ayudar por la gravedad —o sea, si paría en cuclillas en el agua— experimentaría el famoso parto orgásmico. Pero lo cierto es que las había pasado canutas. Tras darle otra oportunidad a la doula amamantando al bebé —la lactancia era un acto sexual que provocaba una excitación increíble si una era capaz de abstraerse del tabú implícito del incesto—, Frida decidió que ya había explorado todo lo que podía ofrecerle el sexo biológico con el que había nacido y que, la verdad, no era para tanto.

Era el momento de reconocer que no era una mujer lesbiana, sino

un hombre encerrado en el cuerpo equivocado. Alguien que debía llamarse Fritz, y no Frida. Con el apoyo de Yolanda, su pareja de entonces, y de su familia —Isidro preguntó si eso lo cubría la Seguridad Social— había iniciado los trámites para la reasignación de sexo y, al cabo de un tiempo, el tratamiento hormonal. Tras unos meses de cuestionarios intrusivos, bajones anímicos, terapia, acné y broncas con Yolanda (el gel de testosterona que usaba Fritz se quedaba en la ropa de cama, y a Yolanda le estaba saliendo vello en la espalda), decidió interrumpir temporalmente el proceso. Culpó a Chaplin de sus dudas: ¿cómo iba a perseverar hacia la masculinidad con el patético ejemplo de hombre que tenía como mellizo? Volvieron a hablar de ella en femenino, volvieron a llamarla Frida, y ella rompió con Yolanda más o menos al tiempo que Luna y Chaplin empezaron su relación.

—Bueno, pues dime. —Se resignó Chaplin. Imaginaba que durante su estancia en Berlín habría encontrado algún nuevo reproche que hacerle. Y por ahí parecían ir los tiros: Frida se había dado cuenta de que ser la melliza de Chaplin la había instalado, desde el mismo momento de su llegada al mundo, en un patrón binario del que no había conseguido escapar. Si no llega a existir Chaplin, si ella hubiera sido hija única, la diferenciación sexual y de género no hubiera sido tan relevante en su proceso de construcción de identidad.

—Ajá —dijo Chaplin, que solo quería hablar con Luna.

—Así que te he estado echando la culpa —siguió Frida—, pero lo cierto es que es injusto. Me he dado cuenta, y quería decírtelo. Bueno, Luna me ha animado a que te lo dijera. Eres mi hermano y te quiero, y tú no tienes la culpa, ni has tenido nunca la culpa de nada.

—¡Gracias! —fue lo único que dijo Chaplin, aunque estaba contentísimo por haber sido absuelto y porque realmente su hermana sonaba distinta, sonaba feliz.

—La culpa es del discurso ideológico que impone el patrón binario hombre-mujer. Nos obliga a alinearnos, a decidir qué somos, a amoldar nuestro cuerpo a una abstracción normativa… Pero no tiene por qué ser así. Somos como somos en cada momento, y no tenemos que etiquetarnos ni definitiva ni puntualmente, podemos transitar, ¿me entiendes?, todos somos trans, trans no de transexual sino de tránsito. Yo podría decirte que soy *genderqueer*, o que soy pansexual, o que soy imbinaria, pero no te lo digo. Porque me he cansado de definirme…

A Chaplin le pareció que había llegado el momento de ir zanjando

el tema, y poder preguntar si andaba Luna por ahí. Realmente tenía que hablar con Luna. La interrumpió.

—Y bien que haces. No hace falta que te definas, Frida.

—Ah, a eso iba. Prefiero que no me llames Frida.

—¿Eh?

—¿No has entrado en mi perfil de VideoSoundCloud en días, no?

Chaplin no había entrado jamás. Fue a excusarse con que en el hostal había muy poca cobertura y que por eso él estaba en el bidé, pero no hizo falta: no era un reproche. Su hermana le dijo que ya hacía días que en las redes sociales había cambiado su nombre a Nobody. «No-Body», le había recalcado. Sin una identidad fija, sin un cuerpo constante, siempre en tránsito. Más como… «no te diría alma, sino como una sensación».

—De puta madre —le dijo él—. Oye, ¿no está Luna, no?

—Acaba de llegar. Te la paso. Venga, un beso, Chaplin.

—Un beso, Frida.

—Nobody —le corrigió.

El cariñoso «¡Hola, Chaplinete!» de Luna retumbó con la misma intensidad en el bidé que en su pecho, pero se repuso enseguida: iba a hacer lo que debía.

—Hola, Lunera.

—Te lo ha contado, ¿no? ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —los nervios hicieron que Chaplin lo dijera muy bajito.

—¡Jo, pues suenas casi tan mal como mi *suite* número 1 del concierto de anoche!

—No me lo creo, seguro que estuviste de la hostia, como siempre.

—Pues tu hermana dijo que sí, pero creo que Bach y el maestro Casals habrían dicho que no…

—Tengo algo muy importante que decirte —la cortó Chaplin. Tenía que soltarlo, cuanto antes mejor, o no sería capaz.

—Y yo algo muy divertido —dijo ella, pero sonó un poco cautelosa—. Empieza tú.

—Es sobre nosotros. Y sobre otra persona. Una chica. La verdad es que ya tuvimos algo, hace poco, pero ahora… —se arrancó Chaplin, que durante las dos horas que había pasado a pie de bidé había tenido tiempo de preparar y repasar su declaración.

—¿En serio? No me habías dicho nada.

Y antes de que Chaplin pudiera explicarse, Luna añadió que le parecía fantástico y que ya era hora. Sonaba aliviada y mucho menos

cautelosa cuando dijo:

—Precisamente el otro día le decía a Nobody que ojalá fueras menos coitoconstreñido.

—¿Cómo me acabas de llamar?

—Quiero decir que constriñes las posibilidades multipersonales de tus coitos. No me digas que no es verdad, Chaplin, eres coitoconstreñido. Es un concepto que inventó Nobody para describirte.

—Su puta madre. Pues mira lo que te digo, de ahora en adelante me voy a hiperconstreñir coital y sentimentalmente más que nunca.

—Pero mi amor, ya sabes que yo eso de…

—Que no, que ya no me constriño a ti. Que se acabó.

Hala, no había sido el discurso que tenía preparado pero ya lo había dicho. Y a partir de ahí continuaron una conversación cariñosa y cómplice en la que Chaplin le habló de lo mucho que le gustaba la vehemencia de Jimena, y Luna le confesó que estaba liada con Nobody porque le fascinaban las transiciones.

—Guárdame el secreto, Lunera.

—Pues claro, Chaplinete.

Y colgaron con mucho amor.

2 de agosto de 2016, 02:30h. Chalet en El Viso, Madrid.

«Respecto a cualquier desacuerdo que pueda surgir entre las partes sobre la interpretación del presente Contrato, las partes renuncian expresamente a cualquier otro fuero que pudiera corresponderles, y se someten a la jurisdicción y competencia de los Juzgados y Tribunales civiles de…». Última cláusula de cualquier contrato.

Chaplin y Jimena habían extremado las precauciones para que nadie los viera marcharse juntos de Alhorín. La hora —las diez y media de la noche— era perfecta, porque pocas cosas podían distraer a José Antonio y Allegra de sus respectivas cenas; y quedar junto a las naves de los cerdos —aunque Chaplin tuviera que caminar cuatro kilómetros con la mochila a cuestas desde La Piara— aseguraba que no habría testigos cuando Jimena le recogiera. Lo de ir tumbado en el asiento de atrás con una manta por encima hasta que llegaran a la autopista le pareció a Chaplin un poco innecesario, aunque acabó accediendo. Pero donde trazó su línea roja fue en que tuvieran que ir oyendo el CD de Siempre Así.

—Es que si me llaman les extrañará no oírlo, es el único que tengo en la guantera…

—Bueno, pues ya lo pondremos si te llaman, ¿no?

No llamó nadie, y ella mandó un mensaje a Victoria al llegar a Madrid, o más bien una hora después de llegar a Madrid («Es que hacen el cálculo y se preocupan si he corrido mucho»), para decirle que había hecho bien el viaje.

Era realmente trágico que Isidro siguiera empotrado en el piso de Allegra, porque Jimena hubiera pasado mucho más desapercibida en aquel barrio que Chaplin en este. Pero ya que ella iba a estar todo el día en la oficina, no había otra opción si querían al menos pasar las noches juntos: tendrían que quedarse, muy discretamente, en el chalé de El Viso de los condes de Vega de Patos.

Jimena le enseñó todos los trucos de la casa (había que aporrear la puerta del microondas para que se abriera, y cerrar el grifo de paso de agua del baño de invitados porque goteaba; y no meter la llave hasta el fondo en la puerta principal para que girase; y la silla de la entrada era para dejar abrigos y no para sentarse, porque tenía una pata suelta); y le recordó las normas: asegurarse de que no hay nadie cerca antes de entrar o salir, fumar porros solo en la cocina o el baño —que

si no el olor se queda en las telas—, no abrir la puerta a nadie, no coger el teléfono, y en el horrible caso de que alguien conocido los viera juntos, que él era voluntario de Greenpeace y estaba intentando convencerla de hacerse socia.

Eran las tres de la mañana cuando, felices y enamorados, se fueron a la cama de noventa de ancho de Jimena. Y cuando sonó la alarma de su móvil unas horas después, seguían despiertos, abrazados, y susurrándose bobadas al oído.

Día 3 de agosto de 2016.

Paso 1: Lavamos y rallamos los tomates, fileteamos los ajos y picamos la cebolla muy menudita.

A media mañana y por correo electrónico, José Antonio Fernández-Frago Santamaría (vicealmirante de Acción Naval, Cuartel General de la Armada) realiza una oferta de un millón de euros por el 50 % Ochoa de la finca Los Tercios. Tras discutirlo en asamblea, Allegra Ochoa Landero (Departamento de Literatura Medieval de la Universidad Complutense; vicedecana de Estudios de Género) rechaza también por correo electrónico la oferta, y propone a su vez comprar el 50 % Santamaría de La Chamusca por un millón y medio de euros. Tras este intercambio, pactan reunirse en la notaría para llegar a un acuerdo.

Día 4 de agosto de 2016.

Paso 2: Ponemos al fuego una cazuela con aceite, echamos los ajos y la cebolla y dejamos que se vaya pochando.

Al abandonar la sala de reuniones de la notaría sin haber llegado a ninguna conclusión, José Antonio y Allegra olvidan despedirse de Alfredo, que hasta media tarde espera en su despacho a que le comuniquen cuál de las dos escrituras que ha preparado concienzudamente es la que se firmará. Tanto José Antonio como la Asamblea Ochoa deciden convocar a familiares y amigos a Alhorín, confiando en que la presión psicológica doblegue al otro bando y acepte vender. Primeras escaramuzas con un balance de un parachoques abollado, tres miradas torvas y un mensaje faltón escrito en el polvo de un parabrisas.

Día 5 de agosto de 2016.

Paso 3: Salpimentamos y agregamos una cucharadita de azúcar y un poco de agua.

No hay suficientes habitaciones en La Piara para los recién llegados de las dos facciones. Los hermanos, hijos, primos y sobrinos de José Antonio, y su fiel Teodora, se trasladan a casa de un sobrino del Mesas, al que acaban desalojando.

Las voluntarias de la PSH, con Candela y E. T. al frente, los representantes del Partido Animalista Anti Toro de la Vega «Que se metan su lanza», los de la Asociación de Zahoríes y Sanadores de Terrenos, además de Luna, Nobody e Isidro con su ciclostil de campaña, deciden por mayoría simple de manos agitadas en el aire

acampar en La Chamusca, en la explanada del Molino Lento. Nace el Campamento Libertad y Cultura.

Siguen las negociaciones en la notaría con un precio de dos millones setecientos mil euros sobre la mesa, igualado por ambas partes.

Se producen diversos daños a la propiedad entre los que destacan dos tiendas de campaña rajadas y con pintadas de *Rojos fuera*, y la dentadura postiza de Mimí Larousse hecha pedazos y sumergida en su propio retrete. Aparecen pasquines con un obispo lascivo y un banquero subido a caballito de una anciana, con las palabras *Os vamos a chamuscar*.

Día 6 de agosto de 2016.

Paso 4: Cortamos pimientos verdes y rojos.

Una filtración revela los planes de negocios cinegéticos y ayurvédicos de cada bando. José Antonio propone dividir la finca con la convicción de que esos jipis no soportarían las detonaciones ni el helipuerto. Allegra ve el envite y sube la apuesta, recordándole la existencia de un camino vecinal de uso público por el que —improvisa— planean realizar peregrinaciones nudistas diarias en honor a la diosa Shiva, con la convicción de que esos reaccionarios no soportarían la exhibición desacomplejada del cuerpo humano. Encargan a Alfredo ir preparando la escritura de partición. Un punto de mira y la palabra *Fascistas* aparece en la puerta de la casa del sobrino del Mesas. Una furgoneta Volkswagen con la pegatina de *No a la Guerra* amanece con todos los cristales rotos y el *quad* de Hernán, que ha desoído la petición de un zahorí de no estacionar en la futura sala de meditación del ashram, con dos neumáticos rajados. Alguien cambia azúcar por sal en el comedor de La Piara.

Día 7 de agosto de 2016.

Paso 5: Echamos los pimientos con una cucharadita de pimentón rojo a la cazuela, y removemos.

De nuevo en la notaría, Allegra y José Antonio trazan posibles líneas divisorias en un plano de la finca. Ambos abandonan con frecuencia la sala de reuniones para contactar con Miren Lafuente y Ruslan Mamayev. Al final de la tarde, y constatando el compromiso en firme de sus respectivos inversores, abandonan definitivamente la idea de la partición —y con ella, la escritura de ídem preparada por Alfredo— y cada uno sube la oferta por la otra mitad a tres millones.

Son descubiertos excrementos humanos y huevos podridos en el interior de las tiendas de campaña de los Ochoa; las gafas de ver de Victoria y el audífono de Teodora Chinarro aparecen derretidos en el

microondas de La Piara; Gonzalito y Ganges son sorprendidos metiendo ratones muertos en camas aleatorias del hostal. En el interrogatorio posterior, se descubre que los niños han aprovechado las disensiones entre los adultos para llevar a cabo una revolución anarco-puericia que libere a la infancia oprimida de sus cadenas. Ganges se escabulle gritando «No nos representan». Gonzalito responde al guantazo de su padre con un «Infancia, una; Infancia, grande; Infancia, libre».

Día 8 de agosto de 2016.

Paso 6: Agregamos el tomate, rectificamos de sal y añadimos otra cucharadita de azúcar.

Allegra y José Antonio encargan a Alfredo, cada uno por su lado, la preparación de una nueva escritura, cifrando el importe de la compraventa en cuatro millones de euros. Alfredo desoye los encargos y sigue con la que ya tenía, con la parte de los comparecientes y el precio en blanco.

En el Molino Lento ya ondea la bandera republicana, la del arcoíris, la de Comisiones Obreras aportada por Isidro y una de plegarias budistas que alguien trajo del Nepal. Hay enfrentamientos en distintos puntos de la finca. Nobody da un rodillazo en los testículos a Andrés, un primo de José Antonio, que la ha llamado «camionera». En respuesta, Eugenia Rivadegavia Fernández-Frago rasga el pezón derecho de un amigo de Ravi que iba sin camiseta, tirando con fuerza de su *piercing* de titanio. En respuesta, el Sputnik primero acosa a bocinazos y después amaga con embestir a Borja Fernández-Frago Santamaría, que paseaba en bicicleta; el sobresalto provoca su caída a una cuneta con zarzas espinosas.

Día 9 de agosto de 2016.

Paso 7: Dejamos que se cueza a fuego lento. El sofrito estará en media hora.

José Antonio acusa a Allegra de sembrar el caos y la anarquía en la finca y de haber ordenado el ataque contra Borja. Allegra afirma desconocer quién conducía el Sputnik en el momento del incidente. José Antonio la llama farsante y golpea el tablero de la mesa. La Kepringe se desploma con estruendo. Allegra le llama golpista. José Antonio, zorra. La vía diplomática está oficialmente agotada. José Antonio anuncia una cruzada para liberar Los Tercios, y por ende Alhorín, de los desmanes que han provocado los Ochoa, y restablecer el orden en el interior y el prestigio en el exterior, sobre todo entre los ciudadanos del Este de Europa. Allegra advierte de que los Ochoa

tienen ya el legítimo control de La Chamusca y que piensan resistir hasta el último hombre o mujer en defensa de los valores pacíficos, democráticos y de progreso del ashram. No pasarán. José Antonio dice que ya veremos. Allegra dice que ya les puede mandar a la Guardia Civil. José Antonio dice que no va a hacer falta, que «eso lo arreglamos entre nosotros». «Pues ahí os esperamos», se despide Allegra.

10 de agosto de 2016, 2:15h. Cuartel General Santamaría.

Palíndromo: «Palabra o frase cuyas letras están dispuestas de tal manera que resulta la misma leída de izquierda a derecha que de derecha a izquierda». Definición del DLE.

La misma noche que José Antonio dio su golpe con fuerza, convocó a sus familiares a casa del sobrino desalojado del Mesas para tomar la copa de después de cenar y organizar la toma de Los Tercios. Había desplegado en el suelo el plano de la finca y marcado con rotulador la situación del Molino Lento —ahora llamado «objetivo»—, y había distribuido aquí y allá la colección de muñequitos de plástico de su nieto Miguel, que añadió la incautación de sus gormitis a la lista de ofensas por las que tendrían que pagar los adultos cuando triunfase su revolución infantil.

—A ver, Asís, lo tenemos claro, ¿no? Tú y Alonso entráis por el este, llegáis hasta la orilla, hasta aquí, ¿ves? Telmo y Hernán vendrán de aquí; con el tractor. ¿Hay noticias de los ojeadores?

—Han mandado un *whatsapp*, *Movimiento en el objetivo: estancaba nido zanjar* —leyó Eugenia. José Antonio trató de recordar si les había dado un código a sus sobrinos, pero no había previsto que les interceptaran las comunicaciones, así que no podía ser.

—Creo que es el autocorrector, ya les pedí que clarifiquen —siguió Eugenia, e inmediatamente sonó un pitido y volvió a leer:

—*Están cavando zanjas*. —Sonó otro pitido—. *Y haciendo como bailes*.

—Los bailes me dan igual. Pero quiero la localización exacta de esas zanjas. Cuando acaben su guardia, que pasen por aquí a marcarlas en el mapa. Pregúntales si siguen ahí los coches, y cuántos son.

Eugenia tecleó rápidamente en su iPhone.

—A ver, Gonzaga.

—¿Papá? —contestó su hijo dando un paso al frente.

—Que tu madre te dé el teléfono del chamarilero ese del Rastro, el que nos compró los bargueños. Llámale y le preguntas que cómo se hace un puente para arrancar un coche. Entérate bien, que mañana lo harás tú.

Gonzaga asintió, y le hizo un gesto de calma a Victoria. No pensaba preguntarle semejante cosa al anticuario solo porque fuera gitano. Confiaba en encontrar algún tutorial en YouTube.

—Tío, que hay dos coches. *Furgoneta Volkswagen y deportivo rojo*

viejo —volvió a leer Eugenia de la pantallita de su teléfono.
—¿Nada más?
—El emoticono de los bíceps.
—¿Cómo?
—Significa: «¡Fuerza!». Nos están dando ánimos —tradujo Eugenia.
—Que si ningún coche más. —Se contuvo José Antonio.
—No, tío.
—Muy bien. Dos serán suficientes. ¿Dónde está Yaguito?
—No sé.
—Joder. Bueno, a ver, pues Covadonga mismo: te quedas en esta colina de aquí (golpeó con el índice un punto en el mapa) y cuando veas que te hago esta señal (extendió el brazo hacia delante), ondeas el mantel naranja. Pero si hago esto (subió el brazo y giró la muñeca), el mantel azul. ¿Tenemos los manteles?
—Los tenemos.
—¿Y eso de los manteles es para…? —se atrevió a preguntarle Covadonga.
Victoria arqueó las cejas y se apresuró a contestar en un susurro:
—Es un código de señales. Para comunicaros.
—¿No es más fácil el móvil, tío? —insistió, la muy loca.
José Antonio le clavó una mirada polar.
—Mejor que lo haga Blanca.
—No, si yo ya lo hago, pero…
—¡No! Pili, encárgate de que Covadonga no salga de esta casa.
Las primas de la arrestada intercedieron.
—Pero no sabes la puntería que tiene en las casetas de tiro de la feria de Jerez, ¿no puede venir con nosotras a liberar Los Tercios?
—Vosotras os quedáis en la retaguardia, atendiendo a los heridos, sirviendo el rancho y cuidando el arsenal. Que esté bien limpio y ordenado.
—¿En serio?
—Mientras yo mande no habrá mujeres en el frente. Pelayo, dales la munición. Elvira, las provisiones. Y quiero que dos de vosotras ayudéis a tía Victoria con los niños, que no anden por ahí dando el coñazo, a ver si se van a hacer daño.
Las sobrinas intercambiaron miradas atónitas mientras recogían martillos, alicates cortacandados, *tupperwares* y cantimploras.
—Pues vaya plan —rezongó Pilarín, la hija de Pili.
—¿Dices algo?
—No, tío.

—Bien. Con las pintas que llevan esos, en situaciones normales no hay problema. Pero por si llega el cuerpo a cuerpo, necesitamos identificarnos entre nosotros. Regla, por favor. —E hizo un gesto a su cuñada para cederle la palabra, en calidad de portavoz de las madres de familia.

—Sí. Creemos que hay dos posibilidades. El típico Lacoste azul marino, o una camisa milrayas. ¿Quién NO tiene Lacoste azul marino?

Cinco o seis sobrinos levantaron las manos, después de confirmar que un Lacoste era un polo pero en antiguo.

—¿Quién NO tiene camisa milrayas?

Solo dos levantaron la mano, y Regla de la misma les repartió una de su talla. Como una era de José Antonio, llevaba la coronita de conde bordada sobre sus iniciales.

—Uniforme solucionado —dijo José Antonio—. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué hacemos con el tractor? —Se armó de valor Hernán.

—Dejarlo en el centro de mando. Para una eventualidad.

Y el valor de Hernán no era tanto como para preguntar qué eventualidad era esa.

—¿Hora? —preguntó José Antonio.

—Las tres menos cuarto.

—Todo el mundo en sus puestos a las mil horas —concluyó.

—Las diez —aclaró en otro susurro Victoria a sus sobrinos, por si acaso.

—Pero en la ermita a las novecientas —intervino entonces tía Asun. No había conseguido que su sobrino Ernesto volase desde El Vaticano para dar una misa de campaña, así que se conformarían con la del padre Lucas.

—Pero como cante el Credo campesino ese de la Elsa Baeza… —dijo, y se estremeció recordando lo de «romano imperialista», «Jesús obrero» y «para defender al pueblo del dominio explotador». Teodora Chinarro la calmó: acababa de terminar de bordar la cruz carlista en una funda de almohada del sobrino del Mesas, y la sujetaron a la silla de ruedas con un palo de *selfie* extensible a modo de mástil.

Noche del 9 al 10 de agosto de 2016. Entre el Campamento Libertad y Cultura y la habitación número 6 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa.

«Utilizamos *cookies* para mejorar nuestro servicio y mostrarle publicidad relacionada con sus preferencias. Si continúa navegando, consideramos que acepta su uso. Puede cambiar la configuración u obtener más información aquí».

Después de la rotura simultánea de la vía diplomática y la mesa Kepringe, los Ochoa y amigos alojados en el Campamento Libertad y Cultura fueron convocados a una asamblea de urgencia. Había que preparar la defensa del Centro Social Okupado Autogestionado y Sexodiverso del Molino Lento, donde ya se impartían talleres de constelaciones y cursos de gramática generativa para drogodependientes.

Allegra pidió la palabra y se puso en pie para alertar de que la cosa no pintaba nada bien, que preveía un intento de desalojo ilegal y violento por parte de las fuerzas Santamaría en cuanto amaneciera. Su intervención, corta y clara, provocó de inmediato una cascada de largas valoraciones no siempre coincidentes, que llegaron incluso a producir una escisión en el seno de la Asociación de Zahoríes y Sanadores de Terrenos: los zahoríes eran partidarios de no actuar, puesto que se sentían protegidos por la energía que emanaba de las bases de La Chamusca, y los Sanadores eran partidarios de pegar primero y sanar después.

Previendo que había para rato, Allegra, que era muy partidaria de la voluntad de la mayoría excepto cuando no coincidía con la suya, volvió a La Piara para intentar contactar con Marcos. Tenía muy claro que los iban a echar del Molino Lento a hostias y cualquier consejo de su hermano le sería útil para organizar la resistencia. Afortunadamente, en la habitación del bidé con cobertura no había nadie; una pila de agujas de acupuntura en una de las mesillas de noche indicaba que por fin Jean Pierre se había considerado purificado del ataque de energía damásica y habría vuelto al mundo. Más extraño era que no estuviera Mimí, que desde la pérdida de su dentadura postiza se comportaba como las leprosas de *Ben-Hur*, escondiéndose de la luz para que nadie pudiera ver su rostro desfigurado.

Mientras, los componentes de la asamblea del Campamento Libertad

y Cultura decidieron ampararse en el derecho de las minorías. Es decir, que cada cual se lanzó a defender el Molino Lento según sus ideas y criterio le daban a entender.

Las voluntarias de la PSH, la Plataforma de Sufridas Hipotecadas, a las que se habían unido Luna y Nobody, hicieron un círculo de piedras alrededor del molino, para evitar que ningún vehículo llegara hasta las puertas. Después, la mitad de compañeras de varios sexos, E. T. incluido, se encadenó a los árboles que rodeaban la explanada con el torso descubierto y el mensaje *No pasarán* escrito entre pezones. La otra mitad se encerró en la casa con más piedras. Nobody identificó la ventana con mejor vista para poder retransmitir por *streaming* el asalto y así denunciar al mundo en directo los abusos a los que fueran sometidos.

Los Sanadores de Terrenos, seguros de que unas rocas y unos cuantos pares de tetas, aunque fueran extraterrestres, no iban a detener el avance de las fuerzas motorizadas ni las de a pie de los Santamaría, se habían lanzado a abrir zanjas aquí y allá, en las que metían un bidón de gasolina antes de camuflarlas con hojarasca. Después se encerrarían en el molino con la gasolina sobrante.

Los zahoríes, para contrarrestar el mal Karma de sus hasta hacía unas horas compañeros de Asociación, estaban a cuatro patas ante la puerta, como un rebaño apacible, construyendo con granos de arroz, alubias, lentejas y garbanzos un gran mandala que, estaban seguros, sumiría en un estado de contemplación y armonía a cualquiera que posara sus ojos en él.

Una hora a pie de bidé después, Allegra solo había conseguido una respuesta automática de una de las catorce direcciones de *email* que Marcos manejaba (concretamente de la de *8a@bolivarianos.net*): *Estamos cambiando el mundo, permaneced atentos*. Cerró el ordenador de un manotazo y salió del cuarto de baño al grito de «¡Joder con el Intenso!», aprovechando que Jean Pierre no estaba allí para oírla. Se equivocaba. Jean Pierre y Mimí acababan de volver y al verla aparecer se apoyaron en la puerta del armario de la habitación tan sorprendidos y sobresaltados como ella.

—¿Te vienes a La Chamusca conmigo? —preguntó Allegra, que no tenía ganas de que le preguntara por Marcos.

—En cuanto acabe con algo que tengo entre manos —contestó Jean Pierre, que tampoco tenía ganas de aclarar por qué no soltaban la puerta del armario.

—Pues hasta luego.

—Vale.

A Allegra le costó identificar el vozarrón cavernoso y etílico que se oía desde muy lejos de La Chamusca. Hasta que no lo vio, no lo creyó: Michel G. Kent, el catedrático emérito de Psicoanálisis Resiliente de la Universidad de Harvard, el amigo y alumno predilecto del difunto Carlos, estaba en pie sobre una roca, abrazado a Isidro y recitando la arenga de Enrique V («*We few, happy few, we band of brothers, for he today that sheds his blood with me…*»), que el padre de sus mellizos coreaba de vez en cuando con un «El pueblo unido jamás será vencido», y que por lo visto era la consigna para que los dos le dieran un buen trago a la botella de whisky que compartían.

—¡Bonita! —le gritó el americano al verla—, yostaba en la costasol holidays y venido ver tumba Carlos, ¡bonita!

Y dio otro trago.

—¡Cállate, guiri borracho! —le gritaron desde una piedra de enfrente unos animalistas de «Que se metan su lanza», que querían leer en voz alta *El Quijote* como acción a favor de la lanza de la cultura y la locura, «la única lanza aceptable».

La cosa empeoró cuando Isidro empuñó su megáfono de campaña, el que siempre llevaba con su ciclostil. Allegra se encendió un cigarrillo pensando que tenía que haber comprado muchísimo más tabaco. De haber sabido que su homeopático medio hermano tenía un alijo de fármacos que incluía tres tipos distintos de tranquilizantes, sin duda le hubiera pedido que le inyectara un cóctel de todos ellos. Lástima que quien lo descubrió fue Ravi, cuando subió al hostal a buscar más legumbres para el mandala.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —gritó Ravi al entrar en la habitación.

Jean Pierre volvió a cerrar de golpe la puerta del armario y a apoyarse en ella.

—Hola, amor, ahora iba para La Chamusca.

—Ni amor ni puñetas, ¿qué es todo esto?

Ravi señalaba las cajas de medicamentos vistosamente alopáticos esparcidos por el regazo de Mimí y sobre la cama: Emifitrina, Marnifax, Tumbirén, jeringuillas, vendas, suero…

—¡Ni siquiera son genéricos! —gritó Ravi como si le acabasen de dar la puntilla, y miró a Jean Pierre con profunda decepción: alópata y en manos de las farmacéuticas.

—Te juro que yo no he probado nada, lo he hecho por Mimí. La pobre no aguantaba más lo de su aspecto sin dientes.

—¿Todo lo que falta aquí se lo has metido a tu madre?

Ravi chasqueó los dedos ante los ojos de Mimí, que no se inmutó.

—Bueno, todo, todo…

Sonó un golpe en el interior del armario. Ravi apartó a Jean Pierre de un empujón y abrió el mueble de par en par: ahí estaba Yaguito, hecho un ovillo y perdiendo un poco de baba.

—Pero ¿este no es uno de los otros?

Y Jean Pierre se arrancó con una explicación atropellada que empezaba con un vale, que sí, que había tenido una recaída, que con el mal rollo de los disparos, la perdiz en el cogote de Chaudhuridutta, la transformación de Ganges en Rambo y la de su madre en la madrastra de Blancanieves, pues que había desempolvado su carné de médico de toda la vida y se habían ido los dos a la farmacia de Béjar, que estaba de guardia, y que cuando estaba pagando pues que entró ese Santamaría muy alterado, que le picaba una urticaria alérgica decía, y la farmacéutica le instó a que lo examinara y como enseguida vio que solo era prurito psicosomático le dijo al chaval que si quería le metía un poco de lo que se llevaban ellos, y él dijo que sí, que se lo metiera, que ya no podía más, y entonces le inyectó lo mismo que a Mimí, y que Mimí repitió pero que el joven Santamaría se desplomó en sus brazos y hasta entonces, pero que ya que lo tenían, pues había pensado que de rehén igual…

—Igual nada. Ahora mismo le inyectas cualquier porquería que lo despierte y lo sueltas —le ordenó Ravi, que había sacado a Yaguito del armario y lo había tendido en la cama, al lado de Mimí.

Pero entonces Yaguito abrió los ojos. Con una sonrisa beatífica agarró el dedo de Ravi que lo señalaba y, como un bebé enorme y drogado con un exceso de potitos, balbuceó «Yo también quiero la paz mundial».

—No cgeo que quiega igse —dijo Mimí, y estalló en una risa de vieja chunga chunga.

10 de agosto de 2016. 11:00h. Actual c/ de la Huerta, en un futuro o c/ del Guarro o c/ 23.

«Yo tengo un chiringuito a la orilla de la playa, lo tengo muy bonito y espero que tú vayas. Las chicas en verano no guisan ni cocinan, se ponen como locas si prueban mi sardina. El chiringuito, el chiringuito». Georgie Dann, canción del verano de 1988.

Cuando Carmen aparcó delante de la notaría, Alfredo salió de no se sabe dónde, abrió la puerta y subió al asiento del copiloto de un salto.

—¡Arranca!

—¡Qué susto me has dado! —le dijo Carmen llevándose una mano al pecho.

—Lo siento, llevaba un rato buscando a alguien que me llevara. Arranca.

Carmen vio que estaba sudoroso y que miraba hacia la carretera con una fijación extraña. Le temblaba el labio inferior.

—¿Y adónde se supone que hay que llevarte?

—A la finca de los locos. Arranca.

Carmen salió del coche, dio la vuelta y abrió la puerta del lado de Alfredo.

—Baja. Que te bajes.

—No puedo, cari, tengo que ir. Se lo debo.

—¿Pero se puede saber qué les debes tú a esos hijos de puta? Si te pones nervioso solo de mentarlos. Y a ti eso no te conviene nada, Alfredo.

—No te lo puedo contar, cari. Secreto profesional. Lo he jurado. Pero te prometo que es verdad, que se lo debo.

Carmen levantó una mano.

—Pues a mí me debes unos buenos espermatozoides. Así que tú verás qué va primero.

Y, sin decir nada más, se fue a abrir la puerta trasera del coche para descargar la compra. Cuando estaba en la entrada de la casa con una bolsa del Dia % en cada mano, oyó el motor. No le dio tiempo a reaccionar: Alfredo se iba con la puerta trasera del coche abierta.

—Lo sientoooo, caaaaariiiiiii. —Le pareció oír.

10 de agosto de 2016. 11:15h. Explanada del Molino Lento de la finca Los Tercios, conocida popularmente como La Chamusca.

Plegaria de la serenidad, recitada en las reuniones de Alcohólicos Anónimos: «Señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar, fortaleza para cambiar lo que soy capaz de cambiar y sabiduría para entender la diferencia».

«Si no salís en dos minutos, procederemos a la ofensiva», de José Antonio a Allegra.

«Proceded», de Allegra a José Antonio.

«Son vuestros coches», de José Antonio a Allegra.

«Ya veo», de Allegra a José Antonio.

Allegra, efectivamente, había seguido toda la operación subida a hombros de Michael G. Kent, para así poder asomar la cabeza por uno de los muchos boquetes en el techo del Molino Lento. La ventana con la mejor vista la ocupaba Nobody, que había sujetado su cámara GoPro a los tablones con que la habían protegido.

En su *streaming* —ChamuscaResistsFascism— se pudo ver cómo un chico con camisa mil rayas había tardado un buen rato en arrancar el Sputnik y un rato algo más corto en arrancar la furgoneta; y cómo otros dos chicos con camisas milrayas habían conducido los dos coches hasta la línea de árboles que rodeaba la explanada, desde donde tenían una interesante perspectiva de los pechos de Luna.

—Han contestado «Ya veo» —gritó Jacobo a su tío José Antonio. Lo tenía al lado y no necesitaba gritar para nada, pero debía tener en cuenta la sordera de la tía Asun. Ella también estaba en el puesto de mando Santamaría, en un montículo con buena visión del objetivo y su perímetro; y aunque Jacobo quería cumplir bien con su función de operador de WhatsApp, si además le hacía la pelota a su tía abuela igual le caía algo en el testamento. Había que aprovechar que Yaguito, que solía monopolizarla, no estaba por allí.

José Antonio extendió el brazo. Desde su puesto, Blanca hizo ondear el mantel naranja. Alonso y Asís dejaron de mirar a Luna para echar un último vistazo a la foto del plano con las zanjas marcadas, y pisaron el acelerador.

El rugido de los motores revolucionados se impuso sobre el místico arrullo de hang con el que Ravi y los zahoríes esperaban el asalto. Estaban en sukhasana —sentados en el suelo con las piernas cruzadas

— uniendo su energía a la del sol, la tierra, el gigantesco mandala y cada legumbre que lo integraba. Como tenían los ojos cerrados, no pudieron ver que el Sputnik y la furgoneta zigzagueaban por la explanada sorteando zanjas y se lanzaban contra la defensa de piedras que habían levantado las sufridas hipotecadas.

Un chirrido de metales fue el canto del cisne del deportivo checoslovaco, cuyo motor enmudeció para siempre con los bajos hechos puré contra las piedras: había preferido morir antes que colaborar en la derrota del Pueblo. La furgoneta del No a la Guerra, en cambio, logró atravesar el obstáculo. Los zahoríes abrieron los ojos justo a tiempo para ver cómo derrapaba hasta estacionarse con precisión milimétrica en el centro mismo del mandala. Las puertas traseras se abrieron y cinco chicos con camisas milrayas se apearon de un salto y se parapetaron tras la furgo, sus náuticos haciendo crujir garbanzos y lentejas, sus manos empuñando martillos y alicates cortacandados.

Varios zahoríes se arrepintieron en ese mismo instante de la escisión de su Asociación con los Sanadores de Terrenos, comprendiendo que aquellos tenían razón al defender la vía armada, y se lanzaron al ataque. Algunos usaron sus péndulos como hondas, otros estamparon sus varas de sauce en las rayadas espaldas de los Santamaría que trataban de llegar a la puerta del molino, asegurada con cadenas y tablones de madera.

Las sufridas hipotecadas que no se habían encadenado lanzaron una lluvia de piedras desde el tejado, y las que sí lo habían hecho se maldecían al no poder soltarse. En una maniobra desesperada, retrógrada e imperdonable —pero magistral desde el punto de vista táctico—, Luna decidió usar sus armas de mujer, establecer contacto visual con Alonso y guiñarle un ojo. Alonso tardó milésimas de segundo en llegar hasta ella arrastrándose sobre los codos con su cortacadenas preparado.

—Suéltame y hablamos, guapo.

Pero no hablaron nada: en cuanto estuvo libre, Luna le arreó un derechazo y le quitó los alicates prácticamente de la misma. Liberó a sus compañeras y en menos de un minuto solo quedaba E. T. en su encina.

José Antonio envió refuerzos señalando a Blanca que volviera a ondear el mantel. Un grito desgarrador se oyó en el molino:

—¡¡Ravi!! ¡Cuidado, Ravi, que vienen más! Uy, Jesús, que me lo matan.

Era tarde: varios camisas rayadas se abalanzaron sobre Ravi y los zahoríes, que intentaban empujar la furgoneta fuera del mandala, y después de tirarlos al suelo les empezaron a patear las costillas.

—«*Tenemos a tu sobrino de rehén*» —gritó Jacobo en el puesto de mando, leyendo en la pantallita del móvil.

—¿Qué dice? —le preguntó la tía Asun a José Antonio.

—Que han cogido un rehén. Jacobo, pide que lo identifiquen y manden una prueba.

Jacobo tecleó, y al instante le puso el teléfono delante a su tío, mostrándole una foto de Yaguito en el molino, la noche anterior, vestido de lino blanco, sonriendo, y también sentado en sukhasana.

—¿Quién? ¿Quién es el rehén? —preguntó la tía Asun.

—Es el primo Yago, tía. Pero no te preocupes que parece que está bien. Muy bien, vaya —dijo Jacobo con muy mala leche.

En ese momento entró una llamada y la puso en altavoz. A los tres les llegó la voz muy seria de Allegra:

—Para que veas que es verdad, te lo paso.

—¿Tío? —se oyó a Yaguito.

—¿Qué hay, Yago? —contestó José Antonio.

—¡Tío! ¡Tío, por Dios! ¡Que dicen que si no os marcháis me van a hacer de todo! ¡Por favor, tío, marchaos! ¡Fuera de La Chamusca, no sabes el miedo que estoy pasando y lo loquísima que está esta gente!

Volvieron a oír a Allegra.

—Ya lo sabes. Tienes diez minutos para ordenar la retirada o serás responsable de lo que le pase.

José Antonio no dudó ni un instante.

—Ahórrate los diez minutos. No nos vamos. —Y dio orden a Jacobo de colgar, pero aún pudieron oír la voz de Yaguito preguntándole a Allegra si lo había hecho bien y si habría colado.

—¿Ha dicho La Chamusca? —preguntó Jacobo haciéndose el inocente.

Tía Asun apretó los puños y farfulló algo sobre los nuevos tiempos, el Alcázar, los héroes de verdad y un cambio en su testamento. Jacobo sonrió.

Alfredo se aferraba al volante porque estaba convencido de que le iba la vida en ello. Y era verdad; hacía un rato que no paraba de dar tumbos mientras recitaba como una letanía artículos del código de circulación que seguía estudiando (había suspendido las dos primeras convocatorias y estaban ahorrando para volver a pagar las tasas). La sola idea de conducir campo a través lo ponía enfermo, pero había

salido del camino vecinal para buscar la explanada del Molino Lento.

—«El conductor está obligado a respetar los límites de velocidad establecidos y a tener en cuenta además sus propias condiciones físicas y psíquicas» —aquí se interrumpió con un sollozo—, «las características y el estado de la vía» —más sollozos al ver los socavones que no conseguía esquivar—, «del vehículo y de su carga». —Y otro sollozo, esta vez por la compra del Dia % que había ido perdiendo.

Pero lo que le hizo estallar en llanto fue acordarse de Carmen, que una cosa era el secreto profesional y otra cargarse su matrimonio. Rebuscó en sus bolsillos y sacó el móvil. Carmen contestó antes de que sonara el tono de llamada.

—¡¿De qué va todo esto?!

—De parar una guerra, cari. Que me han dicho que la iban a montar muy gorda, que se van a matar, cari, que ¡AAAAAAHHHHHHH!

—¿Alfredo?, ¿qué ha sido ese ruido?, ¿Alfredo?, ¿estás bien?, ¿le ha pasado algo al coche? ¡Alfredo!

Y después, silencio. El Renault había caído de cabeza a una de las zanjas que tan concienzudamente habían cavado los Sanadores de Terrenos. Alfredo emergió con el móvil en la mano. Roto. Lo tiró y echó a andar con decisión hacia donde esperaba que estuviese el molino, renqueante y apoyándose en los troncos de los árboles. Seis encinas más allá oyó un ¡Fum! Había leído que los coches solo estallan en las películas, y era verdad: el suyo simplemente se puso a arder.

En cambio, Ruslan Mamayev con tres señoritas extranjeras y Miren Lafuente con su bebé lactante no habían tenido ningún problema en llegar a la explanada. Jacobo le había enviado al checheno las coordenadas precisas del puesto de mando Santamaría, y su Hummer no encontró nada que supusiera un obstáculo. Por su parte, Miren Lafuente llegó a la parte trasera del molino remontando el cauce seco del río Pleno con un Mehari *vintage* de color aceituna hojiblanca. Jean Pierre había organizado un hospital de campaña en aquella zona y se le acumulaban los heridos de los dos bandos. Su juramento hipocrático y la vigilancia a la que Ravi sometía su Karma le impidieron ser parcial, aunque se moría de ganas. Pero al menos el «UyJesús» resultó útil haciendo de intérprete de su primo Alonso, que aún andaba sonado por el derechazo de Luna.

Miren y Mamayev, que habían sido informados por sus socios respectivos de que solo quedaban unos flecos de la compra de la finca por negociar, pero que estaba casi hecho y que mejor no se acercasen,

resultaron ser unos socios muy comprensivos. Miren ofreció su Mehari a Jean Pierre como ambulancia y se unió a Isidro en la labor de arengar a las tropas con su megáfono. Mamayev se sentó junto a José Antonio a esnifar cocaína y disfrutar del espectáculo.

—Ahí están, nunca fallan —le dijo José Antonio con satisfacción.

Se refería a tres contenedores que unos cuantos animalistas con la cara cubierta con pañuelos palestinos venían arrastrando desde las Instalaciones Cooperativa de Productores Porcinos de San Antón, en el límite oeste de la finca. Aquella era la eventualidad que esperaba.

—¡Que preparen el tractor! En cuanto prendan fuego a los contenedores, que el tractor los empuje hasta la puerta del molino. Y saldrán.

—No tractor. Yo —dijo Ruslan, que se subió a su Hummer sorbiendo fuerte por la nariz.

Las imágenes de #ChamuscaResistsFascism mostraban en un dramático plano picado la lucha cuerpo a cuerpo que tenía lugar en el interior del molino. Camisas milrayas, piedras, bidones de gasolina, la bici de Candela. Nobody, desde el tejado, vio a Isidro soltar el megáfono y, animado por Miren, preparar un cóctel molotov. Los animalistas llegaban con los contenedores. Gritos, humo, ejemplares del *Quijote*, un bidón de gasolina volcado. La bandera del arcoíris se desprendió de la fachada y cayó suavemente sobre los restos del mandala. La imagen se pixeló. El Hummer avanzaba. Una silueta renqueante corría con los brazos abiertos dando gritos que nadie oía. Era Alfredo otra vez como un Cristo de Corcovado sudoroso. Contenedores incendiados en mitad de la explanada. El Hummer embistió contra uno de ellos y lo empujó hacia el molino. Miren alzó el brazo con el cóctel molotov prendido.

A unos kilómetros, en el despacho de la notaría, la mariquita de Alfredo cayó en picado hasta dejar solo las antenas a la vista: había entrado el levante. Los combatientes se llevaron las manos a la boca, horrorizados. Camisas milrayas y pañuelos palestinos chocaron en la puerta del molino intentando escapar, resbalando en los charcos de gasolina. La GoPro cayó al suelo. Arcadas de Nobody. Frenazo de Mamayev, que por un acto reflejo abrió las ventanillas para respirar, pero aquello no era un pedo. Miren Lafuente soltó su botella incendiaria y esta vez fue ella quien le vomitó encima a su apéndice natural. La tía Asun se subió al tractor como si nada. Arcadas de las tres señoritas extranjeras. Miren tapó a su bebé lactante y sacó a Jean Pierre de su Mehari para salir huyendo. El Hummer abandonó el

campo de batalla, dejando el contenedor en llamas a apenas cuatro metros del molino. En su fuga, atropelló a Alfredo, que seguía corriendo con los brazos extendidos.

José Antonio y Allegra corrieron tras sus inversores, pero solo llegaron a ver la polvareda que levantaban sus vehículos en fuga por el cauce seco.

—¡Cobardes! —gritaron a la vez, quizá el uno al otro, quizá a Miren y Mamayev. Pero no se oyeron: se había levantado un viento huracanado y el estruendo de un motor lo cubría todo. Miraron hacia el campo de batalla.

Isidro había recogido el cóctel molotov y apuntaba al molino. El tractor conducido por tía Asun había seguido empujando el contenedor incendiado hacia la puerta. En el interior, la peste a purines había ahogado del todo la peste a gasolina, y los combatientes ya no combatían, solo gemían y boqueaban pensando en guerra química.

José Antonio y Allegra no pudieron reprimir un gesto de horror: sabían que allá adentro había gente de su bando.

El cóctel molotov y el contenedor en llamas impactaron al mismo tiempo en la fachada del molino. Una llama azulada empezó a flambear los muros y de repente CHOF. Todo se apagó bajo el diluvio universal.

El helicóptero antiincendios se posó en la explanada. Carmen y José Díaz, el alcalde, bajaron de un salto.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó Carmen. Con el sonido de las hélices nadie la oyó. Pero Alfredo la había visto y cojeó hacia ella. Le sangraba la nariz, tenía huellas de neumáticos en las deportivas blancas, y se sujetaba el brazo izquierdo en un gesto de dolor. Se abrazaron como si estuvieran solos en el mundo.

10 de agosto de 2016, 22:15h. Chalé en El Viso, Madrid.

Azafata: «El cinturón de seguridad debe permanecer abrochado siempre que la señal luminosa correspondiente esté encendida. Se abrocha y se desabrocha como les estamos mostrando».

En cuanto Chaplin y Jimena se enteraron del comienzo de las hostilidades, sopesaron las opciones que tenían. Intervenir ellos no era viable, primero porque estaban en Madrid y segundo porque sabían que nadie les iba a hacer ni puñetero caso. Avisar a las autoridades tampoco, no era cuestión de que llevaran a sus familias al cuartelillo. Finalmente habían recurrido a alguien que les debía un favor muy gordo: el notario de Alhorín. En cuanto les cogió el teléfono, Jimena le preguntó si les amparaba el secreto notarial, y luego se identificaron como los que le habían mandado aquellos USB que le salvaron el pellejo. Le dijeron que ahora le tocaba a él impedir que Santamarías y Ochoas se mataran por las ruinas del Molino Lento. Alfredo les había dado su palabra.

Como ignoraban que él estaba en el hospital y su móvil yacía hecho trizas junto a su Clio carbonizado, se pasaron un buen rato llamándole para ver cómo había quedado la cosa. Hasta que al final decidieron, cada uno por su lado, contactar con sus familias. Les confirmaron que nadie estaba malherido, que de momento no habría ni ashram ni coto de caza, y que el pueblo apestaba en sentido literal.

—Casi destrozan La Chamusca, los fachas hijos de puta esos —le dijo Luna a Chaplin—, pero hemos resistido. Les hemos ganado.

—De puta madre —le dijo Chaplin.

—Casi destrozan Los Tercios, el asco de horda roja esa —le dijo Gonzaga a Jimena—, pero les hemos echado. Una victoria total.

—Qué guay —le dijo Jimena.

Por supuesto, Chaplin y Jimena colgaron con una levísima sonrisa pero no comentaron nada entre ellos. No querían estropear su convivencia en el chalé de El Viso, que estaba siendo feliz; rara pero muy feliz. Para Jimena era extraño encontrarse a su pareja en casa al volver de trabajar, poner entre los dos la mesa, decidir qué cenaban. Era como jugar a las casitas. Para Chaplin era extraño que no tuvieran sexo. Cuando ella le dijo que era por san Ramón Nonato lo flipó, pero cuando aclaró que le había hecho una promesa, ya se quedó conforme: él respetaba mucho las promesas. No había ningún problema, serían acoitoconstreñidos.

Cuando se encontraban por las noches, se ponían el uno al otro los vídeos de YouTube que les gustaban, hablaban de lugares donde les apetecería ir, y se quejaban del hartazgo de la vida que habían llevado últimamente. Jimena estaba hasta el gorro de su trabajo en la consultoría, Chaplin le había perdido el gusto al Albaicín y al trabajo social. Aunque no era un abanico infinito de posibilidades conversacionales, era la mejor manera de evitar tensiones. No mencionaban, por supuesto, los últimos escándalos de los papeles de Panamá, ni las negociaciones para formar gobierno ni la amenaza de votar otra vez el día de Navidad. Ni siquiera comentaban la contaminación del aire de Madrid por si, de alguna manera, implicaba una recriminación a su alcaldesa por la gestión del tráfico o, lo contrario, que la crisis y los recortes impedían a los madrileños veranear. No hablaban de las noticias que leían en Internet ni veían el telediario y, por supuesto, no pensaban regodearse en la victoria moral de su bando en la batalla de la finca. Una finca que solo llamaban «finca»; aunque era una precaución innecesaria, porque Tercio a Chaplin le sonaba a botellín de cerveza, y a él le gustaba la cerveza, y a Jimena Chamusca le sonaba a bailaora, y cómo le gustaba a ella un buen flamenquito. En alguna ocasión se habían imaginado viviendo allí, cultivando un huerto o algo y criando a sus hijos. Pero sabían que era un sueño imposible aunque sus familias no se la cargasen con sus guerras por la propiedad.

Pero aquel día, aunque evitaron hablar de la victoria de sus respectivos bandos en la batalla del Molino Lento, igualmente todo estalló de la manera más tonta. Por no ver en la tele cine español (Chaplin pensó que Jimena lo detestaría por guerracivilista), ni un DVD de John Wayne de los muchos que había por la casa (Jimena pensó que Chaplin lo detestaría por racista), acabaron viendo una de dibujos animados. Disney. *El rey león.*

Tras el segundo bufido irónico de Chaplin, Jimena le miró extrañada.

—¿De qué te ríes?

Él dijo que le impresionaba el descaro de la propaganda ideológica de la peli. Jimena pestañeó, se abrazó a un almohadón y preguntó que dónde veía él propaganda. Y Chaplin le habló de la silueta del león malo (que era clavadito a Jomeini) recortándose sobre la media luna (en clara alusión al Islam), y Jimena le llamó paranoico y él a ella ingenua; y al poco ella le llamó gilipollas y dijo que les habían echado del molino, y él a ella patética y que habían resistido. Y la guerra por

la finca les llevó a la del 36 y él dijo seguir esperando a que pidieran perdón por cuarenta años de dictadura fascista, y ella dijo que al menos los habían librado de sesenta años de dictadura soviética, y él ensalzó la República y ella dijo que era una merienda de negros y él la llamó manipuladora y ella dijo que anda que tú. Y a partir de ahí empezaron una escalada de gritos y acusaciones que culminó con Chaplin dándole una patada a la mesa de centro y Jimena amagando con tirarle la maría por el retrete. Tenían los ojos brillantes, la respiración agitada, el pulso loco.

—Ha sido la hostia —dijo Chaplin, casi jadeando, desplomándose sobre el sofá.

—Ha estado superbien —le contestó Jimena, apoyando la cabeza en su pecho tatuado.

Él se encendió un porrito y ella le dio un trago a su gintonic, y se quedaron en un silencio laxo y plácido que a él le dio mucho sueño y a ella muchas ganas de besarlo. Eso era lo que les había faltado en esos días de cancioncitas y viajes futuros. Así se habían enamorado, discutiendo entre *buugengs*. Decidieron que tenían que hacerlo todos los días.

Y a partir de entonces lo hicieron todos los días.

11 de agosto de 2016. Alhorín del Cerro.

Cada Navidad: la probabilidad de que un décimo de la lotería sea premiado con el Gordo es del 0,00001%. Ya, pero a alguien le toca.

La suerte sin duda había sonreído a Alhorín. Fue una suerte que a Alfredo se le ocurriera llamar a Carmen justo antes de destrozar el coche en la zanja y quedarse, además, sin móvil. Fue una suerte que Carmen estuviera en forma y llegara a la plaza de Encima en dos minutos tres segundos. Y el colmo de la buena suerte fue que el alcalde estuviera en la puerta del Ayuntamiento, despidiéndose ni más ni menos que del señor Ramón Rellano, coordinador de la «Campaña 2016 Todos Contra el Fuego Forestal», que aquella mañana estaba visitando los ayuntamientos de la zona en uno de los helicópteros apagaincendios.

Así que Santamarías y Ochoas tuvieron la gran suerte de recibir esa macroducha escocesa un segundo antes de que fuera demasiado tarde. Además, como los desmanes se habían producido en una finca de su propiedad —o casi—, que era lo suficientemente extensa como para que los vecinos colindantes ni se enterasen, y como los dos bandos respetaron el acuerdo de «eso lo arreglamos entre nosotros», la Batalla del Molino Lento tuvo pocas consecuencias aparte de las que ellos mismos se habían autoinfligido. El Ayuntamiento solo pudo sancionarlos por la sustracción y daños a tres contenedores del Polígono Industrial de San Antón, y la Junta castellanoleonesa les anunció que recibirían la factura del coste de la intervención del helicóptero, dado que el servicio había sido necesario por su imprudencia.

Del siniestro total que sufrió el Clio a nombre de la señora Carmen Ramírez Rodríguez y la rotura del móvil del señor Alfredo García Jiménez, en cambio, fueron del todo exculpados: el coche había invadido su propiedad y, además, lo conducía el mencionado Alfredo García Jiménez sin carné. Si acaso eran ellos los que podían interponer una demanda por allanamiento.

Pero, sobre todo, después de que sus inversores hubiesen salido por patas a causa de la peste a orín de cerdo, Santamarías y Ochoas tuvieron la inmensa suerte de recibir a través del alcalde una oferta totalmente inesperada: un comprador para su finca. Se trataba de los laboratorios Chung Ho, con sede en Shanghái y dedicados a la

biología molecular. Buscaban un terreno en un lugar tranquilo pero bien comunicado para levantar un edificio que sería como un búnker hermético, o sea que les daba igual si el exterior apestaba de vez en cuando. Ya habían estado en contacto con Carlos y Pilar poco después de que compraran la finca, pero ellos no habían querido vender. Y José Díaz acababa de hablar con uno de sus representantes.

—Han ofrecido cuatro millones de euros. El pueblo está a favor, mucho más que de los negocios que queríais montar, o sea que no habrá problema en conseguir la recalificación de la finca en el Pleno del Ayuntamiento.

A la tía Asun le costó aceptar que la historia acabara de una forma tan poco épica y tan burguesa. Le insistió a su sobrino en que el negocio cinegético era perfectamente viable pese a lo que ella denominaba «el olorcillo», y se agarró un cabreo tremendo cuando aceptaron con entusiasmo la oferta de los chinos. Ella ya lo sospechaba, desde siempre: la sangre carlista de los Santamaría se había echado a perder con ese cruce con los Fernández-Frago, esos liberales chaqueteros que les daba igual la República que los Borbones, ocho que ochenta, Franco o ese asco de Constitución. Que les dieran por saco: iba a cambiar su testamento y legárselo todo al Museo del Requeté.

A su desheredado sobrino Yaguito no le pudo importar menos. Su paso por el Campamento Libertad y Cultura le había hecho ver que «los otros» eran más tolerantes, más espontáneos y tenían mejor rollito. No dudó un segundo en aceptar la invitación de esa señora tan estilosa y fascinante —sobre todo una vez que se puso la dentadura de repuesto al pasar por París— de ir a Rishikesh. Mimí estaba segura de que le sentaría de vicio. Y a ella también: todo ese atavismo español le había dejado la energía por los suelos y necesitaba una temporada de luz a los pies del Himalaya con Swami Chaudhuridutta.

Una calma relativa volvió a Alhorín del Cerro. La cosa no había acabado tan mal. Solo quedaría por resolver lo que Victoria había visto desde la ventana de su habitación del hostal el día de la batalla: a sus sobrinos nietos apedreando las farolas —pero tenían muy mala puntería—; a su nieto Pepito deslizándose pendiente abajo con la tapa de la barbacoa del Mesas a modo de trineo —pero solo se abolló un poco al impactar contra un bordillo—, y a Ganges y Gonzalito metiendo una gallina en la caseta de una torre de alta tensión —los aparatos eléctricos de La Piara zumbaron un instante pero no se fue la luz—. Pero como, después de abrirles la puerta, los niños le pidieron

perdón e incluso el morenito con un mechón de pelo más largo en la nuca le dio un fuerte abrazo y animó a los demás a hacer lo mismo, Victoria prefirió no decir nada. Y se quedó buscando la cadena de plata que juraría que se había puesto aquella mañana y que de repente, después de los abrazos, ya no tenía.

16 de agosto de 2016.

Aviso del alcalde de Alhorín del Cerro colgado en la puerta del Ayuntamiento y en su página web: *http://Alhorindetodos*.

DON JOSÉ DÍAZ RIVES, ALCALDE PRESIDENTE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALHORÍN DEL CERRO.

HACE SABER QUE EL ORDEN DEL DÍA DEFINITIVO DEL PRÓXIMO PLENO MUNICIPAL (QUE SE CELEBRARÁ EL 22 DEL PRESENTE A PARTIR DE LAS 10 DE LA MAÑANA) ES EL SIGUIENTE:

Aprobación del Acta anterior.

Votación sobre los diseños del nuevo escudo de Alhorín del Cerro.

Renovación del mobiliario urbano.

Actualización de la nomenclatura del callejero.

Concesión del comedor del CEIP Concepción Arenal.

Estudio de Plan Parcial para la recalificación del 0,4 % del terreno de la finca Los Tercios, conocida como La Chamusca.

Propuesta de Concesión de la Medalla del Pueblo y nombramiento de Hijo Adoptivo de ALHORÍN DEL CERRO al señor don GEORGE CLOONEY.

Ruegos y preguntas

16 de agosto de 2016, 22:15h. Chalé en El Viso, Madrid.

Las autoridades sanitarias advierten: «Fumar puede dañar el esperma y provocar impotencia».

Cuando Jimena llegó a casa estaba la mesa puesta. Había una hortensia blanca —mangada de un parterre— en un vaso a modo de jarrón, y Chaplin había cocinado pollo al *curry*, que sabía que a ella le encantaba. Jimena supo inmediatamente que le iba a pedir algo.

—¿Te has enterado de lo de Canal Capilla? —le preguntó él, no dándole importancia, mientras le pasaba una lata de cerveza. Pero Jimena cortó los preliminares en seco.

—Hoy no tengo ganas.

Chaplin, que llevaba esperándola tres horas, a punto de reventar, la miró atónito:

—Joder, no me hagas esto.

—No sabes qué día he tenido en la oficina, mira qué hora es, estoy agotada.

—Ya. Eso dijiste ayer… y tampoco lo hicimos. Al final será una vez al mes…

Jimena pareció dudar. Él insistió:

—Si además ya sabes que una vez que te pones ya no hay quien te pare.

Jimena miró su reloj.

—Venga, vamos.

Al entusiasmo algo torpe de sus primeros encuentros lo iba sustituyendo una refinada técnica basada en el conocimiento mutuo. Conocían los puntos sensibles de uno y otro, sabían cuándo insistir, cuándo retirarse, qué tecla pulsar cuando parecía que la cosa se iba apagando.

Jimena puso la alarma de su móvil treinta minutos más tarde.

—Cuarenta mejor —dijo Chaplin—, lo vas a flipar. Ha dicho Canal Capilla que hay que echar a todos los musulmanes.

—Lo dudo muchísimo.

—Está la transcripción en Facebook.

—No todo lo que sale en Facebook es verdad.

—Como se vio cuando pusieron fotos del hambre en Etiopía diciendo que era Venezuela.

—Fue un error sin mala fe.

—Pues nadie se disculpó. Y hoy dice literalmente que Europa tiene

raíces cristianas, y que el que quiera venir que se bautice.

—Europa tiene raíces cristianas. El que quiera quedarse, que las respete.

—¿Hola? ¿Te suena la Revolución francesa? ¿La Ilustración?

—Me suena a guillotina. Europa nació cristiana, y a los que no les guste que se vayan a países del Golfo, a hacerse sus ablaciones, ir con chador y comer puto cordero.

—Manda cojones poner en el mismo saco rebanar clítoris que la ropa o la dieta. ¡Es como si yo mezclara la pederastia con la catequesis!

—¿«Como si»? Pedís respeto por cualquier creencia exótica, pero lo de manifestarse en cueros en la capilla de la universidad os encanta.

—La capilla se paga con dinero público, es una forma de protesta.

—La Iglesia ahorra dinero al Estado.

El tema decaía. Chaplin reaccionó.

—La Iglesia nos chulea a todos. ¡Once mil millones nos ha costado a todos los españoles!

—¡Mentira! ¡Treinta y dos mil millones nos ha ahorrado!

—¡Mentira!

La cosa iba cogiendo ritmo, las voces fueron subiendo, el pollo al *curry* se enfrió sobre los platos. Cuando sonó la alarma del móvil, Chaplin sostenía una botella de tinto con el retrato de Franco en la etiqueta —un *souvenir* traído de Despeñaperros—, y Jimena, una camiseta de Chaplin con la foto del Che. Se miraron… y Chaplin estampó la botella contra la encimera de la cocina. Se había pasado. Miró a Jimena, contrito. Pero Jimena, sin inmutarse, terminó de meter la camiseta en la Thermomix y le dio a la función de moler.

Diez minutos más tarde ya se habían besado, Chaplin limpiaba el vino con una bayeta después de haber barrido los cristales, y Jimena desenredaba jirones de algodón de las cuchillas del pequeño electrodoméstico. Estuvieron un rato en silencio, absortos en sus respectivas tareas, y de pronto se miraron.

—¿Sabes que se me ha ocurrido una idea para poder quedarnos en la finca? —dijeron casi a la vez.

21 de agosto de 2016. Cuarto de baño de la habitación número 6 del Hostal La Piara, cama y comida como en casa.

Frase en esperanto: *ĉu ŝi parolas la ĉinan,* que significa «ella habla chino».

—Ni hablar —sentenció el bidé.

—¿Cómo que ni hablar? —Allegra no daba crédito.

—China es el heraldo del capitalismo putrefacto y no pienso apoyar su imperio esclavista.

—Pero si es un laboratorio, ¿o ya no estamos de parte de la ciencia?

—Hermana, nosotros estamos siempre de parte del ser humano.

Allegra era muy partidaria del ser humano, pero en aquel momento le habría roto el cuello al que tenía en pantalla.

—Mira, Marcos, no tienes ni idea de lo que ha sido esto. Los de Chung Ho son la única solución, créeme. Mañana nos recalifican la finca en el pleno, y en cuanto se pueda firmamos la venta y cobramos, ¿vale?

—No quiero ese dinero.

—Perfecto, pues me lo repartiré con el Hermano Mayor y a ti te mandaremos algunas cajas de tabaco de pipa.

—Hermana, te prohíbo que firmes esa venta en mi nombre.

Jean Pierre, que escuchaba la conversación desde el cuarto, sonrió: el Intenso acababa de cometer un error garrafal, y enseguida pudo oír las consecuencias.

—¡¿Qué tú qué a mí?! —tronó Allegra.

Y seguro que todos los bichos de la selva Lacandona huyeron despavoridos.

—¡Vamos, hombre! Lo que me faltaba por oír. ¿Sabes qué te digo? Que ya te puedes ir quitando el pasamontañas ese y venir cagando leches, a ver si llegas a tiempo para impedírmelo —le retó Allegra, cabreadísima, antes de cortar la conexión.

22 de agosto de 2016, 09:00h. Bar del Hostal La Piara, cama y comida como en casa.

«Busco mujer entre 19 y 25 para ir al cine, amistad y lo que surja. Yo 58, profesión liberal, educado y divertido». Anuncio de una página de contactos.

Solo la feliz perspectiva de vender y acabar para siempre con el ominoso vínculo que habían perpetrado sus padres hizo que Allegra y José Antonio accedieran a la propuesta de José Díaz de ir juntos al pleno y estar presentes cuando se votara la recalificación de su finca.

—Más que nada en señal de buena voluntad para con el pueblo, después de todo lo que ha pasado…

Así que los dos coincidieron con el alcalde en el bar de La Piara a la hora del desayuno.

—Uy, no, vosotros no hace falta que vengáis aún —les dijo José Díaz al saber que pensaban acompañarle.

—¿Pero el pleno no es ahora, a las diez?

—Sí, pero hasta que llegue lo vuestro… —José hizo un cálculo mental—, venid como a las nueve.

—¿¿De la noche??

—Sí, pero, por si acaso, venid cenados.

José recogió los bocadillos que Trini le había dejado sobre la barra. Iba avituallado como para una expedición polar.

—De todas formas, les preparas también algo para que se lleven, no sea que se alargue —le dijo el alcalde al Mesas mientras se marchaba.

—No, hombre, no exageres, si ellos sí que pueden salir.

José Antonio y Allegra preguntaron casi a la vez si es que los del pleno estaban encerrados, como en un cónclave.

—No, si salir pueden salir —explicó el Mesas—, pero entonces los otros van y piden votar. Al difunto Teresio, que andaba regular de la próstata, sus compañeros de Alhorín Unido le hacían ir sondado, para que no aprovecharan sus ausencias los de Unidos por Alhorín.

—Sí, la lástima es que lo vuestro vaya después de lo del escudo —dijo Trini.

El Mesas asintió.

—Lo del escudo les va a llevar casi todo el día, y eso que hace treinta años que se discute.

Y les contaron que el escudo oficial tenía una bellota de oro en campo azur, y los calabaceros lo encontraban excluyente y no lo

ponían en sus productos ni le hacían ningún caso; y cada vez que había un alcalde de Unidos por Alhorín, lo primero que hacía era descolgar la bandera del balcón del Ayuntamiento. Por eso los porcícolas decían que los calabaceros no amaban Alhorín lo suficiente, y los calabaceros denunciaban el uso partidista de los símbolos del pueblo y exigían que se cambiaran. Entonces los de Alhorín Unido proponían un cerdo rampante esmaltado en gules y los otros proponían tres calabazas bien ordenadas con el bastón de san Roque en plata, y se montaban tales movidas —los porcícolas llegaron a hacerle un escrache al experto en heráldica de los calabaceros— que José Díaz se había propuesto, como prioridad de su alcaldía, poner a todos de acuerdo en un escudo más neutro, más integrador y más actual.

—¡Pobre José! ¡Quién le manda meterse ahí! En cambio lo de George Clooney ha sido una gran idea. Eso será coser y cantar. Pero como va después de lo vuestro, pues ya os da igual —se lamentó Trini.

—¿George Clooney? ¿George Clooney viene por Alhorín del Cerro? —preguntó Allegra, pasmada.

—De momento no, pero José quería proponer un hijo predilecto del agrado de todos. Porque una vez tuvimos a Bertín Osborne, imagínate tú. Aquí se vio muy tendencioso.

—Hombre, pues sí —dijo Allegra, que lo entendía perfectamente. José Antonio resopló y miró hacia otro lado.

—Y luego cuando llegaron los otros hicieron hija predilecta a Penélope Cruz. Pues igual de tendencioso.

Ahora José Antonio asintió y Allegra resopló mirando hacia otro lado. Y Trini siguió:

—Porque, claro, Bertín había hecho un anuncio de *foie gras*, y eso aquí los calabaceros no lo perdonan. Y Penélope, pues todo el mundo sabe que es vegetariana, y los porcícolas… En cambio a Clooney no se le puede etiquetar, ¿quién va a tener nada en contra del café?

—¿Pero todos esos han venido aquí a recoger su título?

—¿Eh? No, para nada. Una vez el agente de Leticia Sabater nos mandó una carta de agradecimiento muy simpática. ¿Os sirvo algo más?

22 de agosto de 2016, 21:00h. Ayuntamiento de Alhorín del Cerro.

Lista de los Reyes Godos: Ataúlfo, Sigérico, Walia, Teodorico I, Turismundo, Teodorico II, Alarico II, Gesaleico, Amalarico, Theudis, Theudiselo, Agila, Atanagildo, Liuva I, Leovigildo, Recaredo, Liuva II, Witérico, Gundemaro, Sisebuto, Recaredo II, Suínthila, Sisenando, Khíntila, Tulga, Khindasvinto, Recesvinto, Wamba, Ervigio, Egica, Witiza y Rodrigo.

Allegra y José Antonio hicieron el trayecto sin cruzar ni una palabra. En primer lugar porque ellos ni se miraban si no era estrictamente necesario, pero también porque ninguno de los dos quería exponerse a tragarse una bocanada de aquel hedor insoportable. Seguía soplando el mismo levante que se acababa de cargar sus respectivos negocios ahuyentando a inversores, defensores, amigos y algunos familiares. Solo quedaban en Alhorín los Santamarías y Ochoas que hacían falta para cerrar la transacción. Es decir, los hijos de Pilar y de Carlos; exceptuando a Ernesto, que tenía asuntos en el Vaticano, y a Marcos, que tenía asuntos en Chiapas, pero José Antonio y Allegra tenían sendos poderes notariales para representarlos.

A los que todo el mundo despidió con inmensa alegría fue a los niños. Isidro se ofreció para llevar a Ganges a Formentera e instalarse en casa de Jean Pierre y Ravi hasta que ellos volvieran —«que por mí no hace falta que vayáis con prisas, ¿eh?»—. Victoria se marchó con sus nietos y sobrinos nietos a Comillas, donde se les uniría su nuera Camino con la recién nacida. Resulta que la pequeña Caminito no compartía con su hermano Pepe la irregularidad cromosómica pero sí sus prodigiosos pulmones y un timbre de contralto, y el padre de la criatura había pedido a Victoria que hiciera de Salus para que la pobre Camino pudiera dormir un poco.

* * *

A José Antonio y Allegra les costó seguir las indicaciones del bedel para llegar al sótano, pero el eco de voces airadas les condujo hasta el fondo de un pasillo. Al llegar se abrió la puerta y una señora aún con la mano en el pomo gritó hacia adentro de la habitación:

—Y ahora nada de votar, ¿eh? Que os conozco.

—Anda, que te vas a mear encima.

La mujer salió tan apresurada que casi chocó con ellos. Se fue a la

carrera sin disculparse.

José Antonio y Allegra se quedaron en el umbral, mirando aquella sala que parecía más bien un refugio de montaña. Exceptuando las mochilas apiladas en un rincón, solo había una gran mesa consistorial, con la típica forma en «U». El alcalde estaba sentado en la parte central con el secretario, un joven empapado en sudor y con cara de miedo. Y a cada lado, unos frente a otros, se sentaban los concejales de Alhorín Unido y los de Unidos por Alhorín. Sobre la mesa había tarteras abiertas, botas de vino, jarras con agua, alguna almohada lumbar y aspirinas efervescentes.

José Díaz les hizo un gesto amistoso y les señaló uno de los bancos que había al lado de la puerta. José Antonio y Allegra se sentaron cada uno en un extremo, y cruzaron los brazos.

—Votemos ya, votemos —gritó uno de los calabaceros, y sus dos compañeros de partido corearon «a votar a votar».

—Ni hablar, hasta que no vuelva Mari Carmen. Alcalde, esto es un nuevo abuso de los calabazos, que la pobre Mari Carmen está operada del riñón. Y lo saben.

—A votar. Somos mayoría en este momento y votamos que votemos ya. Secretario, ¿a que es así?

El secretario dio un respingo al sentirse interpelado, y se limitó a asentir.

—¿Lo veis? A votar, alcalde, tienes que obedecer el reglamento.

José suspiró y empezó a hablar muy lentamente:

—Me alegra pues, queridos conciudadanos, poder dar la razón al ilustre teniente de alcalde de este Ayuntamiento, y también concejal de Urbanismo y cabeza de lista del partido Unidos por Alhorín…

—¡Ya lo está haciendo otra vez, dar tiempo al meón!

José siguió, impertérrito, muy despacito y vocalizando mucho:

—Y siguiendo el reglamento de este magnífico consistorio, reglamento que todos debemos cumplir para que el curso de los plenos municipales que celebramos mensualmente avancen acordes con la legalidad y…

La puerta se abrió de par en par, casi dándole un tarascazo a José Antonio que, muy a su pesar, se tuvo que acercar a Allegra para evitarlo.

—¡Ya estoy aquí! —dijo Mari Carmen mientras se abrochaba los pantalones—. ¿Me he perdido algo?

Vítores de la bancada porcícola, que el alcalde atajó con un golpe de mazo y hablando ya perfectamente normal:

—Se vota la propuesta de Alhorín Unido de revisar el comedor escolar…

—¿Qué hay que revisar? Si tenemos el mejor servicio de comedor escolar de toda la comarca. Y lo hemos conseguido nosotros, los calabaceros. Ahora vienen estos guarros a hundirnos otra vez en la ignorancia y el primitivismo.

—En la mierda nos vamos a hundir si no lo cambiamos: que mi hijo lleva con diarrea desde no sé cuándo, de tanto comer la porquería esa del tofudio…

Golpe de mazo del alcalde, seguido de unas palabras razonables:

—A ver, por favor, no puede ser que los alimentemos cuatro años solo con calabazas y cuatro años solo con cerdo. Esto ha provocado más de una alerta sanitaria entre nuestros alumnos, sobre todo en los periodos de transición de una dieta a la otra. Además el servicio de comedor está actualmente en bancarrota y…

—Porque esos nos han vendido su basura a precio de oro.

—La calidad hay que pagarla.

—Vamos hombre, no me jodas, ¿cuánto cuesta cultivar una calabaza? Os enriquecéis a costa de los estómagos indefensos de nuestros hijos. Nosotros donábamos nuestros productos al comedor.

—Claro, ¡como inversión!, para que se enganchen desde pequeños al chóped cutre ese. Estáis creando adictos para que os llenen los bolsillos.

—Lo que os jode es que nosotros damos de comer a todo el mundo. Y vosotros vais de producto *gourmet* y a vuestros trabajadores los explotáis y les dais sobras caducadas; están mucho peor que nuestros cerdos.

—¡Corruptores!

—¡Explotadores!

Sin querer, las miradas perplejas de José Antonio y Allegra casi llegaron a cruzarse. Otro golpe de mazo y otra propuesta razonable:

—Lo mejor sería dejar que un comité de expertos proponga un menú escolar equilibrado. Hacedlo por vuestros hijos, por favor. No sé si habéis mirado la lista de nutricionistas independientes que el secretario dejó en la sede de cada partido.

El teniente de alcalde calabacero fue el primero en responder:

—José, siempre he sabido que eras un porcícola encubierto, y con la lista esta me lo has dejado muy claro. ¿Pensabas que nos podías colar al número tres? ¿Has visto su Facebook? Está en un restaurante de Segovia comiendo cochinillo. Y tan feliz, el tío. ¿Esto es ser

independiente? Por no hablar del número cuatro, que retuiteó la foto de la casa que la prima de su madre tiene en Osona. ¡Osona!

Todos los calabaceros se escandalizaron y repitieron «Osona, Osona, Osona…».

—¿Cuál es la industria principal de esa comarca? La del cerdo. Te has significado definitivamente, José. Por fin te has quitado la máscara.

Los porcícolas abuchearon hasta que su teniente de alcalde tomó la palabra:

—¡Qué comedia más bien hecha! Lo vuestro es el teatro. ¿Porcícola, José? Si todo el mundo sabe lo que le pagáis de tapadillo los calabaceros. Si no, no se entiende cómo ha podido seleccionar a la experta número uno de la lista, ¡la número uno! ¿De verdad creías que no íbamos a averiguar que ella es quien se esconde tras el alias «derechupete7»?

José Díaz estaba estupefacto. El porcícola siguió:

—No te hagas el tonto. Derechupete7 tiene uno de los blogs de crítica gastronómica más seguidos. Y de los 1 632 *likes* que ha dado, 1 305 eran a entrantes y postres. ¿Te parece algo equitativo? Aun así hemos pasado al número dos, para que veas que le ponemos voluntad, pero resulta que el tío juega en el equipo de veteranos de El Ejido y, que sepamos, no crían cerdos bajo esos plásticos. Después de esto, no hemos tenido más remedio que quemar la lista, por aberrante.

José Antonio miró con suficiencia a Allegra cuando a ella, intentando ahogar una carcajada, se le escapó un bufido extraño. Ella dejó de gemir «aberraaaaaaanteee», para soltarle un «¿¡qué!?» retador. «Pero disimula, coño», la reprendió él. El pleno entero los miró un instante y el secretario los llamó al orden, más que nada para congraciarse con los concejales de uno y otro bando.

Aunque esta interrupción enojó a todos por igual, José Díaz no se deslumbró con el espejismo de un acuerdo:

—Bueno, pues si resulta imposible crear un menú de consenso, propongo que cada alumno se traiga la tartera de casa, y repartimos el presupuesto del comedor entre los padres. Así cada cual se lo gestiona a su gusto y en paz.

—¿Y quién me dice a mí que los niños, queriendo o forzados, no se intercambiarán las tarteras?

Y en eso también estuvieron todos de acuerdo. Visto lo cual el alcalde hizo una consulta en voz baja al secretario, que enseguida negó con vehemencia con la cabeza.

—Me informan de que doña Josefina ha dicho que ella y los demás maestros pasan de controlar tarteras.

Abucheos generales contra el cuadro docente, durante los cuales fue el secretario quien le cuchicheó algo al alcalde que, después de pensárselo un momento, se lanzó:

—¿Y si hacemos un comedor sin nada de cerdo ni de calabaza?

Bronca unánime:

—¡Ni hablar! Así los niños se desapegan de sus orígenes y se acaban convirtiendo en unos adultos renegados.

—¡Eso! ¡Es dinero de nuestros impuestos y tenemos derecho a que alimenten a nuestros hijos según mandan sus raíces!

A estas alturas, Allegra parecía agitarse en llanto, tapándose la cara con las manos, y José Antonio disimulaba sus carcajadas con un falsísimo ataque de tos. José Díaz no tiraba la toalla.

—¿Y si hacemos dos menús? Uno para los hijos de Unidos por Alhorín y otro para los de Alhorín Unido?

—Es lo mismo que las tarteras, ¿quién me asegura a mí que nadie meterá la cuchara en el plato de mi hijo?, o ¡no quiero ni pensarlo!, ¿mi hijo en la de otro?

Ya nadie prestaba atención a José Antonio y Allegra, que prácticamente convulsionaban de la risa, dándose codazos cómplices apoyados el uno en el otro.

—¿Y dos menús en dos comedores? —preguntó el alcalde, inasequible al desaliento.

—No hay dos comedores.

—Pues unos comen en el comedor y los otros en un aula, y se lo van intercambiando.

Ahí el secretario aclaró a media voz que Sanidad no lo iba a permitir.

—Pues ponemos un tabique en el comedor, y lo partimos.

—¿Y a quién le toca la ventana con mejores vistas?

—Sí, hombre, ¿y los que quedan más cerca de la puerta tienen que ver y oler la comida de los otros al pasar?

José Antonio le enseñó su reloj de pulsera a Allegra: eran las dos de la madrugada.

—Cómo se puede ser tan irracional —le susurró ella.

—Es un pueblo de locos —concluyó él.

23 de agosto de 2016, 06:40h. Alhorín del Cerro.

«El truco para salir del casino con una pequeña fortuna es entrar con una gran fortuna». Esto se sabe.

Empezaba a clarear cuando se abrieron las puertas del Ayuntamiento y los diez exhaustos asistentes al pleno rompieron con sus pisadas el silencio dormido de Alhorín, que seguía oliendo a purines. Mientras bajaban la cuesta desde la plaza de Encima, creyeron oír un lamento lejano. ¿Era en la plaza Pezuña, que los calabaceros llamaban Florida? ¿Era por el callejón de Halloween, que los porcícolas llamaban de la Matanza? Viniera de donde viniese, aquel grito desgarrado anunciaba una tragedia. El alcalde apretó el paso.

—«Uuuiiioooo». —El viento pestilente les traía un eco cada vez más claro—. «Uuudiiiiooooo».

Las calles seguían desiertas, fantasmales, como si se hubiera acabado el mundo mientras discutían la idoneidad de George Clooney. Pero poco a poco se fueron abriendo las ventanas.

Una voz doliente de mujer clamaba en la plaza frente al museo. Al fin la vieron, vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza, la viva imagen de una viuda siciliana. Se dejó caer, vencida, de rodillas, con los brazos alzados al cielo. Luego se arrancó el pañuelo y empezó a tirarse de las greñas, deshecha de dolor.

—¡El capudio! ¡Está descriogenizado!

23 de agosto de 2016, 17:00h. Museo del Capudio de Alhorín del Cerro.

Fecha dedicada a la celebración del Día del Níspero en Chile.

Ascensión, la vecina que limpiaba el museo una vez cada quince días —como solía estar cerrado no se ensuciaba mucho—, había encontrado apagada la cápsula de cristal donde se exhibía criogenizado el último capudio del planeta Tierra.

El hermoso ejemplar, de unos seis kilos de peso y valor incalculable, descansaba desde hacía diez años a una temperatura constante de dos grados bajo cero, en un compartimento estanco con luz interior, que además era la única iluminación de la sala. Los escasos visitantes solían quedar estupefactos nada más verlo, seguramente por la presencia casi mística del rollizo embutido.

Después de asistir a Ascensión, el Consistorio en pleno acordó y ordenó que se invirtieran todos los recursos y esfuerzos necesarios para averiguar cómo había ocurrido el desastre y calcular el alcance de los daños. La primera tarea fue encargada al alguacil municipal. Para la segunda confiaban recibir ayuda del extranjero. Una vez tomadas estas medidas de urgencia, se convocó una nueva reunión en el museo a las cuatro de la tarde.

El alcalde pidió al padre Lucas que la parroquia quedara permanentemente abierta, para que todos aquellos que quisieran rezar a san Antón, san Roque y santa Generosa, por el pronto restablecimiento del querido capudio, pudieran hacerlo. Acudieron muchos feligreses, tanto de la bancada calabacera como de la porcícola, buscando consuelo. Pero las manifestaciones de dolor de los afligidos alhorineros no se limitaron a las cuatro paredes de la iglesia; cuando a las cuatro el consistorio en pleno volvió al museo, todos quedaron impresionados. Frente al edificio había un extensísimo tapiz de velas encendidas, flores, fotos del capudio, dibujos hechos por los niños y muchos mensajes de afecto. Los vecinos habían desafiado el hedor inclemente para expresar así su consternación.

El alguacil presentó su informe: la principal sospechosa del luctuoso suceso era una gallina que había sido hallada muerta y casi frita en el interior de la caseta de una torre de alta tensión. Varios vecinos habían hablado de una fluctuación en la corriente eléctrica la mañana del diez del presente; aunque quedaba por dilucidar por qué no se había puesto en marcha el generador de emergencia del museo.

Tampoco había indicios que aclararan si la gallina había entrado por sus propios medios o había sido introducida en contra de su voluntad.

El representante de los laboratorios chinos Chung Ho, el Sr. Ito, se incorporó a mitad de reunión, con la boca cubierta con una mascarilla sanitaria —tal vez por la peste a purines, tal vez solo por ser oriental —. El alcalde le dio la bienvenida en su inglés, lamentando tener que recibirlo en tan tristes circunstancias. Le dijo que todos confiaban en su experiencia en el campo de la biología molecular para salvar el capudio, esa fusión perfecta de lípido porcino y betacaroteno de calabaza.

El Sr. Ito, que en realidad era japonés, no dijo que hasta hacía poco era el director de I + D de la Toyota en su Sapporo natal. Fue cesado fulminantemente tras una serie de cagadas y no había tenido más remedio que aceptar un trabajo en China, pero él de lo que sabía era de motores. Concretamente, de lubricantes y combustibles. Tras varias marciales inclinaciones de cabeza a todos los presentes, se dejó guiar hasta la sala en penumbra del capudio y pidió que le pusieran en antecedentes. Con su mascarilla y su porte tan solemne, parecía un cirujano ante la mesa de operaciones.

—*Auar sosech. In ais laic Disney. Nau not* —le dijo José.

El Sr. Ito entrecerró los ojillos y dio un par de vueltas en torno a la urna. Luego pidió que alzaran el cristal y, con mucho cuidado, se atrevió a tocar el embutido con la uña del dedo índice. Dijo que estaba definitivamente descriogenizado.

—¿*Sou nau guat*? —le preguntó el alcalde.

El Sr. Ito, impertérrito, sugirió que se lo comieran.

24 de agosto de 2016. Del Museo del Capudio a la explanada del Molino Lento.

«¿Te gusta conducir?», eslogan de una conocida marca de automóviles.

Todos los astros se alinearon para hacer que la despedida del histórico capudio fuera inolvidable. La mariquita robótica anunció con clemencia un cambio de dirección del viento y, para darle la razón, enseguida entró un poniente purificador que facilitó la vigilia. Hubo alhorineros sentados en corros frente al museo toda la noche, a la luz de las velas, en turnos espontáneos, cantando quedamente al son de una guitarra, leyendo alguna de las muchas redacciones y poemas que habían dejado vecinos de todas las edades. No dejarían solo al capudio nunca más. Aunque ya le quedase poco tiempo porque, efectivamente, se lo iban a comer.

A media mañana, llegó la hora de acompañar al embutido en comitiva hasta La Piara. Trini y el Mesas habían cedido su cocina. Hubo llantos y algún desmayo en la puerta: no volverían a ver tal cual al último capudio del planeta Tierra. Un equipo de alhorineros de los dos bandos, bajo la supervisión de Salvador y Primitiva, se pasaron varias horas transformando los seis kilos de capudio en los siguientes platos: montaditos de capudio, patatas con capudio, cocido de capudio, huevos con capudio y hojaldres de capudio.

Santamarías y Ochoas se avinieron magnánimamente a ceder la explanada del Molino Lento para que se celebrara la cena popular. El Consistorio en pleno se lo agradeció, puesto que de todos era sabido que solo estaban obligados a ceder el uso parroquial del sitio para la romería de santa Generosa. Pero a Allegra y a José Antonio les interesó mucho saber que los vecinos adecentarían el lugar antes de que lo viera el Sr. Ito. Incluso Elipio se ofreció a remolcar el maltrecho Sputnik hasta el taller y mirar si se podía hacer algo.

Pero lo más sorprendente fue ver a votantes de Alhorín Unido y de Unidos por Alhorín de verdad unidos, compartiendo el mismo duelo, aparcando sus diferencias a causa de esa tragedia que los afectaba por igual. Hasta fueron capaces de contratar a la banda de Meneos de Muñón para que no faltara nada.

A las diez de la noche ya estaban las mesas puestas y los músicos afinaban sus instrumentos. Familias al completo llegaban con lo mejor que tenían en sus despensas para completar la cena. Los calabaceros

traían mermeladas, empanadillas de cabello de ángel, turrones y guirlaches. Los porcícolas aportaban manitas de cerdo, cortezas de oreja, callos en adobo, lomo y algún que otro solomillo. Y vino, mucho vino de la tierra. A pesar de que se saludaron cortésmente, ningún calabacero se atrevió a poner sus tarteras sobre una mesa ya ocupada por algún porcícola, y viceversa. Así que acabaron constituyendo mesas no mixtas.

Los hijos de Pilar Santamaría (José Antonio, Pili, Rodrigo, Pelayo, Borja y Elvira) y los hijos de Carlos Ochoa (Allegra y Jean Pierre con Ravi) no llegaron juntos, pero sí que coincidieron en la lastimosa situación de estar de pie entre las mesas, disimulando que no tenían ni idea de dónde ni con quién sentarse. Los Santamarías pensaron, en un principio, que los porcícolas podían ser su mejor opción, dado que eran carnívoros y anteponían sus necesidades a las del planeta, pero también era verdad que funcionaban como una cooperativa, en realidad una comuna en la que todo se hacía en grupo y todo se repartía a partes iguales. Del mismo modo, la primera intención de los Ochoas fue unirse a los calabaceros por su defensa de la Madre Tierra, pero por el tiempo que llevaban en Alhorín ya sabían que también defendían a muerte la propiedad familiar de sus huertos y que explotaban mano de obra barata para trabajarlos. Los Santamarías fueron salvados por el padre Lucas, que estaba sentado con Trini y el Mesas. Y los Ochoas por José Díaz, que estaba con su padre, Elipio, y el Sr. Ito, que seguía muy tieso y sin quitarse la mascarilla.

—¿*Laic* fiesta? —le había preguntado el alcalde. Sabía que todos los orientales que vienen a España se pirran por el flamenco y la sangría.

El japonés le clavó una mirada hastiada. Odiaba su vida, odiaba a los chinos, odiaba estar allí y, por encima de todo, odiaba al director general de la Toyota que no había entendido ni una mierda de su investigación y le había puesto de patitas en la calle. Así que se limitó a hacer un par de inclinaciones de cabeza a José y volver a su mutismo.

—¿Y el notario y su señora? —preguntó el secretario de la Cooperativa de Productores Porcinos San Antón.

Desde la mesa de al lado respondió el presidente de la Asociación de Calabaceros San Roque:

—Pues no se sabe; Carmen nos devolvió la mariquita que inventó mi hijo, dijo que ya no se podían encargar más de medir la…

El hombre se interrumpió abruptamente al recibir un puntapié por debajo de la mesa: no era el momento de recordar malos olores.

—Para mí que se irán en cuanto él salga del hospital —dijo la que le había propinado el puntapié.

—La verdad es que no han tenido mucha suerte, los pobres.

—Pues no.

—Qué mala pata —comentaron.

—Buenas noches —saludó Carmen jovialmente—, perdonad el retraso.

Llevaba puesta una sonrisa radiante y un vestido de seda roja, del mismo tono que habían usado en su manicura y pedicura.

—¡Aquí, cari, aquí hay un sitio! —le gritó a Alfredo, que estaba junto a un BMW familiar con el maletero abierto. Tenía un ojo amoratado y llevaba el brazo en cabestrillo, por lo que había tenido que cortar una manga a su camisa veraniega de Armani, pero no parecía que le importara en absoluto.

—¡Voy! ¿Alguien puede ayudarme, por favor?

De las mesas más próximas a la zona de aparcamiento se levantaron tres personas que, después de sumergirse en el maletero, emergieron con varias cajas de caviar y unas cuantas botellas de vodka metidas en barreños con hielo.

—Nosotros también queríamos contribuir con alguna cosilla —dijo Carmen, y su sonrisa era ya de oreja a oreja.

Chaplin y Jimena habían llegado a Alhorín hacía un rato. Se habían encontrado el pueblo desierto, el museo hasta arriba de flores y dibujos, las luces de La Piara apagadas.

—¿Y ahora qué? —se preguntaron.

Se habían pasado los últimos días pensando los detalles del negocio que querían montar en la finca. Jimena hizo un presupuesto y un análisis DAFO, Chaplin se curró un dosier detalladísimo y un estudio de mercado. Hasta habían conseguido el interés de algunos patrocinadores. Y aunque estaban al corriente de la oferta de los chinos, sabían que a Carlos y Pilar les hubiera gustado mucho más su idea, y esperaban poder convencer a sus familias.

—Diré a mi padre que así no nos deshacemos de patrimonio, que es muy mal momento.

—Diré a Allegra que es de interés social, casi un servicio público.

Habían planeado hablar cada uno con su padre o madre por separado, y dudaron un momento al enterarse de que estaban todos en el Molino Lento. Repasaron la versión oficial de qué hacían juntos: se habían reunido solo y estrictamente para negociar, «por el bien de sus familias», y punto. Por eso, en cuanto llegaron, Jimena se deslizó

discretamente hacia la mesa Santamaría y Chaplin hacia la mesa Ochoa, decididos a sumarse a la hostilidad ambiental.

Pero cuando el capudio, en sus diferentes cocciones y preparaciones, empezó a llegar a todos los estómagos acompañado de buen vino, el ambiente se hizo cualquier cosa menos hostil. Las precauciones y los prejuicios se volatilizaron al ritmo de las charradas. Porcícolas y calabaceros fueron pasándose tarteras, intercambiando sitios en las mesas y mezclándose al ir y venir de la zona de baile. Salvador se levantó de la cabecera de la mesa de su familia y fue a sentarse al lado de Primitiva.

—¿Sabes de qué me estoy acordando? —le dijo.

—¿De qué? —preguntó ella con una curiosidad impropia de su provecta edad.

—De aquella falda verde que tenías, la que heredaste de tu hermana Puri, que era mucho más baja que tú y por eso a ti te quedaba a media pierna.

Los ojos de Primitiva brillaron en su cara que era una pura arruga, y dijo algo de que antes de que él se casara ella siempre pasaba por su huerto cuando iba a ver los cerdos.

—Y no porque me fuera de camino, que tenía que dar un buen rodeo —confesó, roja como un tomate.

—¿Sabes? —dijo él llenándole la copa—, yo te esperaba.

Viendo que ya estaban cumplidos con la población local, los Santamarías decidieron que podían dejar la fiesta. José Antonio dijo que vale, pero que él se quedaba por si el Sr. Ito tenía alguna duda sobre la transacción. Jimena se ofreció a quedarse con él. También Jean Pierre y Ravi, viendo que ya habían quedado bien con todos, propusieron volver a La Piara: querían *skypear* con Ganges y ver cómo le iba a Isidro; Allegra dijo que vale, pero que ella se quedaba por si el Sr. Ito quería preguntarle algo. Chaplin dijo que él también.

El Sr. Ito no estaba en absoluto interesado en los detalles de la compraventa. En cambio, hizo varias preguntas al alcalde sobre la cabaña porcina, el tamaño de las naves, la identidad de su director ejecutivo, y cómo se decía en español «*I want to see your shit*».

Cuando sus hermanos se fueron, José Antonio se acercó a uno de los barreños de hielo para servirse un vodka. Allegra también se había levantado.

—¿Te importa? —le preguntó ella tendiéndole su vaso de chupito. José Antonio se lo llenó hasta el borde y ella se lo bebió de un trago.

—Está buenísimo —dijo, volviéndoselo a tender.

Había sillas vacías en una mesa cercana al barreño, y se sentaron. Desde allí pudieron ver al japonés, que se acercaba al presidente de la Asociación Porcícola San Antón con sus líneas bien aprendidas:

—Quiero ver tu caca —le dijo, bajándose la mascarilla.

Pero eso José Antonio y Allegra no lo oyeron.

—¿Te has leído su informe de actividades? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y?

—Pues que solo me lo he leído yo.

—Eso está bien. Yo tampoco se lo he dado a nadie.

La banda de Menos de Muñón tocaba ahora una pieza a mitad de camino entre *La cucaracha* y *Let it Be*. Los músicos también le estaban dando al vodka.

—Me habría gustado saber tocar un instrumento —dijo Allegra removiendo su bebida a golpes de muñeca—. Pensé que mis hijos igual lo hacían. Bueno, Nobody se dedica a la música.

José Antonio entendió que ninguno se dedicaba a la música, aunque nunca se había fijado en que Allegra intercalara palabras en inglés. Por eso se dio el permiso para confesar también él su frustración:

—A mí me habría gustado vivir en un barco. —Y vació su vaso y se estiró para coger la botella de vodka del barreño.

—Pues casi, ¿no? Siendo marino, debes de pasarte el día de puerto en puerto.

José Antonio sonrió y dio un buen sorbo.

—Qué va. Quería ser como el capitán Nemo y he acabado en un despacho del Cuartel General de la Armada.

Allegra se puso una mano en la sien para saludarlo militarmente, muy seria. José Antonio le devolvió un saludo mucho más displicente y levantó su vaso para que brindara con él.

—Si pretendes darme pena, lo tienes fatal. Yo doy clases de poesía medieval en Nueva York, que es como invitar a jabugo en Marte.

—Vaya. —Se solidarizó José Antonio, convencido de que era imposible enseñar nada a nadie cuyo sentido de la tradición se remontara a solo doscientos años.

Allegra apuró su vaso y lo soltó de golpe sobre la mesa, repentinamente excitada:

—¡Oye! ¿Me dejas que haga una prueba?

José Antonio también apuró su vaso y, antes de rellenar los dos, dijo que sí, que por supuesto.

Allegra se echó atrás la melena canosa, le pidió que escuchara con

atención y le recitó la primera estrofa de su poesía favorita de Florencia Pinar:

—«Destas aves su nación / es cantar con alegría, / y de vellas en prisión / siento yo grave pasión, / sin sentir nadie la mía».

—Oído —dijo José Antonio.

—¿Sí?, ¿lo tienes?, dime de qué está hablando.

—A ella no sé qué le pasa, porque es una señora, ¿no?, pero por ahí hay unos pájaros enjaulados como reclamo, seguramente perdices. Ahora ya no se usa mucho esa técnica —dijo José Antonio.

Allegra sacudió la cabeza y sonrió casi con tristeza, dio un sorbo de vodka.

—Muy bien. Ninguno de mis alumnos de Georgetown lo supo.

Allegra sacó un cigarrillo y José Antonio le quitó con suavidad el mechero de las manos para darle fuego. Luego le preguntó qué le había parecido el capudio, tema que les llevo a comparar sabores de infancia, cosas perdidas, cosas ganadas, y a compartir un cierto cansancio y mucha melancolía. Hasta que José Antonio se atrevió a hacer la pregunta que le rondaba desde que ella se sentó a su lado con su vestido de tirantes.

—¿Arriba? ¿Arriba, qué? —dijo señalando el hombro en el que Chaplin había dejado sin acabar el tatuaje. No le encajaba nada que fuera un «Arriba España».

Allegra iba a decir «Arriba parias de la tierra», pero no lo hizo.

—Esta noche, arriba la nostalgia y lo que no pudo ser.

—Brindo por eso —dijo José Antonio.

A Allegra le dio un leve escalofrío, y José Antonio se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros.

—Está llegando el otoño —dijo él.

—Sí, queda poco —dijo ella.

Y siguieron bebiendo tranquilamente.

Cuando Chaplin y Jimena vieron que sus padres seguían sentados a la misma mesa, como los anfitriones de una boda que ha salido muy bien, prefirieron no hacerse preguntas y aprovecharlo. Sin duda el espíritu de concordia que se había apoderado de la cena del capudio era el mejor para exponer su idea de negocio.

Jimena se sentó a la derecha de su padre y le dio una copia del dosier. Chaplin se sentó a la izquierda de Allegra y le entregó otra copia.

Aclarando que solo se habían visto para pensar una solución al problema de la finca, pasaron a desgranar los detalles y a señalarles

apartados del proyecto. Allegra y José Antonio, mientras escuchaban y ojeaban las primeras páginas, estaban aún bajo el efecto del capudio, los vodkas y la plácida conversación crepuscular. Tardó tres minutos en pasárseles. Al cuarto, los interrumpieron: ya no había ningún problema con la finca porque al día siguiente la compraban los chinos. Y eso que proponían era una gilipollez. Peor aún, una frivolidad, y una falta de respeto, y una burla a los muertos y una trivialización de la tragedia. Y además era imposible mantener un equilibrio justo entre las dos partes. Allegra y José Antonio se miraron: estaban muy de acuerdo.

Luego Allegra palmeó el hombro de su hijo y le habló casi al oído.

—A ver, Chaplin, ¿esto se le ha ocurrido a la pijita, no? Porque tú muy espabilado no eres, pero tonto hasta este punto, tampoco.

—Mira, Jimena, no me lo voy a tomar a mal porque esto habrá sido cosa del melenudo, y tú es que eres muy pardilla —le estaba diciendo José Antonio a su hija, en un aparte.

Chaplin iba a contestar a Allegra cuando oyó a Jimena gritarle a su padre igual que le gritaba a él en sus encuentros.

—¡Hasta el coño me tienes, papá! Que no se puede ser más cerril y más machista y más antipático. ¡Y que sepas que hago malabares en El Retiro, que en mi puesta de largo me lie con el *disc-jockey*, que digo «váter» y «bañador», y que el melenudo lleva diez días viviendo conmigo en casa!

Allegra miró a su hijo sorprendida. Él se acercó a Jimena para darle la mano y lanzó a su madre una mirada desafiante:

—Pero somos castos. Vamos a esperar al matrimonio. ¡Y nos vamos a casar por la Iglesia! —le dijo.

Allegra dejó de respirar.

—Y no el tío Ernesto en Los Jerónimos, no —siguió diciéndole Jimena a su padre. Había visto un corrillo de gente que se acercaba a poner paz, y se le había ocurrido la genial gota que colmaría el vaso —. ¡Él nos va a casar, en un camping y con guitarras!

Y señaló al padre Lucas, en bermudas y sandalias, que casi se atraganta con su hojaldre de capudio al intentar sonreír.

25 de agosto de 2016, 09:30h. Finca, notaría, carreteras y calles de Alhorín del Cerro.

«Eso es todo, amigos», Porky al final de *Fantasías animadas de ayer y hoy*.

Chaplin y Jimena coincidieron con los notarios en la zona de aparcamiento del molino y, pese al cabreo que llevaban, le pidieron mil perdones a Alfredo por haberle mandado a la guerra.

—Tendríamos que haber dejado que se matasen entre ellos.

—No, hombre, cómo se os ocurre. No fue para tanto —los tranquilizó el notario—. ¿Os vais ahora?

Sí, pensaban coger carretera de la misma. Pero Carmen los convenció de que no era prudente, que era tardísimo y habían bebido, y les sugirió que se quedaran en su cuarto de invitados.

Por la mañana volvieron a la explanada del Molino Lento a recoger su coche dando un paseo. Los vecinos, recién levantados, charlaban a las puertas de sus casas, se saludaban al cruzarse por la calle, se devolvían los recipientes con los que se habían llevado las sobras de la cena, intercambiaban consejos para la resaca. Salvador y Primitiva remontaban la cuesta 14 cogiditos del brazo. Seguía soplando una deliciosa brisa de poniente y Alhorín estaba bonito. También lo estaba la finca —que ahora Jimena llamaba La Chamusca y Chaplin, Los Tercios— con su levísimo manto de rocío donde centelleaban los rayos de sol. Ellos también iban cogidos del brazo. Chaplin pensó, por primera vez en su vida, que madrugar podía llegar a merecer la pena.

—Mira, esta debe de ser la encina —le señaló ella al llegar a la explanada. Alguien había vomitado a sus pies la noche anterior, pero se podían imaginar perfectamente a Carlos y Pilar, de niños, enamorándose.

En casa de los notarios, mientras se tomaban el último vodka y un analgésico por precaución, Carmen y Alfredo les habían contado de aquella verbena de santa Generosa ochenta años atrás, y a Chaplin y Jimena les había emocionado mucho.

—¿Crees que la cortarán, los chinos? —preguntó Chaplin. Ella se encogió de hombros. Qué pena.

El Sr. Ito, que seguía sin mascarilla y no olía muy bien, estaba sentado en los sofás de piel de la sala de espera cuando llegaron a la notaría Allegra y Jean Pierre, acompañados por Ravi, y los hermanos Santamaría. Allegra y José Antonio llevaban gafas de sol para

disimular los ojos hinchados de tanto llorar por la traición de sus vástagos. También Elvira, que desde la espantada de Yaguito no levantaba cabeza.

El *jazz* suave que salía del hilo musical tapaba por completo el ruido de la secadora de hostelería que zumbaba en algún lugar de la casa. Carmen les hizo pasar a la sala de juntas, donde una mesa de caoba ocupaba el lugar de la Kepringe, y en vez de sillas Teföstyas había otras que eran sólidas, ergonómicas y tapizadas en cuero —aunque Jean Pierre y Ravi, por suerte, pensaron que sería de imitación—. Alfredo, con otra camisa de Armani con la manga cortada, llegó al cabo de unos minutos, saludó a los comparecientes y pasó a explicarles los términos de la escritura de compraventa —la definitiva— que había preparado.

Desde el asiento del copiloto del coche de Jimena, Chaplin echó una última mirada al pueblo que abandonaban para siempre. Le había acabado cogiendo cariño… Tenía la mano izquierda apoyada en la palanca de cambios, y así ella podía conducir y darle la mano a la vez. Jimena pisó el freno al llegar al cruce de la avenida 7 con la calle 12 y aprovecharon para besarse, pero al instante un golpe sobre el capó les hizo abrir los ojos, sobresaltados.

—¡Caray! —dijo Jimena

—¡Joder! —dijo Chaplin.

Frente al parabrisas, sujetando un Vespino, con un casco en el brazo y mirándolos fijamente, estaba el padre Lucas. Pero exhibía su habitual sonrisa blanquísima, así que no debían de haberle atropellado. El padre Lucas se acercó a Chaplin sin soltar su moto, y él bajó la ventanilla.

—Buenos días.

—Buenas.

Pensaron que sería por lo de la boda, y que tendrían que decirle que lo de las guitarras y el camping se lo tenían que pensar.

—Disculpen que los moleste pero un hermano me dio esto para su merced. —Y metió un sobre color sepia por la ventanilla del coche.

—¿Tu hermano? —preguntó Chaplin, recogiéndolo.

—Sí, pues, un novicio que llegó bien de mañanita. Él es mexicano y me dijo que era amigo de un amigo del tío de usted.

—¿De Marcos?

—Ay, pues eso no sé decirle, qué pena con usted.

Chaplin le dio las gracias y abrió el sobre.

—¡Hostias! —Oyó el cura mientras se alejaba empujando su

Vespino.

Chaplin leía apresurado los papeles del sobre, y se los iba pasando a Jimena.

—¡Qué fuerte! ¿Será verdad? —preguntó ella.

—Fijo. Lo manda mi tío Marcos. Y está bien informado, tiene muchos contactos.

—¿Qué es tu tío?

—Subcomandante.

—¿En serio? ¿También tienes familia en el Ejército?

—Sí, en el zapatista —zanjó Chaplin—. ¿Damos la vuelta?

Jimena tardó dos segundos en contestar.

—¡Claro! Hay que ir a la notaría. Con esto los tenemos.

Al ponerse en marcha, Jimena casi choca con un descapotable que recorría, muy despacito, la avenida 7. En su interior, una pareja atractiva y bronceada se peleaba con el mapa desplegado de una guía CAMPSA.

—¡Hola? Disculpo —les dijo el conductor del descapotable —. GPS no funciono.

Les preguntó si estaban en Alhorín del Cerro y dónde estaba el Ayuntamiento, y Jimena se lo explicó escuetamente y en perfecto inglés antes de salir pitando de nuevo hacia la notaría. En el siguiente cruce volvió a parar. Miró a Chaplin.

—¿Era él, no? —dijeron casi a la vez.

Y sí. Sin lugar a dudas acababan de cruzarse con George Clooney, que iba a aceptar ilusionado el título de hijo predilecto de Alhorín del Cerro, acompañado de su mujer Amal.

Se iban pasando tacos de folios mecanografiados y estampando firmas en cada página. Con tanto heredero, la mesa de caoba parecía una cadena de montaje. Ya habían firmado José Antonio Fernández-Frago Santamaría, Allegra Ochoa Landero, el Sr. Ito en representación de los Laboratorios Chung Ho, Rodrigo Fernández-Frago Santamaría, Pili Fernández-Frago Santamaría y Pelayo Fernández-Frago Santamaría. Alfredo aguardaba, tranquilo, a los últimos firmantes: Jean Pierre Ochoa Larousse y Borja y Elvira Fernández-Frago Santamaría. El timbre de la puerta sonó con insistencia, y cuando Alfredo oyó los tacones de Carmen yendo a abrir, aceptó con estoica templanza que esta escritura tampoco serviría para nada.

Chaplin y Jimena irrumpieron en la sala.

—¡No firméis! —gritaron.

Alfredo le puso la tapa a su pluma.

—No, por supuesto.

La documentación que traían demostraba sin un resquicio de duda que los Laboratorios Chung Ho experimentaban con embriones y con restos fetales procedentes de clínicas abortistas.

—¡No puede ser! —dijo Pili, casi con lágrimas en los ojos.

Borja y Elvira se giraron hacia el Sr. Ito:

—¿Eso es verdad?

El japonés lanzó una mirada inexpresiva a José Antonio, pero antes de que dijera nada Allegra intervino.

—Estoy segura de que los laboratorios cumplen con la legalidad, ¿no es así, Sr. Ito?

El Sr. Ito asintió secamente con la cabeza, y dijo que pertenecían a todos los comités de bioética de China y del extranjero.

—¡Pero, José Antonio, es una abominación! ¡Legal o no legal, es abominable!

José Antonio mantenía su cara de póker, y casi agradeció la intervención de Jean Pierre, que dijo que los avances científicos, y las ventajas que traían a la Humanidad, no podían detenerse ante las creencias mágicas de unos… —iba a decir fanáticos, pero se contuvo. Allegra y Ravi asintieron: qué bien se había expresado.

—Y luego está lo de los transgénicos —dijo Chaplin—. Los laboratorios Chung Ho tienen más de doscientas patentes de semillas genéticamente modificadas que están intentando introducir en los países del Tercer Mundo.

Ravi abrió mucho la boca. Jean Pierre se puso pálido. Allegra esquivó la mirada fría que le lanzaba el Sr. Ito. José Antonio intervino:

—Bueno, pero la investigación con transgénicos es legal… el avance de la ciencia, y la solución al hambre en el mundo, por ejemplo, no puede detenerse ante…

Los golpetazos en la mesa, protestas y reproches no le dejaron continuar. Alfredo lo contemplaba con una sonrisa distante, satisfecho de la resistencia de su mobiliario nuevo. El Sr. Ito dijo sucintamente que él ya había informado de las actividades del laboratorio a los representantes de las dos familias.

—¿¡¡Pero qué barbaridades está diciendo este chino!!? —clamaron Allegra y José Antonio—, ¿cómo íbamos a saber nosotros…?

El Sr. Ito empezó a recoger sus cosas y a guardarlas en el maletín sin decir palabra. Le daba igual la compraventa, la finca, esa gente tan gritona y sus jefes de Chung Ho.

Chaplin y Jimena, muy tranquilos, sacaron el dosier de su proyecto

y lo pusieron sobre la mesa. Carmen se asomó a la sala y llamó la atención de Alfredo con un gesto.

—Ruslan está al teléfono, ¿le digo que lo llamas después?

—No, pásamelo a mi despacho, debe de ser algo de las firmas de la semana que viene —dijo Alfredo en un tono muy profesional y de mundo.

Finalmente, había sido providencial que le atropellara el Hummer. El checheno no solo había sido muy generoso con la indemnización, también había pensado que le interesaba muchísimo un notario discreto en una notaría en el culo del mundo.

—¿Y estos? —le preguntó Carmen, preocupada, señalando el guirigay que se había montado en torno a la mesa. Alfredo hizo un gesto displicente; salieron de la sala dejándolos dentro con su bronca. Acarició el vientre de su chica y le dio un beso leve en los labios.

—No te preocupes, cari, todo irá bien, ya verás. Que no te conviene nada estresarte, en tu estado.

Se abrió la puerta de la sala de reuniones pero solo salió el Sr. Ito, que se despidió mostrando su primera sonrisa: esa misma mañana había cerrado un acuerdo con la Cooperativa Porcícola. Resultaba que los cerdos de la raza colorado retinto cagaban, sin ningún esfuerzo y en proporciones exactas, la fórmula química que él había estado buscando durante años para fabricar un biodiesel competitivo. Iba a comprarles sus purines a precio de ganga, y el director general de la Toyota de Sapporo tendría que hacerse el harakiri por oponerse a su investigación fecal. Él se iba a ir con su mierda a la Mitsubishi.

21 de junio de 2056, 23:50h. Explanada del Molino Lento.

***Flyer* publicitario: «¿Te sientes crispado? ¿Estás rabiosa? ¿Te sulfura la actualidad política? ¡Ven, presume de tu media España, y descarga de forma terapéutica tu ira contra la otra media!».**

Había una luna preciosa mientras paseaban, como siempre cogidos del brazo, como siempre deteniéndose al pie de la encina. Aunque ahora eran sus hijos Carlos y Pilar quienes se encargaban de la gestión del negocio, a Chaplin y Jimena aún les gustaba darse una vuelta por las atracciones, charlar con los clientes y los reconciliadores, y hasta probar las actividades nuevas antes de presentarlas al público si no requerían un esfuerzo físico excesivo. Tenían que innovar de vez en cuando porque, aunque la obsolescencia no era un problema habitual, a veces se daba. Les había dado pena, por ejemplo, tener que cancelar las atracciones que tanto éxito habían tenido cuando abrieron: «Resiste en el Alcázar de Toledo el asedio rojo» y «Defiende Madrid del fascismo desde las trincheras de la Complutense». Pero es que ya nadie sabía ni lo que era eso.

También lo del «Paseo Bajo Palio» cayó en desuso, como la «Clase con un Maestro de una Escuela de la República». En su momento, las habían agrupado en la Zona del Ayer, mientras que en la Zona del Hoy se podía okupar una casa, desalojar a un okupa, grafitear una capilla o reventar un acto cultural blasfemo. Esas atracciones todavía seguían funcionando; pero en la Zona del Ayer ahora te podías manifestar contra los Toros o aplaudir al paso de la cabra de la Legión.

* * *

—¿Estás cansada? —le preguntó Chaplin, acariciándole la mejilla.

—Un poco sí, ¿no te importa que hoy no lo hagamos?

—Qué va. Lo de ayer estuvo muy bien, pero me dejó agotado.

A lo largo de esos cuarenta años, se habían mantenido muy activos en sus disputas, salvo por algún periodo de abstinencia: su cardiólogo les había recomendado parar un tiempo, aunque acabaron cambiando de cardiólogo; y cuando nació Carlos, los primeros días tampoco les apeteció pelearse; en cambio cuando nació Pilar les apeteció muchísimo, porque tuvo cólicos y además coincidió con el Referéndum de 2021.

—Mira ese, ¿tú sabes quién es? —preguntó Jimena. Se refería a un tipo con la cabeza de látex, que al otro lado de la explanada pedía perdón de rodillas mientras una señora le pegaba con el bolso.

—Por la voz, Manolo —contestó Chaplin, que conservaba un oído magnífico.

Manolo era uno de los reconciliadores: actores contratados para pasear disfrazados por el parque, y humillarse y recibir insultos y guantazos.

—No, digo el personaje.

—Uno nuevo. Rooibos, se llama, creo.

—¿De los tuyos o de los míos?

—Dice que de centro. No sé, le arrea todo el mundo.

Los disfraces de los reconciliadores habían ido cambiando también, en esos cuarenta años, para adaptarse a las nuevas fobias. De antes de la democracia solo mantenían a Franco. Zapatero y Aznar eran otros de los más veteranos, pero ya apenas les chillaba nadie. Habían tenido obispos, alcaldesas, ministros, presidentas de comunidad autónoma y por supuesto muchos estereotipos: militantes antisistema, señoras de mesa petitoria, femens, banqueros, independentistas…

Cuando la clienta se hubo desahogado, Manolo se acercó a la encina para saludarlos.

—¿Cómo va? —le preguntaron.

—No doy abasto. Es que ayer Darjeeling salió en las noticias.

—Eso. No Rooibos, Darjeeling —se corrigió Chaplin.

Jimena le miró con ternura. Empezaba a confundirse en pequeños detalles.

Manolo los dejó para irse al Tiro al Símbolo, que disponía de banderas, escudos y siglas de todo el espectro ideológico pasado y presente y que era de las casetas más frecuentadas.

Aunque, sin duda, la atracción que los había hecho de oro en estas cuatro décadas era el Rincón del Frentismo Activo: *¡Enfréntate a un rival a tu medida!*, decía el cartel que lo anunciaba. *Prueba la modalidad cara a cara, debatiendo con un visitante del otro bando; o la modalidad cuerpo a cuerpo (según el reglamento de la Federación Española de Kick Boxing). El cara a cara incluye una encuesta* online *que te declara ganador del debate por abrumadora mayoría. El cuerpo a cuerpo incluye guantes, casco y coquilla de uso voluntario.*

Esta especie de Club de la Lucha había sido el germen de su proyecto empresarial. Como su propia experiencia demostraba, un buen combate controlado, dialéctico o físico, era perfecto para diluir tensiones, favorecer la convivencia y asegurar la reconciliación. Los visitantes salían del Rincón del Frentismo Activo liberados, eufóricos y de magnífico humor, y era frecuente que los combatientes se

encontraran luego en la cantina del parque y compartieran un buen capudio —que calabaceros y porcícolas volvían a elaborar desde el otoño de 2016— regado con vino de la zona. Muchos se animaban a cantar a dúo en el «Karaoke Ideológico», que solía acabar en una conga mixta donde españoles de ambos bandos se agarraban las caderas, pateaban al aire de manera sincronizada y recorrían el local en trenecito coreando himnos propios y ajenos.

Chaplin y Jimena echaron un vistazo a su alrededor y vieron que todo era bueno. Se dieron la mano en un gesto instintivo, y Jimena apoyó la espalda, que le dolía horrores, en el tronco de la encina. Era indudable que el Parque Temático de la Reconciliación de las Dos Españas había hecho mucho por la convivencia cívica en ese agitado medio siglo. Tanto era así que abrieron franquicias a lo largo y ancho de la piel de toro; así, guiputxis y bilbaínos, andaluces orientales y occidentales, catalufos i catanyols, pudieron rebajar sus históricas tensiones casi sin salir de casa.

Sin duda, el matrimonio Ochoa Santamaría merecía una distinción del Estado por su labor humanitaria, pero nunca llegó. De hecho, los sucesivos gobiernos siempre les pusieron trabas, considerándolos agentes de «los otros», y hasta obligaron a cerrar las actividades más audaces —mantea al cura, empluma a la proabortista, excava tu propia fosa común— y los procesaron por exaltación de la violencia.

Chaplin y Jimena pagaron la multa y se consolaron pensando que nadie es profeta en su tierra. Pero la expansión internacional hizo que su iniciativa en pro de la paz en el mundo cobrara visibilidad. En este sentido fueron muy importantes las inauguraciones de los parques Pólvora de Oriente Medio, Avispero Balkán, Paz en el Tíbet y Asamblea de Venezuela, pero el éxito clamoroso en Estados Unidos fue ya definitivo. Como ahí tenían de todo: demócratas y republicanos, blancos y negros, norte y sur, nativos y colonizadores…, inauguraban un parque cada quince días.

Al final sus franquiciados, con las delegaciones turco/armenia, flamenco/valona y la hutu/tutsi a la cabeza, presentaron su candidatura al Nobel de la Paz. Y lo ganaron.

De la iglesia de San Antón y San Roque les llegaron las campanadas que anunciaban la medianoche.

—¿Ya? —dijo Jimena, al oírlas—. No sabía que era tan tarde.

—El tiempo vuela —contestó Chaplin—. Ya es 22 de junio.

Jimena sonrió, pero Chaplin supo que no había caído en la cuenta y la miró con ternura: últimamente se desorientaba.

—Hoy hace cuarenta años que nos conocemos —aclaró él. Y en ese momento empezó a sonar *Cheek to Cheek* por la megafonía del parque. Jimena abrió mucho sus ojos de color verde gris, pero la cosa no tenía nada de mágico porque Chaplin se lo había encargado al responsable del turno de noche.

Heaven, I'm in heaven, and my heart beats so that I can hardly speak…

Chaplin abrió los brazos, invitándola a bailar.

And I seem to find the happiness I seek when we're out together dancing cheek to cheek…

La esperó haciendo un paso de claqué. Jimena se acercó y juntaron sus mejillas, con los ojos cerrados. Ya no le dolía la espalda.

Dance with me I want my arms about you, the charm about you will carry me thorugh to Heaven…

Bailaron suavemente bajo la luz de la luna. Un giro, y otro giro, y ella se inclinó hacia atrás y casi describió un medio círculo, con la mano derecha de él en su talle, sobre el fino vestido de verano. Se quedaron así unos instantes, la mirada oceánica de ella en la sonrisa de él, inclinándose a besarla.

I'm in heaven… La voz de Fred Astaire siguió sonando por los altavoces, se deslizó sobre las encinas de la dehesa, remontó el cauce del río Pleno y aun llegó a las primeras casas de Meneos de Muñón.

Agradecimientos

Un especial agradecimiento a:

Isabel Colomina Ribas, notaria.

Antonio Morales Rodríguez, cazador.

Nancy Rosmanich (Madhavi), naturópata y terapeuta ayurvédica.

Manuel Fernández van Kretschmar y Noemí Nieto Moreno, asesoría civil y militar.

Cristina González Ravina, especialista en medicina reproductiva.

Pere Roca, antropólogo cultural.

La información correcta es suya; las licencias, de Margarita Melgar.